

LA

MONTAÑA

MALDITA

CAPÍTULO 1:

Tras la obsoleta pero práctica puerta de roble, blindada con acero contrachapado, su correspondiente cerradura de seguridad, y el lujoso cartel dorado con la palabra "PRESIDENTE" grabado en negro, estaba el despacho del gran presidente de la agencia. Una gran agencia llamada INIM.

Era un despacho muy amplio, amueblado con tan solo una estantería de cerezo atestada de libros, un gran archivador montado en madera rojiza del mismo tono que todos los demás muebles y una mesa de pino autentico, con su sillón y silla a juego. A parte de esto, solo se divisaba un gran ventanal a la derecha de la mesa, y, encima de esta, sumidos en la oscura soledad, estaban la pantalla de un ordenador parpadeante acompañada por un teléfono. Teléfono que está siendo usado ahora por su dueño, el poderoso, rico y fundador de INIM.

El sol entraba a raudales por el ventanal e iluminaba toda la estancia de color rojizo dejando sumido en la penumbra tan solo al que trabajaba sin descanso en el sillón tras el escritorio. Toda la estancia estaba bañada en el característico color del sol al amanecer, inundando la habitación, dándole un aspecto serio y distendido al mismo tiempo. Un aspecto rico y lujoso. Una apariencia tranquila y pacífica.

- ... Hasta pronto, seguiremos en contacto. – Dijo apresuradamente el presidente de INIM antes de colgar el gran teléfono rojo lleno de botones y lucecitas de

colores construido para hacer de todo menos el café de la mañana que a veces tanto necesitaba.

Había tenido un chivatazo de su “ahora” mejor confidente, la persona más despiadada y oportunista del mundo. Y quizá era por eso que se mantenía con vida en el infernal espacio terrenal en el que estaba metido hasta los huesos.

La gran multinacional del mineral, MCAPE, había encontrado un nuevo mineral altamente energético en algún lugar de África, una zona rocosa inexplorada habitada tan solo por lo nativos del continente.

El mineral había sido localizado por sus peculiares ondas captadas a través de unos satélites situados en la estratosfera. Los satélites buscaban las ondas electromagnéticas y nucleares emitidas por cualquier objeto para investigarlo y analizarlo conociendo de esta forma su fuente de energía. Estos satélites estaban en un principio diseñados para localizar armas biológicas o nucleares, pero tras años de alto rendimiento se acabó la guerra fría y cayeron en desuso, tras lo cual la compañía MCAPE los vio útiles y se los compró al gobierno por unos míseros millones.

Realizo las oportunas llamadas, alertando a otros contactos y consultando cifras y datos. Por fin encontró lo que buscaba, la prueba de que aquel chivatazo era cierto. Se tranquilizó y luego se tensó de nuevo, el contacto no le mintió, pero...

- ¿Como demonios ha logrado la información si en aquella empresa no tenía nadie infiltrado? – *Se pregunto alertado en voz alta y temblorosa a pesar del poder que tenía. Es más quien quiera que fuese...* - ¿Como coño había encontrado y contactado con su número de emergencias conocido solo por dos personas

que ignoraban además lo que ocurría con MCAPE? – *De nuevo su voz sonó fuerte y amenazadora. Bueno, no importaba, lo sabía y punto, no le daría mas vueltas puesto que la información le era beneficiosa.*

- Operadora, ponme, por favor, con el departamento de arqueología. – *Dijo el presidente, con voz amable y potente dejando ver que tenía prisa y quería la conexión cuanto antes.*

- Bien, señor presidente, ahora mismo le pongo, espere unos instantes por favor. – *Se apresuro a contestar la operadora y rápidamente inicio las operaciones pertinentes que le pondrían en contacto con la otra punta de la empresa por una red de teléfonos privados.*

- Muchas gracias señorita, espero. – *Dijo despreocupadamente como si ella le importara algo – ja -. Era tan solo una operadora que no servía de mucho, pero era familia de uno de los accionistas, y ya sabéis como funciona el putrefacto mundo hoy en día, lleno de enchufes, codicia y traición.*

Como estaba seguro de que vendrían a su empresa, empezó a mover los hilos dentro de su agencia. MCAPE acudiría a ellos para que investigaran la zona, el mineral y la posibilidad de construir una fabrica de recogida del mineral y él lo debía tener todo listo para entonces. Si, a esto se dedicaba la empresa INIM, realizaban cualquier operación en secreto y a cualquier escala, ya fueran seguimientos, secuestros, rescates, investigaciones o análisis. Pero, por supuesto, el silencio, la confidencialidad y la precisión tenían un precio que pocas personas podían pagar. Estas tarifas solo se las podían permitir las grandes multinacionales, los ricos extravagantes y el gobierno con fondos secretos del estado. Y si,

por supuesto que mas de una vez habían trabajado para el gobierno, bien para ocultar pruebas de alienígenas, bien para eliminar alguna persona inoportuna, o bien para esconder fondos monetarios y luego blanquearlos. Pero todo esto es unos de los secreto del estado, y éste pagaba muy bien para que siguiera siéndolo, y por mucho tiempo, tal vez demasiado.

Como era de esperar - y no lo tuvo que hacer durante mucho tiempo - la famosa superempresa llamó. Los contrataban para lo que él se suponía, todo con la confidencialidad de siempre y el máximo rendimiento. Inmediatamente de concertar los pagos y los objetivos con MCAPE se puso manos a la obra a elegir el personal de confianza que comenzará a organizar todo. Por supuesto, este tipo de operaciones con riesgos en lugares inexplorados, se hacían dobles. Si la primera fallaba, debía existir una de rescate que a demás de organizar el salvamento, acabara el trabajo, porque como siempre le decía su madre: - “Hijo, un trabajo bien hecho, sólo es aquel trabajo acabado.” -

De su padre apenas recordaba algo, era un gordo, borracho que siempre se metía en líos, de ojos mentirosos y miras estrechas. Una afortunada noche, para la maltratada mujer, no regreso a la hora de costumbre, y tras la denuncia en comisaría se supo que murió en una disputa callejera, una limpieza aria, la llamaron. Desde entonces hubo buenos tiempos para él y para su madre, felices, sin amenazas ni palizas.

CAPITULO 2:

Regresaba Sam de las pequeñas vacaciones de verano, o a lo que él llamaba vacaciones, ya que nosotros lo denominamos estúpido y duro trabajo para ganarse el pan de cada día y poder sobrevivir en el mundo asquerosamente consumista y basado en la apariencia. Eran los meses de más calor del año en la provincia más calurosa del mundo, o por lo menos así lo pensaba él, ya que - todavía - no conocía el famoso lugar situado en las entrañas de la tierra llamado comúnmente el infierno.

- Bueno, de nuevo en casa. – Habló en voz alta con el entorno fresco, sano, y natural tan familiar al que según sus creencias indias amaba, respetaba y cuidaba.

Sam, el típico montañés fornido, casi hercúleo, de rostro curtido por el sol pero casi sin arrugas, pelo rebelde de tonalidad castaña oscura, cortado a capas con maquinilla y pequeños ojos verdosos, siempre soñadores y atentos al peligro, como su profesión y sus aficiones le exigen. Contaba con casi veintiséis años, pero su espíritu era mucho más joven, al contrario que su conciencia, mucho más vieja y sensata. De metro setenta y cuatro, grande y fuerte, por una parte debido al arduo trabajo de levantar, talar y plantar árboles, y por otra a su gran afición a la escalada en roca y en hielo, deportes que practicaba siempre que podía desde hacia ya toda una vida. Se diría que pesa entre setenta y cinco y ochenta kilos, todo ello pura fibra cual veloz caballo de pura sangre entrenado para vencer siempre en las carreras. Es lo que se diría en estos tiempos entre colegialas... un "tío cachas".

Cuando desmontó del chevrolet descapotable del cincuenta y seis de color gris perla importado por su rico y desconocido padre, vio su pequeña y humilde morada, en medio de ninguna parte, con tan solo árboles y más árboles alrededor.

Su padre... ja... su padre. Si, él no conocía a su padre. Para él solo era aquel hombre que murió en circunstancias extrañas en una montaña del norte de la península ibérica rozando casi con los Pirineos. Murió en el año en el que él mismo se retiró de los oscuros negocios que llevaba en algún lugar de alguna sucia y polvorienta ciudad llena de traficantes y blanqueantes de dinero. Se retiró por sus problemas y porque su fortuna era ya inmensa. Aunque de toda ella, hacienda y demás manipuladores y ladrones legales, solo dejaron una pequeñísima parte.

Todavía recordaba lo que le dijo el abogado, - “Coge el dinero, el coche y sus objetos personales y desaparece, no sabemos los negocios que tenía ni quien reclamara deudas o ajustes de cuentas.” – Lo que le dejó más extrañado incluso de lo que estaba antes. – “Extraños personajes conocía mi padre, y extraña vida llevaba.” -

Nuca más intentó investigar sobre su padre, una vez después de muerto, tras el incidente que tuvo al intentar averiguar quien era en los bares de la zona. Cuatro matones se inquietaron al oír el apellido y el nombre por el que se conocía al padre de Sam. Y cuando éste insistió e intento dialogar con ello se pusieron a darle mamporros tomándole o por un policía o por un amigo del mismo. Le dejaron asombrado y maltrecho en un callejón, sangrando por la nariz, con la ceja y el labio rotos y algún hueso astillado. Aprendió la

lección, no preguntar sobre su padre, y no enfrentarse a varias personas a la vez sin clases de judo.

Pero volviendo a su morada, un lugar para personas solitarias, que necesitan tiempo para reflexionar, que no desean que el odio y la avaricia lleguen a sus puertas y por supuesto, no desean estar en contacto con la sociedad, esta sociedad llena de rencor y marginación, con las que les ha tocado compartir el mundo. Una preciosa cabaña protegida del frío en invierno por los árboles y fresca en verano por la sombra de los mismos. Un lugar casi paradisíaco en el que las pocas amantes que había tenido habían disfrutado del placer de la soledad y la tranquilidad, pero que al tiempo odiaron por la melancolía y el aislamiento.

- “Si no es por tu culpa, pero hecho de menos las comodidades de la electrónica y las salidas a los bares. Deseo vivir cerca de mis amistades y de mi trabajo.” – *Le solían decir casi todas.* – “Pero podemos mudarnos a mi casa de la ciudad. Yo te sigo queriendo.” – *A pesar de que él les advirtió que nunca viviría cerca de todas esas personas tan egoístas y rastreras, tan egocéntricas y autistas. Nunca se acercaría a un lugar donde cobrarán por ayudar o por salvar una vida, donde no saludaran a los amigos. Los pisaran para ascender.*

Ciertamente nunca hubo muchas, dos o tres, cuatro a lo sumo, pero nunca eran nada serio. Todavía no había amado de verdad a nadie, tan solo cariño y sexo, mucho sexo. Elegía siempre a las más extrovertidas, con las que congeniaba en gustos, y siempre las trataba bien, muy bien. Ellas estaban satisfechas con lo que él les daba y él también con lo que ellas le ofrecían.

La casa constaba solo de una habitación amplia, una cocina– comedor, un despachito y un baño. Eso si, la habitación tenia amplio sitio con una terraza soleada, la cocina era enorme y en el baño cabía la bañera mas grande del mercado.

Lo primero que hizo al entrar en la cabaña es deshacer el equipaje colocándolo en el armario de roble del hall. Entre sus bártulos figuraba tan solo el viejo y familiar material de alpinismo con sus ropas de escalada y demás útiles, adquiridos año tras año con lo poco que le sobraba de su sueldo tras su paso por hacienda y el de los gastos de la serrería, la cual últimamente funcionaba a trancas y barrancas, o no funcionaba, desde que la moda por el plástico comenzó, o lo que es lo mismo, por todos aquellos idiotas que se consideran las mejores personas del mundo por no cortar árboles para sus muebles hechos a medida para otra de sus casas de campo, cuando en realidad matan de hambre al trabajador medio que es explotado por los ataques de avaricia y reducciones de salario para que el consumo siga su círculo vicioso.

Tras la larga operación de analizar el material y ver los deterioros sufridos por el mal uso de unos principiantes ricos por los que había sido contratado y que deseaban realizar la ascensión de la cara norte del mont-blank en pleno verano, decidió que debería tirar prácticamente todo y comprar una cuerda nueva, friends, empotradores y crampones nuevos, como mínimo. El principal problema era el dinero, siempre lo había sido, ya que su madre murió al nacer el, y su padre le abandono con tan solo tres años en un orfanato y del cual solo supo tras su muerte por lo que le dejó en herencia, aunque no fue gran cosa, un coche, un diario y una pequeña suma de dinero en una cuenta del extranjero. Así que no

tenia una educación muy amplia, pero su deseo por vivir, su amor por la roca y su destreza con el hacha le condujeron al oficio del que ahora vivía. Comenzó por ser aprendiz en una apartada serrería, y tras el paso de los años, sus brazos se hicieron de hierro, sus manos de acero, y el hacha era tan solo una prolongación de los mismos. Le cayó bien al propietario, y cada año la amistad entre ambos se hizo mas profunda, casi tanto como su diferencia de edad, por los que la gente ya les consideraba padre e hijo. A la muerte de Henri, el propietario, que era viudo y sin hijos, le dejó a Sam todo su capital, la serrería y la cabaña en la que vivía, pero eso pasó hace ya algunos años, y como todo, las modas cambian, surgen leyes que quitan libertades y aparecen nuevos impuestos que pagar, sus empleados emigraron a la ciudad en busca de empleos mas rentables, y poco a poco se fue quedando solo.

Le quedaba una solución, buscar un trabajo, vender la serrería e instalarse en algún otro lugar, sino mas cercano a la civilización, mas próximo al trabajo. La idea no le gustaba del todo, pero tenía que comer, pagar la luz, el seguro del coche, la gasolina... Quizás así podría tener alguna relación. Estaba cansado de estar solo, deseaba tanto tener alguien con quien compartir sueños, ilusiones y esperanzas. Alguien que estuviera incondicionalmente a su lado, que le apoyara, que le animara, en definitiva, alguien con quien no tuviera, tan solo, un tema de sexo.

De repente, notó algo distinto, algo anormal en aquella cabaña tan alejada de la población, era una carta, estaba en el suelo, donde el viento que penetra por las rendijas de la puerta lo había arrastrado desde donde el cartero lo había deslizado. Lentamente, como

si la carta fuera una serpiente a punto de atacar y Sam un hábil cazador se acercó, la recogió en un triunfante y rápido, tan rápido que fue imperceptible, movimiento de brazo.

Cuando recogió la carta del rústico y firme pero nivelado suelo, sintió que un escalofrío recorría su columna hasta llegar al cerebro estallando en un sinfín de preguntas y temores y dejándolo sumido en las mas profundas dudas como a un ahogado en medio de un mar embravecido lleno de olas inmensas y remolinos traicioneros. – Muerte, desolación, terror, miedo. - Solo había una cosa que hacer para despejar las incógnitas, mirar el remite. INIM, eso era lo único que ponía, y tal como sonaba poco podía aclarar, así que para echar mas luz al asunto decidió abrir la carta, a pesar del mal presentimiento que había tenido instantes antes al rozar con las yemas de los dedos el intrigante sobre con apenas remite. Estaba nervioso, no recibía cartas desde hace un año, cuando murió su padre, y esa fue la única carta que recibió por aquel entonces, no le gustaba el mundo exterior lleno de codicia, trampas y peligros, y hacia todo lo posible por mantenerse al margen.

Fue al pequeño y antiguo escritorio de roble que él mismo había construido hacia ya seis años, entonces nuevo y reluciente, y ahora tan viejo y desgastado, lleno de marcas, arañazos y señales como indicando el paso del tiempo. Abrió un cajón, abarrotado de papeles, de facturas por pagar, de recuerdos y herramientas casi inservibles por el óxido acumulado sobre ellas tras la humedad y el incesante tiempo. Entre todos los herrumbrosos útiles de carpintero destacaba uno en particular (éste no estaba oxidado y parecía todavía útil) era una retráctil navaja suiza automática heredada del antiguo dueño de la serrería, Henri. Apretó el botón y por unos instantes pensó que nada ocurriría, pero como si de un

robot se tratase, la navaja una vez más funcionó y con su sordo clic de siempre se abrió el resorte sacando la afilada cuchilla de doble hoja de acero inoxidable. Con la navaja rasgó el sobre en un corte limpio, con una destreza inigualable, y la carta cayó en sus manos como si de cobrar una presa se tratase.

Era una carta extraña, solo unas palabras mecanografiadas en un folio con una dirección de contacto en la parte superior (el remite): INIM avenida West Line s/n 555-260998. Apresuradamente leyó su contenido, corto, pues apenas había cinco líneas, al finalizar, cosa que le costó apenas unos segundos, la leyó de nuevo despacio, como memorizando el contenido.

Estimado Señor Sam Coofe:

La organización INIM ha sabido de usted por su fama de guía y por ello le invitamos a servir en una excursión. Si desea más información, acuda a la cita el día 26 de este mes a las 11´30.

Atentamente:

INIM

Tras la lectura se quedo muy intrigado, era día 24, a tan solo dos de la misteriosa reunión, y con la siniestra coincidencia de que estaba sin fondos y sin ningún compromiso de trabajo, ya que había decidido cerrar la serrería y buscar un nuevo trabajo.

Una vez puesto en orden la casa y cenado reflexiono sobre la oferta de trabajo, la cual no parecía estar nada mal, y tras decidir que iría a la reunión el día 26 se durmió rápida y plácidamente, ya que el cansancio acumulado por el largo recorrido escalado atendiendo a las debilidades de sus "pupilos" era tan pesado que ni su fortaleza ni su ánimo aguantaban mas.

CAPITULO 3:

Allí estaba Susan de nuevo, entrando al trabajo, ese trabajo tan necesario para poder comprar como nos dicta el consumismo de la época, como cada mañana a las siete treinta en su gran despacho situado en el centro de la ciudad en la extraña asociación INIM.

Susan, al igual que todos los días, ojos ligeramente maquillados de color violeta y pintalabios del mismo tono claro. Poco más necesitaba para estar radiante y maravillosa, cautivadora y atractiva.

Estaba allí desde hace tres años y poco a poco había ido ascendiendo desde el puesto en el que entro como ayudante de su predecesor el investigador y famoso arqueólogo Robert Inist hasta la directora de toda la sección de arqueología. De ella dependían todos los ficheros y pruebas, a los que sin el permiso del director general nadie accedía. Ella era la que encargaba las inspecciones (y las supervisaba) de ruinas u otros lugares más siniestros que desde arriba le ordenaban que organizase, a las personas que ella creía necesario. En fin, había ido ascendiendo rápidamente, y con tan sólo veinticinco años poseía un despacho propio con vistas a la calle y una gran responsabilidad a sus espaldas derivada de la confidencialidad de los datos y análisis resultados de sus investigaciones.

El teléfono sonó con su característico timbre agudo, casi insoportable, por lo que se apresuro a coger el teléfono privado de la empresa.

- Si,... soy Susan, Susan Mayfir... – *Dijo con orgullosa y vibrante voz que denotaba preocupación y fuerza a la vez.*

- Soy el presidente, tengo otro trabajo para ti. – *Y así, lenta y pausadamente le informo de todos los detalles de la misión.*

Era la típica mujer de la que te enamorarías nada mas verla, pelo castaño lleno de miles de bucles y rizos, ojos huidizos de color marrón canela con un ligero toque pistacho, cuerpo esbelto de metro sesenta y nueve, y cincuenta y cinco kilos de peso muy bien distribuidos por sus curvas femeninas.

Le habían encargado una extraña misión, a la que solo debía ir ella, y esto no era nada común, pues hace ya más de un año que tan solo supervisaba el trabajo de los demás. Las órdenes de sus superiores eran claras, reunir un equipo para realizar una investigación sobre un mineral situado en las entrañas de una recóndita montaña en el África central. Contaba con poco menos de una semana, e inmediatamente planifico la expedición, el número de hombres participes en ella y los materiales necesarios. A demás había un detalle muy particular, la investigación debía ser estrictamente secreta y el número de personas reducido, tan solo cinco o seis. Entre ellas, una arqueóloga para indagar sobre el antepasado de la montaña, un ingeniero para planificar e investigar el terreno sobre el que podía construirse una factoría, un guía experto en la alta montaña y en la escalada en roca, un vigilante que velara por el caro material tecnológico (y por la seguridad de todos) un biólogo que estudiara el hábitat y un experto en los aparatos de búsqueda de minerales mediante los costosos equipos.

Lo primero que haría sería unas llamadas a los archivos del INIM para conseguir direcciones de personas que previamente habían sido investigadas para posibles casos como este. Estas personas, que desconocían que habían sido investigadas por sus cualidades, debían ser fuertes y resistentes tanto psíquicamente como físicamente, debían ser los mejores en su especialidad y por supuesto no debían tener familia cercana ni contactos que los echaran de menos.

Tras una rigurosa selección y eliminación de personas no aptas, presento la lista a sus superiores que asintieron y lo dejaron en sus manos. Así que lo principal era tomar contacto con ellos, concertar una cita y convencerlos a todos de la marcha a la África central. Una vez redactadas las cartas a los candidatos de la expedición se las entregó al mensajero de costumbre, se sentó en su pequeño escritorio y comenzó a redactar la lista de petición del material de investigación necesario para encontrar la fuente de mineral, analizarla y controlar la zona para posibles instalaciones de extracción y excavación.

El presupuesto, como siempre estaba muy ajustado, pero ella sabía arreglárselas, siempre había sabido, desde que sus padres murieron en un trágico accidente aéreo al colisionar el avión en el que viajaban con la torre de control del aeropuerto en el que debían aterrizar. El piloto perdió el control, algo pasaba en la cabina, y el aparato cayo inevitablemente a una vertiginosa velocidad sobre miles de incrédulas personas que desde el aeropuerto miraban boquiabiertas el gigante aparato que cada vez mas rápido se acercaba a ellos. El accidente fue muy sonado por aquel entonces y tuvo una enorme respuesta social debido al gran número de víctimas.

Tras planificar con distintas compañías de confianza los viajes, las mercancías y los víveres suficientes, decidió que ya era demasiado tarde y debía irse a casa. Había trabajado sin descanso desde la luminosa mañana hasta casi entrada la oscura noche, esa noche no había luna, y ya iba siendo hora de darse un buen baño de espuma bien calentito en cuanto fuese a casa.

Al llegar a casa, se desnudo lentamente. El orden y la pulcritud reinaban en ella. Con tan solo un camisón de raso, de los que le gustaba llevar en la intimidad pues aun era -a sus años- algo vergonzosa, se preparó un buen baño, caliente, espumoso.

Los cristales se empañaron, como entristecidos por contemplar tanta belleza y no poder tocarla. Salió del baño, totalmente desnuda, como le gustaba sentirse a veces, y paseo tranquilamente por la casa hasta su habitación.

Allí, en su estancia privada donde pocos hombres habían entrado, se puso un pijama limpio de verano, se tumbó en la amplia cama y se dispuso a dormir. Su último pensamiento de ese día fue para su trabajo, el cual siempre lograba poner celosos a sus novios por dedicarle tanto tiempo.

CAPITULO 4:

Era el día 26, casi la hora en la que había sido citado por la siniestra firma INIM y estaba a punto de llegar tarde porque se había metido de lleno en el embotellamiento mas largo de toda su vida. Un camión que circulaba con sobrepeso tomó una curva a mucha velocidad, demasiada para sus desgastadas ruedas, y había volcado con toda su carga barriendo cualquier obstáculo a su paso. El conductor que salió ileso, perdió el control y el camión arrasó el terreno como una ola en la playa sobre un castillo de arena, llevándose por delante coches que circulaban en sentido contrario, retenes y pretilos de la calzada, peatones y hasta la caseta del perro de una vivienda cercana.

Y ahora estaba todo por los suelos, gente gimiendo, arrastrándose o inconsciente en medio de un charco de sangre, y todo ello sazonado por cientos de cajas, deshechas tras el golpe, que contenían pienso para animales. Parecía una fiesta de espuma, pero con pienso. Era un autentico desastre y nadie hacia nada. Típico de la sociedad, quedarse mirando pero sin mojarse.

Como ya estaba harto, Jake comenzó a pitar, y a sabiendas de que eso estropearía aún mas las cosas, gritó improperios a los demás conductores, que le contestaron con mas amenazas e insultos, uno hasta le levanto el famoso dedo con el cual se suelen decir de todo entre los jóvenes.

- ¡Vamos, vamos que es para hoy! – *Dijo mientras seguía maldiciendo a otros conductores e incluso a los guardias de tráfico con sus estúpidos uniformes azules que pasaban cerca.*

- ¡Cállese de una vez señor!, o tendré que multarle por escándalo y amenazas a la autoridad. – *Ladró aquel fornido guardia que le miraba con aires de superioridad haciendo uso y abuso de autoridad.*

- Si el mono azul de la moto supiera de lo que él era capaz. - *Pensó Jake para sí, luego sonrió y se sumió en sus propios pensamientos.*

Pese a su corpulencia, media metro setenta y seis y pesaba unos ochenta y cinco kilos de puro nervio, Jake, no dio mas importancia al asunto, sabía que no debía meterse en mas líos. En el último lío que se metió algo no funcionó, se puso feo y un amigo, el último que tal vez le quedaba, perdió tres dedos de la mano izquierda. Se habían metido en una pelea callejera con unos tipos a los que no conocía, luego todo fue un desastre, sacaron navajas y no lucharon en igualdad de condiciones.

El caso es que no estaba para peleas, no porque el tipo fuera ahora un poli, sino porque le habían llamado para contratarle como vigilante en una especie de expedición. Era el primer trabajo en seis meses desde que salió de la cárcel. Había entrado allí por causa de su estúpido orgullo, por meterse esta vez con un abogado al que le rompió la nariz. Tan solo cumplió una pequeña parte de la condena y salió antes por buen comportamiento.

Con su pelo de color negro cogido en una cinta para que su largura no le impidiera ver, sus grandes y astutos ojos oscuros, casi tan oscuros que parecían negros, su curtido

rostro lleno de cicatrices, y su gran físico sin un gramo de grasa, era el típico matón barriobajero siempre metido en líos por el alcohol y la falta de trabajo.

Finalmente, tras la lenta, caótica e insuficiente acción de las autoridades, el flujo de coches se controló y se dirigió a una carretera alternativa, larga y sinuosa como la futura entrevista a la que se dirigía. Por fin pudo salir de la estúpida autovía en la que se había metido y dirigirse hacia su destino, su trágico y mortal destino.

CAPITULO 5:

Una vez más, como cada día, se contempló en el espejo, y vio la estúpida cara de siempre, caracterizada por sus profundos hoyuelos, sus grandes ojos azules escondidos siempre por sus gafas ya que su miopía le impedía ver más allá de cien metros. Su pelo era rebelde, de un rubio con tonalidad pálida y apagada. No es que le gustara lo que veía pero se conformaba, sabía que había gente con peor suerte.

Así era él, Matehu Miure, de metro setenta y dos y de sesenta y cinco kilos, avaro y perspicaz, inteligente y emprendedor, un bioquímico de los mejores. Siempre se salía con la suya porque solía ser más listo que los demás, y se guardaba un as en la manga para que en el caso de que algo saliera mal, no lo fuera tanto para él.

Tras la ducha rápida y helada y el afeitado apuradísimo matutino, el aseo era su principal virtud, se vistió meticulosamente con un traje de color verde pistacho, una camisa gris clarito y una corbata a juego con ambos colores. Se perfumó con su colonia de oferta comprada en un centro comercial, tomó un café solo con mucha azúcar, la vida ya es de por si bastante amarga, cogió su deportivo rojo recién comprado y se dirigió a su centro de trabajo.

Al entrar, fichó y se encaminó a su despacho, situado en el ala oeste de la empresa.

- Hola buenos días. – *dijo la secretaria con voz melodiosa como si le estuviera echando los tejos. Era una mujer joven, guapa, pero que por su profesión casi siempre pasaba inadvertida.*

- Hola encanto, ¿Qué tal la mañana? – *Dijo con su mejor sonrisa a la vez que le devolvía el saludo cortésmente.*

Al llegar se encontró con su jefe. Mala señal. Su jefe se mantenía al margen y casi nunca trataba con él directamente. Tras la breve reunión en la que nada salió como a él le hubiera gustado, se marchó rápidamente. Salió muy malhumorado de su oficina, cerrando la puerta de un golpe tan fuerte - mas tarde sentiría los efectos de su ira en un dolor profundo a la altura del hombro izquierdo - que reventó las bisagras y los gozones saltaron del marco cayendo junto al pasillo estrepitosamente.

Lo primero que haría es ir a su casa, descansar y reunir pruebas suficientes de que su despido no había sido legal, entonces podría denunciar su situación. Era lo único que podía hacer, ya que partirle la cara al jefe o incendiar su oficina no arreglaría nada. Aunque, tal vez, lo hiciera mas adelante.

Al alcanzar su portal, un hombre salió rápidamente del edificio, no le conocía y por su aspecto parecía un vagabundo, desaliñado, con barba y pelo largos descuidados y sucios. Ropa manchada que emanaba un clamoroso olor a estercolero. No se le veía el rostro pues la cara estaba escondida tras una bufanda. Cosa muy extraña en esa época del año en la que hacía tanto calor. Pero le dio igual, tenía una empresa a la que hundir y le importaba un pimiento que un vagabundo se hubiera colado en su edificio.

Cuando penetro en el lóbrego y oscuro portal, el olor del vagabundo volvió a golpearle en las fosas nasales como lo hubiera hecho un boxeador profesional, asqueado dio un par de pasos hacia atrás, tomó aire e inició una rápida ascensión por las escaleras con dirección a su piso. Sacó las llaves y se disponía a entrar cuando observó un borde blanco que sobresalía por debajo de su puerta. Tiro de ella y sacó el sobre al que pertenecía la esquina blanquecina que alguien había echado por debajo de su puerta tan apresuradamente que no le dió tiempo a terminar de introducirlo hasta el final. Una vez dentro, apenas percibió el olor rancio y decadente que alguien tras una fugaz visita había dejado impregnado en el sofá y en las cortinas, abrió el sobre, y encontró una información similar a la que hacía unos días había recibido también Sam.

Al principio todo le pareció raro, como una extraña coincidencia. En el mismo día perdía su trabajo y seguidamente recibía una carta para otro trabajo, mejor y con más retribuciones. Parecía una especie de complot, contra él para que formara parte de la misteriosa expedición de la carta. Pero tras leer la carta varias veces se convenció de que era algo normal, su subconsciente se alletargo - tal vez por el extraño olor de la casa - y decidió que iría a aquella reunión, que se celebraba a apenas unas manzanas de su casa en unas horas.

CAPITULO 6:

Susan ya se había decidido por las personas, sería Sam el que ocupara el puesto de guía, Jake el de vigilante, Matehu el biólogo y ella misma sería la arqueóloga. Tan solo faltaba el ingeniero y el informático, que posiblemente tendrían que ser personas de confianza de la propia organización, puesto que necesitaban a los mejores y los candidatos de la lista ya no estaban en esas direcciones o habían muerto.

Jana sería la informática, una especialista en lo último de ordenadores, sensores, satélites... A sus veintisiete años era la mejor y más moldeable informática de la empresa, ya que aprendía sin cesar todo lo que se le ponía por delante, a demás tenía buena forma física y la aventura se le daba muy bien. Era de pelo negro y larga, un poco lacio tal vez pero brillante al incidir la luz sobre el como si de un reflector se tratase, sus ojos eran vivos, fugaces y atentos, tenían la fuerza y el coraje necesarios para conseguir lo que se propusieran. Su estatura no era destacable, tan solo metro sesenta y ocho, pero su peso bien proporcionado y sus curvas exuberantes atraían la atención del sector masculino.

Richard ocuparía el puesto de ingeniero. A sus casi cuarenta años se conservaba muy bien, andaba todos los días y practicaba una amplia gama de deportes. Con sus setenta kilos y su metro setenta de altura era todavía un apuesto caballero. Sus ojos marrón brillantes denotaban la ilusión y la inteligencia por la que era conocido. Su pelo estaba cortado, por no decir rasurado, con maquinilla, y destacaba por su color negro azabache.

El grupo estaba prácticamente definido, en unos instantes estarían todos -ya se había asegurado ella de que así fuera- reunidos en la sala de un solar alquilado, el anonimato en caso de que algo saliera mal siempre era una baza a su favor.

El lugar escogido para la reunión con los candidatos -de momento solo eran eso, aunque ella sabía que aceptarían el trabajo- era algo oscuro, con la iluminación muy alta que caía en vertical afilando los rasgos de la cara y dándoles un aspecto mas austero y agresivo, creando unas sombras alrededor de los ojos y los pómulos que daba a la cara el aspecto de una calavera parlante. Era la iluminación perfecta, ya que ésta impedía reconocer las facciones, ocultas por las sombras, en las caras de los demás e impidiendo que, en el caso de fracasar, se les reconociera a ninguno de ellos en algún lugar del mundo. Y por si fuera poco, habían instalado tanto un sistema de cámaras para controlar todo el edificio, como unos creadores de humo por si había necesidad de huir en cualquier momento o circunstancia. Eran una asociación muy precavida dado que se necesitaba el anonimato para poder moverse con la tranquilidad necesaria que todas sus misiones requerían.

En el caso de que alguno de los candidatos rechazara la oferta, aún habiendo formulado las ofertas mas oportunas y creado los instantes mas adecuados para cada uno de ellos, le debían secuestrar, borrar parte de su memoria y devolver a su domicilio como si nada hubiese pasado, destruyendo, por supuesto, todas las pruebas de su existencia. Esperaba que nada de eso ocurriera. Los resultados todavía no eran muy fiables. Hubo un caso en que un hombre, tras la intervención para el borrado de memoria parcial, que se

volvió loco, comenzó a desvariar sobre abducciones, extraterrestres, y montó tal escándalo que hubo que “convencerle” para que se suicidara.

CAPITULO 8:

Cuando Sam llegó al lugar indicado, tan puntual como siempre, su reloj indicaba que todavía faltaban un par de minutos. Se acercó a la puerta de acceso y comprobó si estaba cerrada, no lo estaba a si que decidió entrar y esperar dentro. Al penetrar por el umbral comprendió que no había marcha atrás, acababa de dar un paso que no podría deshacer nunca. Traspasó la entrada y golpeó con los nudillos en el marco para ver si había alguien en aquel gran almacén. Era un siniestro lugar, un teatro sin butacas se podría decir, y por ello los golpes retumbaron como el estruendo producido en un silencio sepulcral transmitido y ampliado por un altavoz conectado a la máxima potencia.

Cuando sus ojos se adaptaron a la iluminación pudo ver a tres personal al fondo de la gran sala, estaban en la penumbra, pero gracias a su vista distinguió a dos mujeres y un varón, que hablaban en voz baja como si de toda la vida se conocieran. Decidió acercarse a ellos, saludando cortésmente y presentándose como su preparada educación en el orfanato le aconsejaba hacer. – Hola, soy Sam. ... Sam Coofe,... he venido por lo del trabajo... -

En ese instante, a la vez que pronunciaba su nombre, atravesaron el umbral otras dos personas, que hicieron lo propio con moderada educación y se acercaron hacia la esquina opuesta, donde se situaban las tres misteriosas personas que se suponía los habían citado.

Tras sentarse en las sillas dispuestas por la mujer a la que más tarde llamará Susana comenzaron las presentaciones. La mujer de pelo castaño rizado resultó ser Susan Mayfir, era quien les había citado y fue ella quien presentó al resto de los extraños seres de rostros afilados cuyas facciones estaban sumidas en la penumbra -debido a la mala iluminación- diciendo sus nombres y los puestos que debían desempeñar en el caso de aceptar el trabajo.

- Éste es Sam, ésta de aquí es Jana, el de más allá es Matehu,... - Dijo Susan presentando a todos para ver la reacción de estos y el grado de aceptación que tendrían más adelante. – Yo soy Susan, os he citado para un trabajo, éste consiste en... – Y les explico sin detalles y omitiendo alguna que otra información los trabajos que debían desempeñar en la montaña.

Sam hizo las preguntas rutinarias en su oficio de guía: material a utilizar, presupuesto para adquirirlo, salario y duración de la expedición y lo mas importante, la información detallada que tendría que estudiarse para conducir al reducido grupo de aficionados por los montes del lugar al que irían.

Tras la impresionante aceptación de todos los que había en la sala y las correspondientes firmas de los contratos, se les dió una fecha y una dirección desde la cual saldrían de viaje. Sam se quedó para detallar la compra del material necesario, para lo cual, sorprendentemente y contra todo pronostico, se le dió carta blanca. Cuando fue a comprar el material lo acompañó Susan, pues según ella, debía supervisar todos los gastos. Se trasladaron en el chebrolet de Sam hasta la tienda de deportes, donde adquirieron suficiente material, ropa, para todo el equipo, e incluso de repuesto por si las condiciones

meteorológicas eran adversas. Después de la operación monetaria, breve, pero sin duda dolorosa para el bolsillo de cualquiera, recogieron las seis mochilas. Una para cada uno con todo lo necesario ya dentro, así como las tiendas y demás material de supervivencia, y las metieron en el coche.

- Creo que esto es lo último. – *Se apresuró a observar Sam con voz algo ronca y cansada por el largo camino que había realizado desde su cabaña en el monte.*

- Bien, pues entonces hasta el día de la cita, en el lugar que antes hemos comentado. – *Contestó Susan evitando decir en alto cualquier información.*

Finalmente Susan se despidió de Sam que montó, haciendo alarde de su gran destreza y agilidad quizás para impresionarla, en su coche gris y se fue hacia su cabaña a repasar las cosas. Se fue extrañado en parte por que Susan no quisiera que la llevara a ninguna parte, y en parte por que era él quien se llevaba todo el material. Casi no podía creer que confiaran tanto en él como para dejarle encargado de todo el material valorado en más de un millón, pero lo que ocurría es que ellos sabían que necesitaba ese trabajo y volvería a su cita.

- Hasta pronto, ten cuidado. – *Despidió a Sam apresuradamente, sabía que un coche la recogería y la llevaría a su despacho y no quería que Sam lo viera, una mujer precavida vale por dos, o algo así dictaba el refrán.*

- Hasta luego, cuídate nena. – *Soltó Sam cuando ponía en marcha el motor...*

-¿Hasta pronto nena?, ¡Seré estúpido!– *Pensó nada mas cerrar la boca. - ¿Cómo se me habrá ocurrido decir eso?*

No importaba, en casa lo repasaría todo a fondo, se aprendería de memoria los caminos y recorridos de la zona y acabaría cuanto antes ese maldito trabajo tan raro, arriesgado e intrigante.

CAPITULO 9:

Entre tanto, en las profundidades lúgubres, frías y tenebrosas, entre sinuosos y húmedos pasadizos, alguien vigilaba. Siempre alerta, siempre despierto, siempre al servicio de sus ancestros como lo haría su descendiente cuando llegase el momento. Pero no faltaba tanto, tan solo unas semanas, quizá solo unos días, entonces podría dormir plácidamente para siempre dejando a otro en su inquietante lugar.

- Inf, chof, fufh... – *Respiró trabajosamente el ser de las tinieblas.*

- Inf, chof, fufh... – *Entre borbojeos y coágulos de sangre negra.*

Estaba allí desde que su memoria alcanzaba, lo anterior estaba borroso, como devorado a mordiscos por el sangriento suceso ocurrido hace ya - siempre, siglos, años... - interminable tiempo.

Todo es muy confuso y fugaz, comienza con una ascensión a una montaña, a determinada altura – unos mil quinientos metros– hay una gruta en la que penetran el y su cordada, entonces oye gritos de sus camaradas – y también crujidos de huesos al ser despedazados y tal vez salpicones de sangre sobre charcos en el suelo al ser arrancados -, corre en su ayuda, luego un golpe, y ahí acaba todo, y comienza la obsesiva misión de velar y proteger un desconocido y antiguo tesoro.

- Inf, chof, fufh –

No come y no duerme, pero una extraña fuerza lo mantiene no solo con vida sino con una gran fuerza interior capaz de destruir muros de granítica piedra. Ya pesar de todo, no se rebela contra su destino, lo acepta como normal olvidando que antes era un ser humano que tenía otros placeres, otros entretenimientos, y toda la vida por delante. Lo acepta porque cree que siempre ha sido así, que nunca hubo –o tuvo- ni un antes ni un después. Allí abajo no existe el tiempo, ni las noches, ni los días, sólo el sonido del hielo al derretirse por el sol y la incesante espera en la gélida oscuridad.

- Inf, chof, fufh -

Si allí dentro hubiera luz, no parecería ni humano, con su cara pálida, tan blanca como la nieve, sus ojos inyectados en sangre han tomado un color tan vivo como el de la cara. Su piel era tan fina y transparente que si mirabas con atención se veía como la sangre fluía por sus venas, como si de un cristal se tratase. El pelo se le había ido cayendo, primero poco a poco y después en bolas, junto al cuero cabelludo. Toda la ropa se le había deshecho por el paso del tiempo y la piel tenía un aspecto lamentable, llena de marcas y arañazos y tan transparente por la ausencia de pigmentación como la cara. A demás se comenzaba a pudrir en algunas partes, en otras estaba ya en tan avanzado estado de descomposición que podía verse el hueso, blanco y afilado, sobresaliendo entre el amasijo formado por sangre coagulada, piel enmohecida y músculo desgarrado.

- Inf, chof, fufh -

Todo esto se vería con la luz, pero allí no hay luz, nada, solo la amenazante y heladora oscuridad y aquel deforme y ensangrentado ser.

CAPÍTULO 10:

Sam se reunió con todo su equipo, y sus nuevos compañeros, en el gran aeropuerto de la ciudad. Allí, entre los trajines de los pasajeros, nerviosos y asustados, inquietos e intranquilos, embarcaron en un gran avión hacia su destino en la inquietante montaña de Africa.

Primero facturaron el equipo, víveres y demás aparatos informáticos, protegiéndolos de posibles pérdidas o retrasos y supervisándolo todo para asegurarse de que los datos y direcciones eran correctos. Después se dirigieron a la puerta de embarque numero nueve.

Una vez situados en sus correspondientes asientos situados en primera clase, comenzaron a charlar amistosamente entre ellos para conocerse mejor. Como era de esperar Sam preguntó sobre la experiencia en escalada, en montaña y demás cosas relacionadas con su trabajo, para de esta forma saber con que tipo de gente se encontraba y que les tenía que enseñar. Al parecer, tanto Susan como el resto poseían nociones de escalada – por ello habían sido elegidos para formar parte del equipo –, e incluso, alguno, la practicaban en sus ratos libres. Así que no se preocupó por posibles accidentes o descuidos propios de los principiantes.

Para Sam aquella excursión no era mas que otra de las muchas que había realizado con tantos ricos locos que se empeñaban en escalar otra montaña, prefería verlo así en vez de una estúpida y arriesgada visita a un monte para investigar por un extraño mineral, y

por lo que a él respectaba no encontraba nada raro en ello –omitiendo el echo de la investigación mineral –, en el mundo había gente muy rara que a menudo te sorprendía en los momentos mas inesperados.

Comenzó a moverse el avión, se iluminó la luz de “no fumar” y la de “abróchense los cinturones”. Cada uno se ajustó el suyo y se prepararon para salir a toda velocidad, hacia su destino.

A los pocos minutos de vuelo, el tema de conversación se apagó y se enfrascaron individualmente en sus pensamientos o cogieron los cascos individuales y se dispusieron a escuchar música, seleccionándola en el dial.

Tanto Sam, como Susan y Jana coincidían en el gusto por el tipo de música y pronto se les pudo ver en la misma sintonía acompasando la música con la mano o con el pié y susurrando los estribillos.

El vuelo era largo y comenzó ha hacerse tan pesado que algunos se durmieron de puro aburrimiento. Sin embargo Susan permaneció despierta, al igual que sus compañeros de trabajo Jana y Richard. Cuando estuvieron seguros de que los demás dormían, se levantaron de sus asientos lenta y silenciosamente para ir a cambiar impresiones sobre sus empleados. Tras la corta y apresurada deliberación en el impoluto pero diminuto lavabo del gran y veloz avión, no fuera alguien a despertarse y echarles en falta, decidieron vigilar de cerca de Jake y Matehu puesto que Sam parecía una persona callada y apacible mientras que los otros parecían retorcidos e inquietos.

Cuando volvieron a sus asientos, el viaje estaba a punto de terminar, se iluminó de nuevo la luz de “abróchense los cinturones y apaguen los cigarrillos” y se inició el vertiginoso descenso a través del mar de nubes esponjosas hacia la mancha lejana que se divisaba en el horizonte. Sin duda era la pobre pista de aterrizaje de un viejo y decadente aeropuerto de Africa.

- Joder, estos aviones son una maldita mierda, deberían matar al piloto. – *Dejó escapar Jake tras despertar súbitamente al tocar las ruedas del tren de aterrizaje del avión con la pista correspondiente destinada a terminar su vuelo por los aires.*

- No te preocupes, no pasa nada, esto es lo más normal, ¿Es que no has volado nunca? – *Respondió su compañero de vuelo, Matehu, menos irritado al despertarse que él.*

El viaje aún no había acabado, allí contratarían un vuelo privado para acercarse lo mas posible a la montaña. Cosa que les costo tiempo y bastante dinero, ya que los habitantes de la zona habían oído historias sobre la montaña y las siniestras desapariciones de todo aquel que se acercaba demasiado.

Finalmente contrataron los servicios de Tommi, un piloto experto, con una nave antigua, de aspecto poco cuidado e inquietante. Se trataba de un avión de carga para ocho personas. Databa su construcción del año 56 y su aspecto herrumbroso lo confirmaba. A pesar de ello el avión estaba en pleno funcionamiento gracias al cuidado de Tommi, que lo revisaba a diario y lo limpiaba cada salida. Era un aparato de dimensiones diminutas si se comparaba con el boeing que habían tomado hace unas horas, o muy grande si lo hacías con un simple coche. Medía casi quince metros de largo, y las alas ya median casi siete metros

cada una, equipadas con un motor de hélices y unos alerones móviles para facilitar el despegue y el aterrizaje. Estaba todo él pintado en un color amarillo llamativo, excepto por donde la herrumbre reinaba, y llevaba un dibujo en la cola de una sirena desnuda de cobrizo pelo y senos despampanantes apenas cubiertos por sendas conchas marinas, piel dorada de caramelo y vientre liso con una larga cola de pez escamada en color gris.

- Entonces serán cincuenta mil ahora y cien mil el día que os recoja. ¿No? – *Regateo por última vez el avaro piloto, feo y desaliñado, como casi todas las cosas en los países pobres.*

- Bien, podemos permitirnoslo, pero no más. Por ese precio, cualquiera podría llevarnos al fin del mundo y volver. – *Respondió Susan a la oferta del viejo Tommi. – Vamos chicos, descanso de una hora para lo que queráis, y luego... ¡en marcha! – Animó Susan a sus cansados compañeros.*

- Si, eso es mas o menos lo que voy ha hacer. – *Murmuró el supersticioso piloto.*

En pocas horas el avión ya estaba listo para despegar, así que tras cargarlo con el equipo, comida y demás menesteres necesarios para la supervivencia, subieron a bordo. Susan, como dirigente del equipo se sentó al lado del piloto, interesándose por el manejo de estos aparatos. El resto de componentes de la expedición fueron a la cabina de carga donde de nuevo se pusieron a charlar amistosamente tratando de conocerse mejor y determinar el tipo de trato y grado de confianza que podían usar entre ellos. Muy pronto comprobaron que las intenciones de cada uno eran similares, realizar su trabajo y acabar cuanto antes. A

ninguno de ellos le daba buena sensación ni el viaje ni la montaña. Aun así todos deseaban llegar cuanto antes a la montaña y cumplir su cometido lo mejor posible.

Tommi, que despegó sin problemas, puso rumbo a la montaña y encendió el piloto automático, claramente visible por la luz roja intermitente que emitía el botón apretado. Tras la operación cotidiana de revisar los niveles del aparato y escuchar las previsiones meteorológicas para las siguientes horas se puso a conversar con su acompañante, Susan, contándole la misma historia sobre la montaña que una vez le había contado su padre, y a éste su abuelo, transmitida de generación en generación como una verídica historia en vez de cómo una leyenda para meter miedo a los niños pequeños y que estos no se acercaran a la montaña para que no se pudieran hacer daño con los afilados cantos y los desprendimientos de rocas enormes.

- Entonces, a veces, se encontraban huesos destrozados, literalmente arrancados de su lugar y llenos de dentelladas. Estaban ensangrentados y astillados por muchas partes, pero nunca se pudo recomponer todo el cuerpo... – *Trató de asustar Tommi a Susan hinchando la historia con sangrientas ideas jamás relatadas que se acercaban, sin saberlo, tanto a la realidad.*

Era una montaña maldita, de eso Tommi estaba seguro, a la que cada año se le hacían sacrificios para apaciguar su poder y que los pueblos de alrededor vivieran sin ningún problema, ya que en el caso de no cumplir con los regalos de cereal y ganado, la montaña se volvería contra todos los habitantes de la zona y arrasaría pueblos matando a todos a su paso, y dejando solo desolación y cadáveres a su paso. Contó que existía una persona milenaria que velaba por la seguridad de la montaña y su temible y desconocido secreto, y

que todas las expediciones desaparecían sin excepción, dejando a los familiares sumidos en dudas y lamentos con un vacío en el corazón que jamás sería llenado por el enterramiento del cadáver ya que este nunca aparecía.

- ¡Aja!, que miedo, esto pone los pelos como escarpas. – Soltó Susan tratando de parecer sincera y crédula.

Susan, apenas hizo caso de lo que el estúpido inculto piloto decía, solo asentía de vez en cuando como si estuviera atenta. Estaba pensando en la ardua tarea que sería ser conducidos hasta el lugar de investigación por Sam. Tendrían que andar mucho, escalar hasta una altura de mil quinientos metros, y montar la base desde la que efectuarían salidas para investigar la zona y cumplir el encargo que les habían hecho.

CAPITULO 11:

El gran mago vestido con un diminuto taparrabos y un ornamentado gorro de piel de león tiró los limpios y pulidos huesos de pollo sobre un tapiz de hierba verdusca secada al fulminante sol de mediodía, sin duda se avecinaba algo, algo malo. Él nunca se equivocaba, ni él ni sus trucos, y los había repetido una y otra vez hasta cansarse para asegurarse de todo antes de comunicárselo al jefe del pequeño poblado en el que moraba.

- Oh poderosos espíritus, no lo permitáis, no permitáis que la desgracia se apodere de este u de otros pueblos, por favor,... – *Rogó el mago desesperadamente mirando a los cielos con la cara vuelta hacia la oscuridad evitando la enfermiza y blanquecina luz lunar.*

El poblado era el más cercano a la sagrada gran montaña, se llamaba Batusi, y en él vivían personas supersticiosas y trabajadoras, que sobrevivían sin ningún tipo de avance gracias a la venta en la ciudad de la cosecha y del ganado, con lo que obtenían lo imprescindible para alimentarse y no pasar frío durante las heladas y tormentosas noches de invierno. Este poblado, situado a mil metros en la cara norte de la montaña, era el último contacto con el mundo antes de sumergirse en un sinfín de rocas, aristas y hielo.

Por fin se decidió por alertar tan solo al jefe del poblado para no asustar a la pequeña población viviente en la desértica zona. El mal no iba dirigido a nadie, pero la leyenda decía que un día llegarían unos extranjeros y cambiarían a la montaña destruyendo todo a

su paso. Para evitarlo, los poblados de la zona realizaban sacrificios en unas grutas situadas a pocos metros de allí. Cada año llevaban tributos, cereales, y otras riquezas para calmar a la montaña. Los pocos rateros de la zona que se aventuraban en esos parajes desaparecían sin dejar rastro, al igual que las expediciones y los preparados escaladores que intentaban alcanzar la helada cima y colocar en su cúspide la bandera de su país demostrando así al mundo que lo habían conseguido.

El jefe del poblado, que acogió al mago de buen grado, encaneció al oír la noticia, se tornó blanco como la cal y su semblante paso de la expresión gratificante de una luminosa sonrisa a la crispada hostilidad con la que miraba ahora al mago. Que podían hacer, eso se preguntaba sin cesar. Nada sino esperar y evitar a los extranjeros, que como decía la antigua leyenda eran los culpables de la futura maldad, si era necesario volvería a todos contra cualquiera, para conservar la paz y el bien en su humilde y tranquilo poblado.

*- ...Maldito seas, no te creo, eres un inútil borracho, largo de aquí... -
Gritó el jefe del poblado con rabia, aunque en el fondo de su mente le creía puesto que nunca fallaba.*

CAPITULO 12:

El piloto automático fue sustituido por Tommi, una vez mas se abrocharon los cinturones y el aparato comenzó a descender sobre una explanada de tierra preparada para aterrizar. El aparato emitió un ruido, luego vibró un poco y con lentitud el tren de aterrizaje salió. Hubo ciertas turbulencias y el aparato realizó unos saltitos y se volvió a estabilizar. Al tocar tierra, se sintió un tremendo golpe - nada como viajar en primera clase- y traquetearon las ruedas sobre el firme de gravilla y arena características de la zona. Con otro suave pero contundente golpe las ruedas delanteras se posaron y el aparato emitió unos pausados chasquidos hasta que quedo inmóvil sobre la precaria pero firme pista improvisada de aterrizaje. Mas tarde conocerían que en realidad la zona sobre la que habían aterrizado era una especie de ancho contrafuegos, para evitar que el bosque- que había allí antiguamente- se quemara por completo en el caso de un incendio. Pero ya no existía bosque, llegaron unos personajes de la madera sin escrúpulos y uno a uno talaron todos los árboles, cambiando el bosque por un cementerio de tocones. El mundo se estaba yendo al garete y nadie hacia algo para evitarlo.

- Chigss, queridos pasajeros, el vuelo ha terminado, hace una temperatura de... Chigss – *Trató Tommi de imitar a los pilotos de los grandes aviones.*

Sam, Susan y los demás pasajeros quedaron con el piloto para que al cabo de dos semanas se reunieran con ellos allí mismo y comenzar el viaje de regreso con los datos y la información obtenida.

Comenzaron a repartirse sus pertenencias, sus mochilas y su equipo. Irían a pie hasta la base de la montaña donde acamparían para descansar e ir tomando datos tras la puesta a punto de las máquinas. Lo primero sería contactar vía satélite con INIM.

CAPITULO 13:

Comenzó la dura marcha hacia las faldas de la montaña, llevaban mucho peso y caminaban lentamente, pero a un ritmo constante lo que les permitió llegar a su destino antes de que anocheciera. Montaron las tiendas de campaña, que eran grandes de color tierra claro, impermeables y aislantes del frío, prepararon el campamento y encendieron los aparatos solares que les permitirían recoger la suficiente energía para poner en marcha los aparatos eléctricos para comunicarse y buscar el mineral.

Sólo había dos amplias tiendas grandes a si que deberían dormir en dos grupos de tres, lo echaron a suertes. A Sam, Susan y Jake les toco en una, y a Matehu, Jana y Richard en la otra. Tras la pequeña pero energética cena a base de comida deshidratada y latas de conservas, cada uno se retiró a dormir en su correspondiente tienda.

- Buenas noches para todos. – Dijo Susan para comenzar a mover a aquella gente hacia sus camas, bueno, mas bien sacos.

- Buenas noches. – Dijo Jake en un tono lo bastante fuerte que denotaba que el no dormiría mucho.

- Buenas noches a todos. – Dijo dulcemente Jana

- Que durmáis bien. – Dijo originalmente Richard

- Buenas noches para todos. – Repitió Matehu

- Que vuestros párpados sean las cortinas a las pesadillas y vuestra mente descansa con la calma del mar y del aire. – *Dijo Sam como un sabio indio le enseñó a desear agradables sueños.*

Sam entro el primero en la tienda. Tras desnudarse y ponerse el pijama -tan solo un pantalón corto y su fuerte torso desnudo- se metió en su saco. Jake, mas recatado, se aparto un poco para cambiarse y se colocó un pijama de algodón comprado en alguna de las rebajas en un supermercado, se metió en su saco, murmuro un buenas noches, y ufano como un lirón se durmió rápidamente. Susan tardó mas en llegar ya que contactaba con sus superiores en INIM cerrando un plan de acercamiento e investigación dictado por ellos. Al entrar en la tienda no se percató de que Sam, algo inquieto, no dormía, así que inicio el proceso de cambiarse al pijama, ropa mas cómoda para dormir, desnudándose sin ningún pudor y permitiendo inconscientemente que Sam contemplara su maravilloso cuerpo dorado a la luz de la luna. Susan se durmió enseguida pero Sam estuvo pensando en Susan, creía que se estaba enamorando, pero todavía no estaba seguro, podía ser algo solo sexual –sus curvas, su pelo, esos ojos, pero lo que mas le atraía de ella era su misteriosa personalidad y su talante, rápido y perspicaz, siempre atenta a cada detalle- o no, finalmente, tras acomodarse en silencio, dentro de su saco de alta montaña que podía llegar a soportar menos diez grados, se durmió. Y soñó, no como Jake que estuvo en estado de duermevela ya que ese era su trabajo, ni como Susan que se imaginaba en casa, ni como Richard o Jana que trabajaban, ni tan siquiera como Matehu que corría sin cesar en medio de una premonitoria pesadilla, sino que soñó con Susan, con su maravilloso cuerpo, con sus atractivas curvas y

su atlética figura, soñó que estaba tendida lujuriosamente junto a él, desnuda, tras haber echo el amor con una pasión y un ardor desconocidos para ambos, tras una larga jornada de besos y caricias, de placer y sensualidad.

Entre tanto, en la otra tienda, todos dormitaban ya metidos en sus sacos, soñando entre el sudor y el cansancio acumulado durante el viaje mientras sus subconscientes pensaban en las posibles investigaciones, observaciones y cálculos que al día siguiente tendrían que realizar rápidamente antes de continuar su larga marcha.

CAPITULO 14:

A la mañana siguiente, tras un corto pero sano y energético desayuno, comenzaron la ardua tarea de recopilar datos para la investigación, comenzando cada uno por su especialidad.

Así pues, Sam dedicó unas horas a realizar mapas y dibujos de los caminos y montes para evitar perderse, comenzó por el campamento, donde estaba situado de la pista improvisada de aterrizaje, la situación aproximada de los montes, la altitud de los mismos, por donde sería mejor subirlos y por donde se llegaría a la gran montaña con su riqueza interior.

JaKe vigilaba, oteando a lo lejos todas las sombras y matorrales, listo para ponerse en acción. Memorizaba cada lugar para saber en donde podían esconderse en el caso de ser atacados, donde podían ser atacados por quien fuera, donde era la perfecta emboscada, etc. Mientras tanto, preparaba sus armas, ignoradas para los demás, limpiándolas, engrasándolas y cargándolas con munición real.

Matehu recogía muestras del suelo, de los arboles, de todas partes, ya fueran piedras, tierra o incluso excrementos, y las metía en pequeños botecitos de cristal transparente para mas tarde realizar pruebas en su laboratorio ambulante y comprobar datos como la radiación del medio, el electromagnetismo, posibles defectos en el aire, etc.

Jana incordiaba con su ordenador portátil dejándolo a punto para la próxima comunicación, comprobando la batería y el sistema de recarga por energía solar. Conectaba aparatos para desconectarlos al verificar su correcto funcionamiento, introducía datos en la memoria del portátil para ser enviados mas tarde vía satélite a sus jefes, tomaba fotos con la videocamara digital del lugar y las guardaba en la memoria E-prom del miniordenador.

Richard tomaba datos y más datos sobre el terreno, dibujaba croquis del lugar, calculaba la dureza del subsuelo y la resistencia a la erosión, en definitiva, buscaba el lugar mas adecuado para la construcción de una planta extractora del mineral codiciado.

Susan buscaba indicios de vida de otras civilizaciones, de otros entes con razocinio, para saber el motivo por el que estaba la zona desértica de vida humana, quería averiguar el pasado para prever el futuro, pero no encontró ni pruebas de vida ni motivo de posible extinción, por lo tanto lleo a la conclusión de que estaban en lugar desconocido para el mundo, por lo menos esa zona que ella registraba.

Tras la ardua tarea de recoger el campamento, detallar los datos obtenidos en la mañana y enviarlos a sus superiores, se pusieron en camino hacia la afilada pared norte de la montaña, llegando a los pies de la misma al mediodía por lo que se concedieron un descanso para comer. Después de la "sabrosa" comida enlatada Sam se dedicó a recorrer los alrededores siempre acompañado por alguien, estaba claro que todo se debía hacer por parejas por la seguridad de ambos y mantener siempre contacto o visual o por las radios intercomunicadoras que tenían.

Sam ya se lo suponía, no encontraría un camino más sencillo para la escalada de la montaña, deberían subir esa fría y lisa pared de granito, orientada al norte y llena de humedad y escarcha. No quedaba otro remedio, el acceso por cualquier otro punto era mucho más arriesgado ya que parecía que alguien hubiera convertido las paredes en pulidas superficies desplomadas a base de acariciarlas a lo largo de los años. Pensó que dada la humedad y el aire de esa zona, los elementos climáticos habían erosionado la roca, lamiendo cada saliente y convirtiéndola en una fría superficie casi irreal de excelente acabado superficial.

Imaginariamente, Sam, pensó en los útiles que necesitaría para la ascensión del pequeño tramo que les conduciría a otra empinada rampa en dirección a la cúspide de la montaña. Los fue sacando uno a uno de la mochila, verificando su estado y funcionamiento, y depositándolos sobre el árido suelo. Decidió que el escalaría primero, ese era su trabajo, poniendo los seguros necesarios a intervalos regulares, que le impedirían en el caso de un error caer hasta el suelo, reventándose internamente contra la tierra y rompiéndose todos los huesos con un solo chasquido, en un rápido y vertiginoso descenso en picado hacia el firme merced a la gravedad.

Tras cumplir cada uno con su cometido, los preparó psicológicamente para lo que había que hacer: subir uno a uno por la dura roca, subir el material izándolo con unas poleas desde arriba y desequipar la vía recuperando el material que él había puesto en las grietas de la pared vertical, aunque no necesariamente en ese orden. Primero él subiría por la pared equipándola con empotradores y fisureros hasta un punto situado a cuarenta

metros en el que haría una sólida reunión y desde el cual se podía continuar andando. Luego el segundo subiría retirando en material, y el tercero se encargaría de ir enganchando a la cuerda las mochilas para que los de arriba las izaran con cuidado de no golpear el importante y valioso material. Tras esta operación subirían el resto de los integrantes de la expedición.

A Sam le aseguraría Susana, de quien mas se fiaba por su experiencia –o tal vez por su desconocido amor hacia ella- y que iría la segunda de cordada. Jake cargaría el material en la cuerda y tras subirlo por la cortante pared escalaría él. Luego irían Richard, Jana y Matehu. Aunque el orden daba igual, prefería que los mas inexpertos subieran primero y los más ligeros de peso los últimos porque no conocía la resistencia de la roca ni cuanto podría aguantar la reunión -por muy sólida y firme que la hiciera- tras la escalada de cinco personas. Aunque en caso necesario construiría otra más segura un poco desplazada hacia arriba mejorando la estabilidad y confiriendo solidez y seguridad al conjunto.

Sin mas preámbulos se coloco el arnés, los pies de gato, cogió el resto material necesario, martillo, picas, friends, empotradores..., comprobó el nudo y el correcto funcionamiento del gri-gri, aparato que llevaba Susan en su arnés para asegurar a Sam dándole cuerda en el caso de necesitarla y estrangulándola en el caso de caída. Una caída era una cosa improbable tratándose de Sam, pero no obstante posible dada la dificultad de la pared y la existencia de cantos escurridizos y desprendibles.

Comenzó la corta escalada que acabaría sin problemas en la meta que se había propuesto, no sin dificultades, pero una vez más con la sensación de triunfo del hombre

sobre la naturaleza. Se agarró con una mano a un saliente diminuto pero sólido para comenzar el ascenso, colocó un pie en una grieta y empotró el otro dentro de la misma, dejando así una mano libre para colocar el friend -aparato parecido al paraguas que se introduce en la grieta y se abre impidiendo su salida- al que enganchó la cuerda mediante un mosquetón. De esta sencilla forma siguió avanzando hasta aproximadamente la mitad de la pared, en la que hizo un alto en una precaria reunión para descansar un poco. La reunión simplemente constaba de un fisurero introducido en la grieta central de la pared y una chapa introducida longitudinalmente a martillazos en otra grieta, triangulando así las fuerzas. Las manos se le habían entumecido debido a la helada capa de rocío que tenía la roca, y comenzaban a no responderle negándose a cerrarse sobre su correspondiente agarre en la peligrosa y resbaladiza vía. Tras unos minutos de calentamiento, llegó sin más problemas al fin de la pared vertical, construyendo dos anclajes sólidos y robustos como reunión desde la cual aseguraría a los demás escaladores. Estos anclajes, a diferencia del anterior constaban de tres puntos principales, que establecían unos triángulos de mayor durabilidad y resistencia a esfuerzos. Clavó en la base unos largos y robustos clavos en cuyo extremo tenían una argolla para colocar en ella los cordinos que tensaban la reunión y aseguraban a los escaladores.

Avisó a Susan que soltó la cuerda, realizó un nudo para encordarse y comenzó el laborioso ascenso de recoger material que realiza siempre el segundo. Subir de segundo resulta más sencillo que de primero, lo principal es que llevabas la cuerda por arriba y esto a

demás quitarte peso impide que caigas, no como de primero que cualquier error te llevaría a una caída hasta el último seguro colocado.

Tras la llegada de Susan con el material recogido, colocaron un sistema de poleas con el cual subieron una a una las mochilas y el resto del material informático y de escalada. Engancharon a la reunión más baja una polea, el ella colocaron la cuerda y la lanzaron hacia sus compañeros, varios metros más abajo, gritando al unísono: – ¡Cuerda! -.

Jake que desconfiaba por naturaleza de todos, reviso el nudo varias veces, la cuerda otras tantas y el arnés muchas mas. Gracias a su corpulencia alcanzó la cima en pocos minutos, sin ninguna dificultad tras lo cual exclamó en tono fanfarrón: –Si esto es escalar, hasta un niño de cinco años podría hacerlo -.

Sam estaba a punto de contestar: - No tienes ni puta idea de lo que de verdad es escalar y la gran responsabilidad que eso conlleva – Pero no lo hizo, no quería a esas alturas tener ningún tipo de problema, ni ninguna clase de rencor, nunca se sabia si luego necesitaría su ayuda.

Tras Jake, comenzó a subir Jana, aunque ligera de peso algo inexperta, al principio tiro mucho de brazos porque al igual que muchos pensaba que era un deporte de fuerza cuando en realidad es un juego de equilibrio entre cuatro y tres puntos de apoyo. Mas adelante, tras unas observaciones de Sam, comprendió el truco de usar las piernas como impulsoras y subió más deprisa que nadie.

Richard subió después, mas pesado que Jana pero también más experto, aún así, tuvo un par de resbalones que acabaron en un susto, gracias a la sólida reunión y a la atenta mirada del experto asegurador.

Matheu, fue el último. Tras haber visto a los demás subir aprendió de sus fallos evitándolos y haciendo una increíble demostración de destreza y agilidad.

- Bueno, ya pasó la parte difícil, de momento, ahora descansaremos un rato mientras recogió el resto del material usado en las reuniones. –
Comentó Sam mientras recogía el material comprobándolo y limpiándolo minuciosamente.

- Vale, yo te ayudare, y vosotros, buscar un camino que nos permita continuar hacia la cima, pero no os alejéis mucho e ir en parejas. – *Gritó Susan mientras los otros se alejaban a paso ligero sin mochilas por el borde de la pared que acababan de subir.*

- Te agradezco lo que estas haciendo por mi, por ayudarme y todo eso.
– *Agradeció Sam a Susan ya que sin esta hubiera tardado mucho mas de lo previsto, retrasando la marcha y provocando una apresurada caminata para evitar que la noche y la oscuridad les envolvieran mientras caminaban sin descanso hacia se meta.*

- No pasa nada, alguien tiene que hacerlo, y me gusta tu compañía. –
Comentó Susan sonrojándose casi imperceptiblemente.

Tras la recogida y correcta verificación del material, les llamaron por los talkies y se reunieron, comentando lo que habían visto por los alrededores. Solo había paredes y más paredes, y al norte, un curioso camino pedregoso casi tapado por la maleza muy empinado y resbaladizo.

Sam se puso en marcha el primero, conduciendo al resto de expedicionistas por el suntuoso camino hacia la cúspide, destino final de la investigación. A medida que avanzaban el camino se hacia mas peligroso, la maleza impedía ver y se cerraba tras sus pasos como evitando el posible regreso en caso de necesidad e intentando desorientarlos en medio de la montaña llena de barrancos y precipicios.

Jake caminaba bastante bien, tenía resistencia, o al menos así lo pensaba él, y así, sumido en sus pensamientos continuaba ascendiendo detrás de Matheu. De repente tras él, un grito, un corrimiento de piedras sueltas en el peligroso camino, un ruido de deslizamiento por la pendiente. Sin pensarlo, se agachó dándose la vuelta para agarrar de la mano a su predecesor que caía rápidamente por un traspiés que sobre una roca suelta había dado momentos antes. Era Richard, resbalaba y caía pesadamente al suelo sin encontrar asidero para evitar la trágica caída por el abismo de su derecha.

Todos se volvieron para ver que ocurría, percibiendo entonces a Jake agarrando de la mano a un Richard asustado colgando hacia una inevitable muerte al fondo del barranco vertical. Jake estaba casi tumbado en el suelo para evitar caer agarrando a Richard por la mano -que sudorosa comenzaba a resbalar- y pidiendo ayuda a los demás.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Jake tenso los músculos y echó todo su peso hacia atrás izando a pulso a un Richard maltrecho y semi-inconsciente del susto. Casi lo había elevado por completo sacándolo del peligro cuando él mismo comenzó a resbalar y si no hubiera sido por Matehu que le agarró de la mochila, él y Richard habrían caído inevitablemente en las garras de la gravedad de Newton llegando a casa hechos puré en

una bolsa de basura con una etiqueta con sus nombres. Y es que el cuerpo humano no está preparado para chocar a gran velocidad contra piedras de granito puro.

Finalmente, con la ayuda de Jana y Matehu, lograron vencer a la gravedad salvando al inconsciente Richard y al cansado Jake. Hicieron un alto, limpiaron una zona de matorrales para asegurarse de que no había ningún traicionero abismo escondido a la espera de que una descuidada víctima pisara sobre el vacío, y trataron de reanimar a Richard y calmar al desquiciado Jake que había mirado de frente a la muerte por primera vez sin estar preparado para ello –no era como en una pelea con otro tipo lleno de alcohol- por salvar a otra persona, que no le importaba lo mas mínimo, como se supone en hombres como él.

Richard no tardó en volver en si, se había resbalado con una traicionera piedra suelta en el camino, como si alguien deliberadamente la hubiera puesto ahí, cayendo hacia un agujero que daba lugar a una abismal carrera hacia el duro suelo situado a unos doscientos metros, lo que habían ascendido durante esa jornada. Luego se había golpeado la cara contra el suelo, haciéndose múltiples cortes con las piedras afiladas como cuchillas y diminutas como alfileres.

Tras las curas decidieron que era tarde y montaron las tiendas con la precaución que el traicionero lugar exigía. Contactaron con la base en la ciudad y prepararon la cena.

CAPITULO 15:

Entre tanto, alguien los había observado en su difícil ascensión. Ese alguien no era nada mas ni nada menos que el brujo del poblado Batusi. Y pensaba, al igual que el jefe del poblado Batusi, que los problemas que se avecinaban serian causados por los escaladores extranjeros que se dirigían incesantes, pero directamente, sin saberlo, al poblado, por el que habían de pasar para alcanzar la cima. La naturaleza de la montaña así lo requería. La razón era simple, el único camino que podían seguir era escalar en esa dirección ya que las demás paredes eran imposibles de subir por la erosión que a través de los años habían tenido, y el camino secreto del poblado Batusi por el que descendían para realizar sus necesarias ventas en la población mas cercana eran unas interminables grietas y cavernas en el corazón de la montaña por las que solo se aventuraban unos pocos que las conocían.

Estaban ya muy cerca, y no había ocurrido ningún milagro, accidente o cambio de opinión que, desafortunadamente, los hiciera retroceder. Puesto que las cosas estaban así, esperarían a que alcanzaran el poblado, que lo preveían para el día siguiente, y allí le tratarían de asustar para impedir que continuaran su loca aventura. Si no entraban en razón disponían de la soledad y el aislamiento necesarios para actuar a su propia consideración, y en beneficio de los pueblos de la región.

De todas formas, en el camino habían suficientes peligros, naturales y que el mismo había dispuesto, como para que los malditos excursionistas regresaran a sus casas. Tarde o

temprano se convencerán de la dificultad, del peligro, y volverán cabizbajos a sus hogares para contar que no tocaron la cima inalcanzable por el mal tiempo, como muchos otros habían echo mucho tiempo atrás. No tenían que preocuparse, se decía una y otra vez, tratando de engañarse para dormir mas tranquilo, para poder relajarse y continuar con su rutinaria vida.

CAPÍTULO 16:

A la mañana siguiente, Susan despertó al resto de los componentes de la expedición mas temprano de lo normal, tenía un mal presagio –ya conocéis el temible poder del sexto sentido de las mujeres–. Lo primero era recoger las cosas, contactar con INIM, desayunar, y comenzar la ascensión entre el follaje por el sendero traicionero y las paredes abruptamente verticales.

La mayoría ya no dormía bien, tenían pesadillas originadas por, tal vez, sus subconscientes –la montaña maldita– o por el desafortunado episodio del día anterior. Sam estaba más enamorado de Susan, Jake mas harto de todos, Richard más asustado, Jana más atenta y Matheu más autista. La única que permanecía serena y en pleno funcionamiento era Susan, aunque se daba cuenta de las cosas, por ejemplo, a ella también le empezaba a gustar Sam y le miraba con otros ojos, pero permanecía al nivel de jefa de expedición y cumplía su trabajo.

Una vez completadas las tareas de análisis e investigación, seguían sin encontrar ni rastro de vida ni de mineral, ni terreno apto para construir nada que indicara indicios de civilizaciones antiguas o paso de los hombres por el siniestro lugar, se pusieron en marcha por el estrecho camino entre los abismos y las paredes. Caminaron hasta que el sol estaba en vertical con sus cabezas, entonces pararon a descansar. En parte por que era ya casi la hora de hacerlo y en parte porque el camino acabo súbitamente en otro traicionero precipicio.

No quedaba más remedio, había que escalar una vez más por las afiladas aristas verticales y sin salientes hasta un poco más arriba donde parecía verse otra especie de camino. De nuevo Sam explicó lo que harían y comenzó a sacar el material de las bolsas cuando un estruendoso sonido invadió sus oídos en permanente alerta. Era un desprendimiento a gran escala, miles de rocas pequeñas que precedían con toda seguridad a otras más grandes caían sin cesar creando una lluvia de meteoritos del tamaño de un puño sobre sus cabezas. Sin más aviso que el de pegarse todo lo posible a la roca dado por Susan, una roca de dimensiones increíbles -casi como un coche- pasó rozándoles rodando a una vertiginosa velocidad junto a sus cuerpos. Pero no todo había terminado, cuando ellos así lo creían y se incorporaron, volvió de nuevo la lluvia meteórica de rocas.

Cada uno velo por si mismo, excepto Sam que una y otra vez se arriesgo mirando que todos estuvieran protegidos. Súbitamente, algo hizo incorporarse a Matehu, tan rápidamente que nadie pudo evitarlo. En ese momento un pedrusco de gran tamaño voló hacia la cabeza del temeroso Matehu, impactando con gran fuerza entre los ojos. El chasquido del hueso del cráneo al partirse fue escuchado por todos los presentes, que se volvieron a tiempo para ver que algo no iba bien. La piedra increíblemente atravesó la capa sanguinolenta de carne y hueso estrellándose en el gelatinoso cerebro para acabar alojándose en él. La sangre y pequeñas partículas astilladas de hueso volaron por todas partes, pero el cerebro no salió de su cavidad hasta que el impacto desequilibró al inerte Matehu haciéndole caer por el precipicio situado a sus espaldas.

Matehu había estado agachado asiéndose a un peñasco fuertemente cuando una voz en su cabeza –o quizás un susurro en su oído- le ordenó que se levantara dejándole sin potestad para decidir, su cerebro omitió el deseo de quedarse a salvo. Luego, al mirar al frente, vio una piedra acercarse a su rostro, e intento moverse, pero era ahora alguien –o algo- el que controlaba su mente impidiéndole actuar. Él también oyó el chasquido de su cráneo al estallar en un millón de partículas sangrientas, él también vio su sangre salir esparcida hacia la pared, pero, después, ya no vio ni oyó nada. Tampoco se sintió caer por el barranco vertical ni sintió el estremecedor impacto en el pedregoso terreno.

No hubo gritos, solo silencio. Ni siquiera se oyó el ruido de su ya flácido cuerpo sobre las rocas del suelo, que desparramarían parte del inútil cerebro y destrozaban el resto del cuerpo esparciendo los miembros y la sangre por el árido suelo que la absorbería como si fuera agua –o un vampírico y deshidratado firme perteneciente a la maldita montaña -.

Tras el fuerte impacto por lo ocurrido, comenzaron a moverse con precaución –las desgracias nunca vienen solas-. Todos estaban un poco magullados debido a los arañazos recibidos por las diminutas y afiladas piedras caídas sobre ellos.

- Dios mío, esto es escalofriante. – *Susurró Jana en un ahogado sollozo.*

- Debemos andar con más cuidado, ¿alguien sabe que le impulso a levantarse tan inconscientemente? – *Dijo el frío y calculador Richard, con mirada inquisitiva y amenazante hacia Jake del que desconfiaba.*

- Yo no se nada, permanecí agarrado a la pared con los ojos cerrados para evitar que las piedras los hirieran. – *Se defendió Jake dándose por aludido, aunque no tenía porque haber entrado en la discusión.*

- No es el lugar ni el momento para enemistarnos, ni acusarnos de nada, no creo que nadie quiera matar a nadie. – *Dijo Susan en tono imperativo pero apaciguador a la vez. – Nada de peleas. -*

- Debemos continuar la marcha si no queremos que se nos haga de noche. – Comentó Sam cambiando de tema. – *Escalaremos por esta pared hasta aquel saliente rocoso desde el cual parece que sigue el camino hacia la cima. -*

Todos estuvieron de acuerdo con él a si que dispusieron el material y Sam comenzó la larga escalada, esta vez eran sesenta metros, confiando de nuevo solo en Susan para el aseguramiento.

Cuando toco la fría y húmeda pared que daba al norte, sintió un profundo escalofrío similar al que tuvo en su casa hace unos días, que ahora parecían meses e incluso años, que significaba algo, aunque Sam todavía no lo sabía. Comenzó la ascensión haciendo poco uso de sus fuerzas puesto que nunca se sabía lo que mas adelante podía encontrarse. El sistema era siempre el mismo, colocar tres puntos seguros, casi siempre eran los dos pies y una mano, para avanzar con la otra mano y asegurarla antes de cambiar el peso y cargarlo sobre ella, dejando de esta forma que la mano que antes estaba mas abajo fuera la que continuase hacia arriba, luego se subían los pies dando un estirón para quedar mas alto y vuelta a empezar. Tras esta operación, se paraba y colocaba un seguro a la pared sobre en el cual pasaría la cuerda. Los mas fáciles de poner eran los friends, que se encogían y se abrían en la grieta a modo de paraguas, luego estaban los fisureros que eran placas de plomo o aleación dúctil que se encajaban en las grietas a modo de cuñas o se les golpeaba con el martillo para darles determinada forma e introducir las en las fisuras. La mayor dificultad

la presentaban los pitones, o clavos grandes, que se debían colocar golpeándolos con mucha fuerza con un martillo en las diferentes reuniones.

CAPITULO 17:

El gran espíritu de la montaña había escuchado la llamada de socorro del mago. Había estado rezándole, alabándole, rogándole, durante varios días, hasta que hoy, por fin, había despertado y actuado a su favor. Contento le dió la gran nueva al jefe del poblado Batusi, llenándole el corazón con, tal vez, falsas esperanzas de salvación.

El poblado entero, sin saber porque, festejó el hecho realizando un sacrificio de ganado. Se eligió el animal más joven e inocente y se le desangró en un altar de piedra construido por sus antecesores hacía ya mucho tiempo. Tras cocinar la carne se compartió con todo el poblado, junto con cerveza natural destilada allí mismo y vino mezclado con miel como hacían los egipcios.

El mago, al igual que el jefe, continuaron mas tarde, algo más borrachos que de costumbre, con renovadas fuerzas implorando al dios de la montaña ayuda, alabándole, como les habían enseñado sus padres y a estos sus abuelos durante generaciones.

Ya estaba decidido, ante la infructuosidad de las anteriores, colocarían más trampas en el último tramo de llegada al pueblo y el primer tramo de salida del mismo, de esta forma se asegurarían de las muertes de los extranjeros que traían problemas consigo.

CAPITULO 18:

Sam sintió que la roca estallaba en su mano justo en el momento en el que apoyaba su peso en ella para mover la otra mano soltándola de su anterior agarre. Contra eso no podía hacer nada, solo desear que el último seguro puesto fuera la bastante sólido como para aguantar una caída de factor dos. Una caída de factor dos, como ya sabía él podía ser mortal, era cuando caías a una distancia determinada del ultimo seguro que estaba por debajo de ti, mas o menos tres veces la que se había escalado previamente. Era debido a: la elasticidad de la cuerda -preparada así para amortiguar el golpe-, la distancia al seguro, y la comba de la cuerda dejada por Susan para permitir a Sam libertad de movimientos.

Susan, que como buena aseguradora estaba atenta, vió la piedra estallar en mil pedazos ante la presión de las enérgicas manos de Sam –por lo menos así lo había creído ella- y le vio caer al vacío con solo el ultimo seguro, la cuerda y su habilidad para evitar su muerte. Entonces reaccionó rápido echándose hacia atrás para reducir la comba de la cuerda, mientras apretaba tenazmente la cuerda en sus manos preparándose para un fuerte tirón hacia arriba.

Jaķe, le ayudo agarrándola por la cintura, asiendo con brutalidad el arnés.

Sam intentó, como en las pocas caídas que había tenido, mantener el equilibrio para no golpearse la cabeza, echándose ligeramente hacia atrás para que con el tirón las piernas buscaran apoyo en la lisa pared.

Todo ocurrió tan rápidamente que pareció incluso sencillo, la cuerda se tensó, Susan se elevó ligeramente hacia arriba antes de que Jake hiciera más presión para sujetarla, y Sam se apoyó con los pies en la roca dejando a salvo su cuerpo de posibles rozaduras y evitando el penduleo clásico de estas caídas.

- ¡¿Estas bien?! – Gritó Susan preocupada por el hombre del que se estaba irremediablemente enamorando.

- ¿Qué ha ocurrido? – Preguntó Jana inquieta ante la mirada atenta de Jake y Richard hacia Sam, que estaba inmóvil.

- Estoy bien. – Dijo finalmente Sam. – Creo que se desprendió una presa pero no pasa nada. – Continuó explicando aunque él mismo no se lo creía del todo. – Volveré a colocar este seguro y continuaré subiendo. -

- Esta bien, pero ten más cuidado, y coloca los seguros más juntos para evitar caídas tan peligrosas. – Recomendó Susan ante la afirmación de Richard con la cabeza.

Sam reanuda su escalada, esta vez con más cuidado y siguiendo el consejo de Susan, y de nuevo, alcanza la meta sin más problemas. Otra vez Susan recogería el material tras el montaje de una reunión. Luego, juntos hicieron el material restante y las mochilas y aseguraron a Jana, Jake y Richard en su escalada.

Jana no tuvo muchos problemas al subir, le costó un poquito, pero al ir de segunda, Susan y Sam le ayudaron izándola un poco tirando de la cuerda. Jake subió con alguna dificultad más, resbaló varias veces por no mirar dónde pisaba y querer ser muy rápido.

Como conclusión se llevó un par de golpes en el hombro derecho y unos rasguños en la pierna izquierda. Richard, una vez mas, observo los pasos difíciles y su solución y los salvo con una maestría y destreza solo igualables por las de Sam –o así lo pensó Susan -.

Tras los ya rutinarios trabajos de recoger muestras y limpiar material, se pusieron en marcha, muy apenados por la reciente muerte de su compañero, Matehu, para llegar ante su asombro a un poblado.

Al principio Susan, que iba la segunda, no se lo creía, sin embargo el olor a comida, a estiércol, las voces, cantos y música y el humo que divisó al final junto con las primeras chozas de barro y madera del poblado terminaron por convencerla de la realidad. Aquélla aldea era la mítica aldea Batusi.

Sam en cambio, ya se lo esperaba, puesto que fugazmente durante el trayecto vió, de vez en cuando, algún ser humano vestido -con la temperatura que hacía- con un taparrabos y muchos adornos hechos con huesos. Incluso una vez vió a uno con lo que parecía una cabeza de león. Aunque no les dijo nada a sus compañeros por temor a que se asustaran y se precipitaran en desbandada hacia el abismo.

Jana y Richard fueron los siguientes en oír y oler el hollín y la manduca, y Jake, el más duro de oído por una de sus peleas, reaccionó tan solo al contemplar el desprovisto espectáculo.

Cuando penetraron por el poblado, no había nadie, pero la música y los sonidos, tan solo quedo latente el fuego en el centro del circular poblado. Tras unos minutos de espera, salió de una choza, la más grande, un personaje casi cómico, vestido con pieles de diversos

animales y con un estrambótico gorro de piel de león que debía ser el símbolo de su poder. Tras él, un séquito de sirvientes y demás habitantes del pueblo, entre ellos él que había visto Sam en alguna otra ocasión.

El poblado se llamaba Batusi, era lo único que entendieron, puesto que no hablaban el mismo idioma, ni siquiera el inglés en el que Susan se había especializado. La gente del poblado parecía muy maja, les ofrecieron comida e incluso un par de chozas para que hicieran noche allí. Susan, jefa de los excursionistas como hizo ver al supuesto jefe del poblado, decidió que pasarían noche allí, siempre era mejor que montar las tiendas y dormir en incómodos sacos de plumas de oca para protegerse del frío.

Tras contactar con sus jefes y detallarles si excepción lo ocurrido, guardó los aparatos e intento hablar con los habitantes del poblado, que una vez y otra les ofrecían comida, pieles, e incluso dormir en una cabaña perteneciente a una joven y exuberante nativa. Todo lo rechazaban amablemente por expreso deseo de Susan, no quería comer nada que pudiera dañar al equipo, ni que pasara ninguna estupidez con una nativa que les creía dioses o algo por el estilo.

CAPITULO 19:

Tras largas horas de gestos y sonidos, Susan se entero de que el pueblo tenía una serie de pasajes que daban, sin tanto esfuerzo como el que habían realizado escalando, al valle, a unos mil metros más abajo. También les intentaron convencer de que regresaran por ellos, de que no subieran mas arriba, pero ella firme a su propósito se negó a descender ahora que estaba tan cerca de su objetivo.

Recogió muestras de la zona en la que estaba el poblado, apunto y observo sus costumbre, y realizo el trabajo del difunto Matehu.

Cuando ya hubo acabado, se dispuso a dormir. Las precarias cabañas de suelo polvoriento y techo de paja se habían sorteado, y sorprendentemente le había tocado con Sam, por lo que en la otra dormirían Jana, Jake y Richard. No le gustaba dejar sola a Jana con Jake, pero estaba de por medio Richard en quien confiaba, a demás por otro lado quería hablar con Sam –era su mente la que no solo quería hablar, pero su lógica ordenaba que si -. Que suerte, no se lo podía ni creer. Pero... en que estaba pensando, este no era el lugar ni el momento mas apropiado para enamorarse de un tipo del que apenas conocía nada, y a demás su trabajo no le dejaba mucho tiempo para relaciones con nadie.

Finalmente se tranquilizo, puso su fría mente en blanco y penetro en la cálida cabaña de barro. Era una amplia habitación con respiraderos en el techo y camastros hechos de hierba seca y pieles situados en el suelo.

Sam estaba ya dentro de la tienda, de pie, se había decidido a hablar a Susan. No podía esperar y no sabía cuando la volvería a tener sola a su lado. Hizo de tripas corazón y se adelanto, dando un imparables paso, hacia Susan que acababa de entrar.

- Hola Susan,..es.., estas muy guapa esta noche. – *Dijo con voz titubeante. ¡ Que estúpido !, como se le ocurría decirle eso así de sopetón.* – Quiero decir que, ... – *Intentó arreglar Sam cuando Susan le interrumpió.*

- Hola Sam. – *Corto Susan.* - Muchas gracias por el cumplido, no hace falta que digas nada, imagino lo que sientes, pero ... – *No estaba segura de que hacer, ella, que siempre había sido tan decidida.* - ...pero mi trabajo me impide cualquier tipo de ... a.., de amistad.

- Susan, creo que me he enamorado de ti, lo siento, pero a veces, cuando menos lo esperas, pasan estas cosas. Me gustas, me gustas mucho. Solo puedo pensar en ti, en tu sedoso pelo, en tus carnosos labios, en tu dulce mirada, en tus ... – *Comenzó a decir Sam cuando Susan se adelanto rápidamente para besarle.*

No podía decirle que no, ella también se estaba enamorando, también se preocupaba especialmente por él, y tenía el presentimiento de que tenían poco tiempo para disfrutar juntos, para estar a solas los dos.

Mientras tanto en la otra tienda, Jana se había acostado ya, Jake y Richard hablaban en voz baja para no molestarla sobre la impresión de los Batusi. No confiaban en ellos, eran extrañamente amables, hasta les habían ofrecido sexo para que se quedaran a

pasar la noche, en una cabaña sin ventanas y ..., - ¡ Espera un momento, dices que no tiene ventanas, tan solo una puerta ! – *Dijo Jake elevando un poco la voz.*

- Tienes razón, debemos estar atentos, haremos turnos de guardia por si acaso. Yo haré el primero, luego te despertare. – *Comentó Richard bajando la voz.* – Aunque todo seria mejor si tuviéramos armas o algo para defendernos...

- Toma esto, creo que sabes usarla, ¿ no ? . – *Susurró Jake tendiéndole una de sus pistolas del calibre treintiocho con un cargador de repuesto.*

- Buenas noches entonces. – *dijo atónito Richard guardándosela tras comprobar el seguro.*

CAPITULO 20:

Sam no se lo podía creer, estaba junto a Susan, besándola, desnudándola con un fuerte ardor y una impaciencia inaguantable, como si tuvieran poco tiempo. Hacía calor, y ambos sudaban. Sentían lo mismo, estaban ansiosos e inquietos.

Susan estaba igual de asombrada, estaba haciendo algo que con otras personas había tardado días, e incluso meses. A demás, todos sus sentidos estaban alerta, su cuerpo y su mente querían hacerlo, pero una milésima de su cerebro le decía que no, que debía parar.

Lentamente le desnudó, sin dejar de besarla, primero la camiseta, dejando ver así el sujetador blanco sin encaje, luego le quitó los pantalones, para ver unas braguitas blancas de la misma sencillez que el sostén. Tras esto, dejó que ella continuara, no quería precipitarse y estropear este maravilloso momento.

Ella le quito de un tirón la camiseta para descubrir un torso desnudo de vello, con fuertes y abultados músculos, sin un gramo de grasa. Era todo fibra. Luego le bajó los pantalones para ver unos boxer negros ajustados que realzaban su masculinidad.

En ese momento, prosiguió él, quitándole sin dificultad el sujetador para ver maravillado unos senos firmes y bronceados, con la medida justa, ni grandes ni pequeños, perfectos. Unos sedosos pechos amelonotados con unos pequeños y erectos pezones debido a la excitación del momento.

Ella sin cesar en el ardor de sus besos, le sacó el resto de la ropa y se tumbo esperándole en el lecho de suaves y cálidas pieles. Se acariciaban, se besaban, se amaban. Sentía sus dedos aun cuando estos ya no estaban.

No se imaginaba tan nerviosa y ardiente como estaba en ese momento que recordaría para el resto de su vida, tenía muchas ganas de ser poseída por él. Sam estaba muy excitado, pero lenta y pausadamente, dejando en todo momento libertad a Susan para dejarlo, se recostó a su lado. Ella se colocó encima de él, frotando su torso con sus puntiagudos pezones, rozando su cara con su pelo, acariciando con las yemas de los dedos su rostro. Él que no cesaba en sus besos, la acarició haciéndola sentir cada milímetro de su mano. Entonces ocurrió, ella estaba lista y también él, así que la penetró lentamente, disfrutando cada segundo. Tras un rato de suaves movimientos de ella, él rodó para colocarse encima, acelerando la marcha hasta el final, en el que ambos se abrazaron.

Tras el primer coito, llegó un segundo, motivado por las caricias de ella en su miembro. Y tras este, aunque no estaban cansados, se detuvieron para hablar de todo lo ocurrido, quizás para hacer planes, o quizás por el placer de sincerarse por fin con alguien.

- Te quiero Susan, toda mi vida he estado esperándote, y ahora que te he encontrado, no voy a dejarte escapar. – comenzó Sam con el corazón todavía a punto de estallar, y la embriaguez del sexo en la cabeza.

- Yo también te quiero, pero creo que deberíamos mantener esto en secreto, no quiero que pueda influir en la misión, ni en el trabajo. Pero tras acabar esta ascensión y regresar a casa, podemos hacer lo que desees. –

Susurró Susan al oído de Sam mientras le acariciaba el corto pelo y luego le besaba en la boca.

- Esta bien, esto no tiene nada que ver con el trabajo, debemos concentrarnos en la ascensión porque es muy difícil y complicada. – *Dijo Sam excitándose de nuevo por los sedosos besos de Susan.*

Luego, casi cuando el reloj dio las tres, se durmieron abrazados, felices e ignorando los futuros acontecimientos.

CAPITULO 21:

El calor y el humo no fue lo que despertó a Susan, sino mas bien un disparo efectuado en la cabaña de al lado. Al abrir los ojos vió que había llamas por todas partes, y a lo lejos oía a Jana gritar. Rápidamente despertó Sam zarandeándolo lo más fuerte que pudo.

Finalmente, Sam despertó, se incorporo y vio todo lo que les rodeaba. Supuso entonces que pasaba lo mismo en la cabaña de al lado, por los gritos, donde dormían sus compañeros.

Jake estaba ahora de vigilia, atento a cada sonido del exterior. No se esperaba esto, sino tal vez un pobre intento de cortarles el cuello. Pero en cambio, cerraron la puerta con una pesada roca encerrándoles en una infernal prisión. En ese instante ya se imaginó lo que harían, así que despertó a Jana y Richard, y empuño otra de sus armas, disparando al aire para alertar a Susan y Sam.

Las llamas devoraban todo a su paso, parecía que no tenían escapatoria, no había ventanas y las paredes eran de barro. Todo en el interior era de paja o madera, juncos y hierba seca, por lo que ardía con un candor imparable. Casi no se podía respirar y les ordenó a todos que se tumbaran en el suelo, donde quedaba algo de aire limpio. Entonces, desde allí, vió que el suelo era polvoriento, era un simple suelo de tierra. Comenzó a escarbar en el suelo, junto a una pared, mientras que los demás trataban de sofocar las llamas golpeando con las pieles los muebles.

Sam intentó mover la roca que obstruía la entrada -todavía no sospechaba de los nativos- pero no consiguió moverla ni un centímetro, parecía como si una gran fuerza la sujetara desde el exterior. Entonces se le ocurrió una idea, la pared era de barro, y este con la temperatura se debilitaría, a si que amontono junto a una pared toda la madera inflamada. Apartó a Susan a la otra esquina, tapándole la nariz con un pañuelo. Y así esperaron un rato que les pareció años debido al calor de las llamas y a la condensación del humo. Respiraban a través del pañuelo que no tardó en volverse negro y luego a través de un fallo en la cabaña, una rendija al exterior lo suficientemente grande como para pasar un pequeño tubo hueco, donde por turnos inhalaban aire puro.

Jaķe excavó rápido, pero no era suficiente, tendría que intentar otra cosa. Se le ocurrió que podría disparar a la pared, quizás las balas rompieran parte de la pared como para que Richard y el arremetieran contra la estructura y abrieran un agujero. No se lo penso dos veces, gritó cuidado y disparó, no una, ni dos veces, sino hasta vaciar el cargador de doce balas mas una en la recamara.

El barro se astillo al principio, pero luego reventó ante la ráfaga de proyectiles. El agujero era pequeño pues había concentrado los disparos, cambio el cargador, pero antes de que lo hiciera, sonó otro disparo. Era Richard, le vio disparar y el también quería ser de utilidad. Abrió, esta vez distribuyendo en un amplio circulo los disparos, una profunda grieta. Luego, abalanzándose los tres contra ella se convirtió en su salvación.

Susan estaba a punto de perder el conocimiento, a pesar del sistema por turnos para respirar por el tubito. El humo ahora prácticamente lo envolvía todo y solo por el contacto

sabía que Sam estaba a su lado aunque no podía verle. Rápidamente, Sam le susurro al oído que esperara un momento, y se levanto. Corrió hacia la pared embistiendo con el hombro, hasta impactar con un golpe sordo amortiguado por el ruido de las devoradoras llamas. No tubo efecto, no rompió la pared como él se imaginaba, no había esperanza, posiblemente aquí acabaría su vida juntos ahora que acababa de comenzar.

Jake, que cayó al lado de sus compañeros, saco de nuevo mas pistolas de sus fundas dándoles a cada uno una, para que se defendieran de los asustados nativos que les amenazaban ahora con lanzas y piedras. Disparo contra ellos, sin derrochar una bala, pues estaba ya acostumbrado a acertar con su puntería.

Jana no disparaba contra los habitantes del poblado Batusi, si no que se fue a la cabaña a rescatar a Susan y Sam. Disparó en ángulo muerto para evitar darles a ellos, rompiendo el caliente barro en un sinfín de terrones. Richard le ayudó a romper el resto abriendo un agujero por el que entró para sacar a los posibles ahogados. Jana se quedó vigilando en la puerta mientras que los nativos solo atendían a Jake rodeándole.

Jake no daba abasto, disparaba sin cesar a los más cercanos, pero en su lugar se ponía otro nativo más. Vacío el ultimo cargador que le quedaba y al no tener mas, lanzó la pistola a un Batusi despistado que calló en el suelo tras el fuerte impacto con el cráneo reventado. Acto seguido y sin perder una milésima de tiempo, sacó sus cuchillos y no espero a que los Batusi se organizaran, sino que fue arremetiendo contra ellos en una loca carrera contra su propia muerte.

Los Batusi, que no habían previsto nada de eso caían sin cesar heridos mortalmente por Jake y los suyos. Algunos huían despavoridos por que pensaban que eran diablos, ya que ningún ser humano atraviesa paredes y no se quema con el fuego.

Richard encontró a tientas a Susan, a la que rápidamente rescató de la humeante choza.

- Sam, Sam, ¿Dónde estás?- Susurró al salir Susan aferrándose a la muñeca de Richard.

Éste volvió entonces a por él, al que no encontraba por ninguna parte, y cuando estaba a punto de darse por vencido, tropezó con su cuerpo inerte, quizás desmayado por el humo y el fuerte impacto contra la pared.

Susan y Sam se reencontraron a salvo del fuego en el exterior de la cárcel carbonizada que poco antes había sido el nido más perfecto de amor. Se abrazaron mientras Jana y Richard disparaban a los amenazantes y salvajes Batusi, que incesantemente se acercaban más y mas. No veían a Jake, pero se negaban a creer que les había abandonado, y pensaban que estaría muerto en alguna parte. Pronto se acabaron las municiones y no podían hacer ya frente a los traicioneros nativos. Entonces apareció Jake matando al peligroso ser que se les acercaba amenazándoles con una lanza de afilada punta.

Reunidos al fin los supervivientes, planearon una rápida huida hacia la cima de la que los Batusi siempre se alejaban por temor a algo..., o a alguien...

Velozmente, cogieron las pocas pertenencias que se habían salvado del cálido fuego y corrieron a toda prisa hacia la salida del poblado. Armados ahora con las lanzas de sus propios enemigos y unidos contra ellos, los mantenían a raya mientras se alejaban.

Los Batusi increíblemente dejaron de amenazarles, se retiraron mientras ellos abalanzaban hacia la parte sur del poblado que daba a la salvación. Los nativos sabían dos cosas, que no debían acercarse a ellos ni a la cúspide, y que había suficientes trampas como para matarlos a todos.

Sam sospechó algo cuando los temibles Batusi se alejaron, por lo que hizo un alto.

- Creo que algo no marcha bien, se alejan demasiado pronto. – *Sospechó Sam sumido en un estado de alerta.*

- Yo creo que nos tienen miedo, hemos matado a muchos. – *Dijo orgullosa pero estúpidamente Jake.*

- Creo que Sam lleva razón, traman algo. – *Defendió Susan al maltrecho Sam ahora negro como el hollín.*

- Tenéis razón, ¡¡ mirad !! – *Gritó Jana señalando algo a sus espaldas.*

Había un profundo agujero camuflado con ramas verdes recién colocadas en cuyo oscuro y profundo fondo descansaban miles de afiladas y blancas estacas dispuestas para acabar con ellos tiñéndose del rojo de su sangre.

A pesar de las posibles trampas decidieron continuar avanzando hacia la cima, donde el camino se estrechaba y era más fácil defenderse. La progresión era muy lenta, uno siempre iba en la retaguardia para comprobar que no se les acercaban los Batusi, otro

miraba en busca de trampas y los demás vigilaban temerosos de una probable emboscada en cualquier recoveco o curva. Todavía no había amanecido, por lo tanto, la luz solar no facilitaba las cosas sino que tenían que valerse de la poderosa luna llena, clara y limpia, como si de una gigante farola se tratase. Cuando apenas llevaban recorridos unos metros fuera del poblado vieron otra trampa, se trataba de una sencilla y primitiva trampa de cazar pequeños animales hecha, esta vez, a tamaño grande para hostigar en este caso a seres humanos. Constaba de un lazo colocado disimuladamente en el suelo y un contrapeso. Al quedarse enganchado en el lazo, el contrapeso caía del árbol y el lazo atrapaba el pie e izaba a la víctima hasta la rama que hacía de polea. Si tenías suerte, morías por concentración de sangre en el cerebro, si no la tenías el contrapeso -que estaba en el aire cuando tu llegabas a la rama- continuaba tirando de ti aplastándote contra la rama y arrancándote la pierna o lanzándote al vacío.

Tras sortear la trampa y hacerla saltar con un palo para evitar que en el caso de retroceder cayeran en ella, continuaron su lento avance por el sendero que terminaba finalmente en una pared. allí se cobijaron recontando las pocas pertenencias que les quedaban.

Les quedaban dos mochilas y una tienda. El resto de sus cosas habían sido pasto de las llamas. En una de las bolsas había milagrosamente -intacto a simple vista- el material de escalada, y en la otra, alimentos. Parecía que estaban salvados, tenían alimentos y material para proseguir su escalada, una tienda para dormir y

- Mierda, a nuestro regreso tendremos que pasar de nuevo por el poblado. – *Chilló el perspicaz Richard con una voz de desesperación.*

- Tienes razón - *infirió Sam* - pero podemos rodearla y descender en rapel.

- Lo importante es que ya hemos llegado hasta aquí. Debemos continuar hasta a la cima y acabar nuestro trabajo, sino toda la ascensión no habrá servido de nada. – *Dijo Susan con mirada atenta a cualquier amenaza.*

- Pienso que tras esta pared podremos descansar un poco antes de que amanezca, luego seguiremos y hoy mismo a la noche alcanzaremos la cima. – *Calculó Sam tras pensárselo varias veces para estar seguro de lo que decía.*

- Bien, pues en marcha, cuanto antes lleguemos, antes volveremos a ver a Tommi, el piloto, que nos espera dentro de tres días en el valle.

Tras la corta conversación, mientras los demás vigilaban y Susan aseguraba, Sam se elevó sin dificultad, como si de un ser ingravido se tratara, por la pared, escalando rápida y silenciosamente. Alcanzó diferentes puntos de la pared asegurándose a ellos y divisando el poblado, sumido ahora en la oscuridad al haber sido apagadas las cabañas. No se veía movimiento, ni peligro alguno –cuan equivocado estaba, pero no se daría cuenta hasta mas tarde -. Lo mismo ocurrió con Susan cuando llegó su turno. Trepó rápidamente cual maestra de escalada sin apenas esfuerzo ni temor. Tras Richard, que subió velozmente por temer quedarse abajo y sufrir de nuevo otro ataque indígena, escaló Jana, torpe y lentamente a causa del miedo y el sopor en el que se había metido por respirar el humo del ardiente fuego.

El último fue Jake, que se quedó abajo vigilando por ser el más fuerte. Subió con prisa pero sin temores, él era valiente, e invencible –qué iluso-, había masacrado prácticamente con las manos a casi un poblado de nativos y se sentía eufórico y poderoso. Cuando estaba casi arriba, sintió un leve roce en la pierna, todos sus pelos se pusieron de punta al oír una siniestra voz –quizás eran solo suposiciones - junto a él, en su oído. Esa potente voz le ordenaba acabar con los suyos, matarlos a todos, lanzarlos al vacío. Si, eso haría, porque la voz así se lo dictaminaba, la voz, aquella poderosa voz, si debía seguirla, debía dejarse arrastrar por esa tenebrosa voz, debía escuchar y actuar. Luego le vino a la mente una canción, una canción que le animaba, que siempre le había gustado, una canción que ocupó toda su atención para que sin darse cuenta la poderosa fuerza que le había hablado se apoderara de su mente obligándolo a actuar a su voluntad.

- De acero soy de la cabeza a los pies -

- ... y el cielo es solo un trozo de mi piel ... -

Cuando alcanzo la cima, no recordaba nada, ni siquiera como había subido hasta allí. Solo recordaba estar en el suelo, encordarse, y esa canción, esa -cada vez mas- pesada canción, que no le dejaba en paz.

- ... de carne y hueso solo para ti... -

Se repetía una y otra vez en su cabeza, machacando sus neuronas, disminuyendo su concentración para caminar y haciéndole balancearse a los lados como un borracho.

- De acero soy de la cabeza..... -

- ... y el cielo es solo... -

- ... de carne y hueso ... -

- ... solo para ti ... -

Ahora era más fuerte que antes, su visión se nubló, el volumen se elevó y perdió el control sumiéndose en un letargo que duraría mucho, mucho, mucho tiempo, hasta que el dueño de aquella voz terminara su trabajo.

- De acero soy de la cabeza..... -

- ... y el cielo es solo... -

- ... de carne y hueso ... -

- ... solo para ti ... -

Ya no existía Jake, ahora era solo una marioneta del destino.

CAPITULO 22:

Caminaban en fila india por el empinado sendero hacia la cima. Tras haber recogido el material al finalizar la corta escalada, buscaban un sitio dónde relajarse un poco y dormir hasta el alba.

Sam iba en primer lugar, luego Susan, Jana, Richard y ... Jake.

Repentinamente, y sin poder evitarlo, la cosa se apoderó no solo de los pies que le hacían caminar siguiendo al resto o de su mente ocupada con la canción de Extremo-Duro, sino de sus brazos que agarraron a Richard por la espalda asiéndole los hombros y lanzándolo con tal brutalidad que salió despedido por el barranco que delimitaba el borde derecho del estrecho sendero.

Richard sospechaba que algo pasaba, veía a Jake haciendo eses al andar, babeando por la comisura de los labios sin cesar, con los ojos en blanco. Pero eso no era lo único que le hacía pensar que algo iba mal, sino esa extraña voz que salía de Jake que cantaba sin cesar alguna canción sin mover la boca saliéndole solo inteligibles palabras con seseos.

- Des saseso soy des las sabsesa..... -

- ... y es sieso es solos... -

- ... se sasne s shueso ... -

- ... soso sasa sis ... -

Repentinamente sintió como Jake le aferraba los hombros, le elevaba con una fuerza descomunal del suelo y lo lanzaba -como si no pesara nada- hacia la derecha por el vertical

corte en la pared que habían escalado. No gritó, no tuvo tiempo, fue todo rápido y sin sonidos, solo aquella canción, que iba a ser lo último que oiría en vida. Acabo rompiéndose la espalda con la pedregosa tierra tras rebotar varias veces en la afilada pared deshaciéndose la mandíbula, el brazo izquierdo y la pierna derecha antes de llegar al suelo inconsciente.

Jake no tardó en volver en si. Vió que se había retrasado mucho y no recordaba porque, ni como, el caso es que estaba andando. Sin pensárselo dos veces corrió hacia Jana, pidiendo un alto para alcanzarles.

Cuando Sam y Susan pararon, al igual que Jana, vieron que Richard no estaba, y vieron a Jake, babeando y con la mandíbula abierta, acercarse rápidamente. No entendían lo que decía, hablaba muy bajo, parecía una melodía, algo como...

- De soy ... la -

- ... y el ... es solo... -

- ... de ... carne -

- ... solo ti ... -

Jake volvió al trance en alguna parte del trayecto hacia sus compañeros, y ahí estaba de nuevo la canción. Cuando les alcanzó, ya no quedaba nada de Jake, e incluso su mente se había destrozado por la incesante repetición de esa canción, fruto de la poderosa mente telepática del misterioso ser que habitaba la montaña.

Ahora era un ser sin cerebro, que actuaba gracias a un ente misterioso y agresivo. Trato de coger a Jana que se escabulló hacia atrás al igual que Sam y Susan. Entonces comprendieron los tres que algo le había ocurrido a Jake y a Richard, sospecharon de Jake

en el mismo momento que trato de coger a Jana, y sin pensarlo actuaron en defensa propia. Susan saco algo del bolsillo.

- Cerrar los ojos, voy a despistarlo ... - Gritó y encendió una de las vengaldas de emergencia en la cara de Jake, que se chamusco sin apenas sentir dolor, pero cegándole los ojos y haciéndole perder el equilibrio. Jana reaccionó empujando a Jake por el cortante y afilado barranco.

- ¡¡ Que coño esta pasando, es que todos se han vuelto locos !! - Bramó Jana, desquiciada e histérica.

- Joder, que movida, no me creo lo que acaba de pasar. - Dijo asombrada Susan.

- ¿Sam?, ¿estas bien?, Sam, ¿me oyes? - Interrogó preocupada Jana.

- Si, estoy un poco asustado por lo que acaba de ocurrir, parece una novela de terror, en la que los protagonistas mueren poco a poco a cada cual mas acojonado. - Respondió Sam poniéndose nervioso.

- Debemos descansar, creo que ahí delante hay una especie de gruta, podemos descansar y pensar en lo que ha ocurrido. - Razonó inteligentemente Susan para calmar a todos.

- Bien, buena idea.- Soltó Jana antes de correr hacia la oscura y profunda gruta.

Avanzaron con precaución por el desfiladero hasta la penetrante hendidura, profunda, oscura, sin fin aparente por así decirlo.

CAPITULO 23:

Ahora ya sabía el demonio aquel como funcionaban estos cuerpos, como pensaban y lo rápido que se percataban de las cosas. Ya no habría mas fallos, los atraería hasta él por las cavernas y los mataría a todos excepto a uno, su sustituto, como siempre se había echo. Tendría que esperar a la noche, su poder era más fuerte entonces, y más aun en las oscuras y lúgubres profundidades de las entrañas de la montaña, donde moraba.

Se concentro y comenzó ha hacer su llamada, la escucharían por fuertes que fueran, tarde o temprano acabaría con ellos y podría por fin descansar.

CAPITULO 24:

Se sentaron en la entrada a la gruta, llevaban linternas pero no se adentraron. Se oía el viento pasar por grietas y agujeros lo que sin duda delataba otra salida en alguna parte. Comenzaron a hablar de lo que había ocurrido, de lo que les podía haber pasado a Jake y a Richard. De lo que debían hacer ahora pues ya no importaba tanto la misión como sus vidas.

Tenían que contactar con la base pero todo el equipo informático había ardido. Solo les quedaba una posibilidad, descender con precaución, atajar el poblado como fuera y regresar al encuentro con Tommi.

Descansaron un poco hasta que el sol salió e iluminó las maravillosas vistas. Ahora todo parecía otra cosa, las oscuras sombras dieron paso a un sinfín de colores y formas graníticas bellas como nunca habían contemplado. A lo lejos se veía un cielo rojo intenso, para acabar en un naranja, luego las nubes blancas esponjosas y entre ellas el claro y limpio cielo azulado. Ante esto, una cadena montañosa extensa, blanca en las cumbres por la nieve y brillante en sus faldas por las rocas. Este panorama les borró las ideas confusas de la otra noche, eliminó el recuerdo del temor y el miedo.

Ahora se sentían fuertes de nuevo, tras el desayuno a base de barritas energéticas, y se disponían a salir cuando Jana empezó a tararear una canción.

Parecía como si estuviera ausente, y en cambio sale de su inmóvil boca un susurro en forma de melodía. Susan se estaba asustando, y cuando comenzó a moverse como un autómatas hacia la gruta aun se asusto mas.

Sam también lo veía asombrado, no podía creerse lo que les estaba pasando. Aunque cabía la posibilidad de que la altura y la falta de oxígeno afectara a las mentes causándoles algún tipo de daño cerebral como el que la había ocurrido a Jake y ahora a Jana.

Jana sin embargo no se daba cuenta de nada, solo oía sin cesar la melodía de su canción preferida.

- ... Al cantar, me puedo olvidar....

- de todos los malos recuerdos, convertir en virtud

Susan intentó detener su automática danza de zombi hacia la gruta, pero no pudo, era como si una fuerza descomunal la hubiera imantado hacia la oscuridad. Estaban asustados, pero intrigados a la vez. Decidieron que entrarían siguiéndola para ver lo que ocurría, a pesar de todo, estaban allí para eso, ¿no?.

- Sam, coge las linternas y parte del material, vamos a seguirla. Debemos descubrir que ocurre. – *Sugirió Susan.*

- Está bien, dejare aquí una mochila y atare una cuerda, la iré desenrollando para no perdernos allí dentro. Aquí tienes una linterna. - *Respondió Sam al que no le gustaba mucho la idea, pero se trataba de Susan la que la había propuesto, era la jefa y no le quedaba otra.*

Rápidamente deshecharon algunas cosas y penetraron en la negra abertura llevando luz donde nunca antes había habido. Caminaban deprisa, un poco encorvados para no

golpearse la cabeza con el techo. Veían a Jana a lo lejos, que caminaba semierguída, con los brazos colgando a los lados en una siniestra imitación a los primates del zoo. La llamaron repetidas veces, pero no les quería oír o no podía oír. Caminaron todavía más rápido para no perderla, aún a riesgo de asustarla o de recibir un ataque como el que hizo Jake.

Jana no podía saberlo, pero se dirigía al mismísimo infierno, y este, no era lujurioso, no era ardiente, allí no había llamas ni luz alguna, sino oscuridad y frío. Un frío aterrador que salía de las entrañas de la tierra, emanando por las paredes del sinfín de galerías horadadas por alguien –quizás algo- en alguna parte de la historia de la montaña. Repentinamente, volvió a controlar su cuerpo, se percató de donde estaba, allí sumida en la lóbrega oscuridad, aterida de frío, prácticamente al borde de la histeria y a un paso de la locura. Grito y grito, hasta que perdió el conocimiento.

Susan y Sam se apresuraron al oír los gritos, habían perdido a Jana en la última curva. Corrieron hacia la voz que sin previo aviso cesó, dejándoles perdidos sin pistas para encontrar a Jana en medio del laberíntico recorrido. Finalmente, tras largos y presurosos vistazos la vieron tendida en el suelo, inmóvil, parecía inerte, y tan solo la agitada respiración indicaba que vivía.

Jana despertó bañada en sudor, con una respiración relajada, propia de los durmientes. A su lado estaban Sam y Susan, y al principio pensó que se había desmayado y soñado que estaba en el interior de la caberna, pero al mirar alrededor, se dió cuenta que era real y rompió en sonoros sollozos. Sam intentó tranquilizarla y que les explicara que había ocurrido. Susan le abofeteó para calmarla, cosa que surtió efecto, y Jana comenzó a

contarles que lo único que recordaba es que una música -... Al cantar, me puedo olvidar....- invadió su cabeza y perdió el control de si misma. -.... convertir en virtud...-

Cuando Jana paró de sollozar, Sam y Susan la levantaron del suelo, y entonces, como aviso de lo que les ocurriría, sus linternas se apagaron, y con ellas las esperanza de regresar al exterior y contemplar la luz solar.

- Deben ser las pilas, no os preocupéis, por aquí debo tener de repuesto. – Tranquilizó Susan a Jana de la que de nuevo volvían a manar lágrimas.

Sam estiró los brazos para tocar a Susan y a Jana y evitar que cualquiera desapareciera. - ¿Donde estáis, no os encuentro? – Dijo Sam moviendo una y otra vez los brazos en amplios círculos.

- ... Snhif ... Aquí, ... snhif ...- Dijo Jana entre lamentos. – Estamos aquí. – Dijo ahora con más fuerza aferrándose a Susan que desesperadamente cambiaba las pilas de las linternas.

Sam buscó la voz, avanzó y por fin, tras un corto lapso de tiempo en el que su corazón saltaba rápida y descontroladamente en su pecho, las encontró abrazadas cuando la luz surgió de nuevo de las linternas.

Susan levantó los ojos, y le envió un te quiero en una mirada llena de pasión y ardor, a lo que Sam respondió enviándole un volátil pero sincero beso.

Jana volvía a llorar, estaba histérica, al borde de la locura, y cuando de nuevo consiguieron calmarla, empezaron ha oír un susurro, una especie de respiración

entrecortada que retumbaba por las paredes de las laberínticas grutas y pasadizos ampliando la potencia y creando una atmósfera de tensión y miedo.

- Inf, chof, fufh – *Se oía así el rebotante y amplificado sonido proveniente de las profundidades lúgubres y siniestras de la montaña.*

- Inf, chof, fufh – *Se repetía sin cesar.*

- Inf, chof, fufh – *Iban a volverse locos, si aquello se acercaba mas y les alcanzaba.*

- Inf, chof, fufh – *Cada vez mas y mas cerca.*

Eran incapaces de moverse, estaban al borde del pánico y no podían hacer nada. Como las pesadillas en las que no te puedes mover o lo haces tan lentamente que acabas por desesperarte sudando y con el pulso tan acelerado que parece que acabas de correr los 100 metros en 8 segundos.

- Vamos, hemos de salir de aquí. – *Dijo de pronto Susan.*

- Tienes razón, se..., seg..., seguiremos la cuer..., cuerda hasta la entrada. – *Tartamudeo entrecortadamente Sam al que volvían viejos recuerdos de la infancia, con sus viejos hábitos y defectos.*

- Va ha matarnos, esa cosa va ha matarnos. – *Repetía sin cesar Jana que se debatía violentamente en los brazos de Susan.*

- No te preocupes, saldremos antes de que eso nos alcance. – *Susurró Susan para calmar a Jana aunque sabia que en parte no podía ser verdad.*

- Inf, chof, fufh – *Se oyó perfectamente a su derecha.*

- Inf, chof, fufh –*Ahora a su izquierda.*

- Esta jugando con nosotros, quiere que nos volvamos locos, rápido, vayámonos. – *Dijo Susan poniéndose valientemente en marcha asiendo la cuerda para evitar perderse en el laberinto de túneles y grutas excavados por no se sabe quien no se sabe cuando.*

Sam cerró la marcha con Jana en medio, los tres agarrando la cuerda que al entrar habían ido dejando para poder seguir el camino de regreso. Las linternas funcionaban bien, pero algo le pasó a la histérica Jana. Súbitamente golpeó a Susan y le arrebató la linterna. Luego, sin darles tiempo a reaccionar, echó a correr hacia lo que ella creía que era la salida
– *Un pasaje ciego, o quizás un camino que la llevaría a la muerte.-*

- ¡¡¡ Jana, Jana !!! – *Chilló Susan sin cambiar nada en la conducta de la asustada Jana.*

- D...déjala ...de...debemos sa... sa... salir de aquí., no con... cons... consentiré que nos pe... perdamos buscándola. – *Dijo Sam agarrando a Susan que trataba de seguir a Jana. Volvía a tartamudear, como en el colegio cuando los demás chicos se reían de él porque era diferente, algo mas grande, algo mas osado, y sin embargo vergonzoso, taimado, solitario. Del tipo de cosas que no gustaban a los compañeros, y por eso, en el recreo, le empujaban y se burlaban continuamente y con crueldad de él.*

Continuaron con su desesperado intento de salir, siguiendo el recorrido de la cuerda, cuando una gran figura, casi colosal puesto que el túnel era diminuto y la sombra lo obstruía, apareció ante ellos. Ambos soltaron un grito. Ellos y la extraña y maltrecha

figura, los tres gritaron al unísono y Sam creyó recordar la voz. La figura dio la vuelta y huyó, Sam y Susan se quedaron pasmados alumbrando a la gran imagen que ahora giraba por un recoveco de las innumerables grutas desapareciendo de su vista.

CAPITULO 25:

Jana corría, cada vez mas deprisa, estaba segura de que aquello la seguía y si le alcanzaba la mataría. Ella pensaba que era la dirección correcta pero cuando alumbró al suelo en busca de la cuerda, no la encontró. Estaba perdida, perdida y sin ayuda, perdida y con algo respirando en su nuca.

- Inf, chof, fufh – Sintió el cálido pero a la vez gélido aliento detrás de las orejas.

- Inf, chof, fufh – Volvió a sentir esta vez sobre su cabeza.

En un arrebato de furia, hizo acopio de todas sus fuerzas, y se volvió dispuesta a golpear lo que fuera. Allí no había nada, era imposible, ella lo había sentido tan cerca, estaba completamente segura de que si había alguien.

- Inf, chof, fufh – Otra vez en sus espaldas.

Esta vez no le haría caso, seguro que era presa del pánico y todo eran imaginaciones suyas, o quizás tan sólo era real si se le tenía miedo o se le hacía caso.

De repente, un tétrico grito a sus espaldas, como si la “cosa” estuviera molesta por ignorarla, como si quisiera llamar aun más la atención. Entonces se volvió, mas asustada que intrigada con el terror invadiendo todas sus neuronas, iluminando con la potente linterna todo a su paso, barriendo la pared de derecha a izquierda. Y lo vió. Vió a ese ser que ya no era humano, ese ser pálido casi sin piel convertido en aquella masa sanguinolenta

de carne viva transparente y hueso blanco putrefacto que estaba ante ella. Casi se desmaya del espanto, pero al iluminar con la linterna a la horrenda y mutilada figura esta se volvió cegada por la luz, puesto que en muchos años no la había visto, y esto le dió tiempo para huir en la dirección en la que había venido.

Poco quedaba ya de la Jana que comenzó la aventura, ahora tenía el pelo blanco, las cejas encrespadas y todos los pelos de punta. Sus ojos se habían hundido en su cara ahora llena de arrugas y convertida en una extraña mueca de terror inamovible. Su rostro había envejecido al menos diez años, y tenía temblores por todo el cuerpo. Pero esto no era lo peor, lo peor era que había entrado en un estado catatónico en el que corría sin cesar golpeándose con las paredes en un desesperado intento por salir y huir de ese asqueroso y nauseabundo ser.

- Inf, chof, fufh – Aquello le seguía muy de cerca, pero ni su cuerpo, ni su mente lo oían ya, solo pensaban en correr y correr.

Un golpe en su mano le hizo soltar la linterna, ahora ya no tenía luz, y sin ella comprendió que era aun más vulnerable. No obstante, continuó corriendo a tientas.

Un grito ahogado por los sollozos salió inconscientemente de la atemorizada e histérica Jana cuando aquella sanguinolenta masa de carne caliente y osamenta podrida fría se lanzó pesadamente sobre sus espaldas haciéndola caer bruscamente y sin sentido en el húmedo pero sólido suelo de piedra.

CAPITULO 26:

Sam y Susan se reponían ahora del susto originado por el encuentro, cuando a lo lejos oyeron un grito ensordecedor lleno de ira y rabia, y mas tarde oyeron otro de los sollozos de Jana que les llegaban amplificadas por las grutas y les herían en lo profundo del corazón.

- Has o... oid... oído, creo... qu... que tiene a Ja... Jana. – Dijo susurrando Sam, con el característico tartamudeo surgido por los traumas de su infancia, ahora de vuelta por la tensión y la ansiedad acumulados.

- Tienes razón, ya no hay mucho que hacer por ella, debemos salir y pedir ayuda. – Contestó tan bajito Susan que Sam tuvo que esforzarse para oír. – Sam, ¿Qué es lo que te pasa?, creo que tartamudeas...

- No te pre... no te preocupes ahora de...eso, tan s... so... solo es p... por la te... ten... tensión acumulada. – Terminó por fin de decir. Le costaba hablar, le costaba horrores, pero ahora no había tiempo de ponerse a dar explicaciones, debían salir cuanto antes.

La figura reapareció ahora con una extraña sonrisa y un gran garrote. Sangraba visiblemente de la cara, tenía el pelo quemado y cojeaba de una pierna, que estaba doblada en un extraño ángulo por un inquietante lugar que no era el correspondiente a la articulación. Avanzó hacia ellos con paso irregular, maltrecho –lo mas probable era que tuviera partida la tibia a la altura de la mitad de la espinilla debido a alguna caída-

Cuando lo alumbraron con la linterna guiñó los quemados ojos sin pestañas ni cejas sin cesar en su frenético avance, dejando a su paso un rastro de sangre y un surco en la tierra al arrastrar su pierna.

Entonces comprendieron quien era, era Jake. No había muerto entonces en el barranco cuando Jana lo empujó, tan solo cayó en alguna repisa. Trataron de hablar con él, e incluso se alumbraron mutuamente para que él les reconociera cosa que surtió efecto puesto que Jake bajo el palo y se acercó lastimosamente hacia ellos saludándoles y murmurando sus nombres, como en una suplica...

- Ayudarme, por favor... No sé que me ha pasado, de pronto sentí el vacío y me estrellé con un saliente al que conseguí aferrarme. Os llamé pero no recibí respuesta, así que escale de nuevo como pude hacia el camino y continué hasta la entrada a la gruta. – *Comenzó a relatar Jake.* – Luego vi la mochila y una cuerda que entraba a la caberna, y pensé que quizás hubiera pasado algo, que teníais problemas y me adentré siguiendo la cuerda hasta aquí en busca de vosotros. –

- Lo que te ha pasado también le pasó a Jana, seguro que comenzaste a oír una canción y alguien se hizo dueño de tus actos. Mataste a Richard e intentaste matarnos a los demás... – *Comenzó a relatar Susan.*

- Lo único que podíamos hacer era defendernos así que no tuvimos más remedio que empujarte, tras haberte deslumbrado con una bengala, por el barranco. Lo siento mucho, perdónanos. – *Se disculpó Sam mirando sin cesar las horribles quemaduras de la cara de Jake, ahora ya no tartamudeaba, la compañía*

de Susan y la de Jake eran suficientes como para que ya no tuviera tanta tensión acumulada –tanto miedo–, y comenzaba a articular bien las palabras y ya no se le atascaban.

- No pasa nada, tenias toda la razón al actuar como lo hiciste, pero me alegro de estar de nuevo aquí, con vosotros, y ahora será mejor que nos larguemos antes de que “eso” venga por nosotros de nuevo. – *Comprendió Jake que les apresuró para huir de ese maldito y lóbrego lugar, de esa muerte lenta y dolorosa, de los túneles siniestros y serpenteantes.*

- Inf, chof, fufh... – *Sintieron de nuevo, lejos y a la vez cerca, el sonido rebotaba en las paredes, amplificándose, dando la sensación de que estaba en todas partes, de que les rodeaba, de que jugaba con ellos.*

- Viene otra vez a por otro de nosotros, no le escuchéis, y cuando comencéis, tal vez, a oír una canción decirlo en voz alta para que podamos ayudarnos. – *Razonó Susan alumbrando a todas partes en busca de ese ser que les tenia por alguna extraña razón manía.*

Comenzaron a guiarse por la cuerda, que desgraciadamente apareció al poco rato cortada. Alguien, o algo, la había cortado para impedir su marcha. Estaban perdidos, no sabían cual era el camino de regreso, casi no tenían luz y “aquello” estaba cerca.

- ... que a veces retumbara... – *Comenzó a susurrar Sam - ... las palabras de amor... – Continuó cantando entre dientes Sam sin cesar. Aquello se estaba apoderando de él, le impedía pensar, hablar o moverse, y lo único que podía hacer para alertarles a sus*

compañeros era cantar la canción en voz alta pues ésta golpeaba una y otra vez sin cesar su cerebro poniendo en peligro su cordura y el dominio de su propio cuerpo.

Jake le golpeó en la nuca para dejarle sin sentido y evitar que se volviera peligroso, y cargándose a la espalda continuó andando marcando las paredes con su cuchillo. De esta forma, si no era el correcto camino, podrían regresar donde comenzaban las marcas y tomar otra gruta que fuera en otra dirección. Susan le siguió, estaba muy preocupada por Sam pero no era el momento de ponerse sentimental, alumbrado el camino y de vez en cuando alumbrando hacia atrás por si la seguía aquella cosa y su asquerosa respiración –si es que respiraba- acechándoles en como un gran perro de caza a su débil y lenta presa.

Jake no se podía creer lo que estaba viviendo, primero la ascensión, luego aquella sensación de pérdida de control y ese largo periodo en blanco que termino con un fuerte golpe y su pierna rota. Luego estaba el dolor localizado en su cara, que se había convertido en una masa sanguinolenta y chamuscada que tardaría años en curarse –si salía de esta-.

– Si, extraña aventura. – Dijo pensando que todo tenía un sentido y un fin. Se le ocurrió que, tal vez, habían conseguido llegar hasta allí desafiando a la gravedad y a la naturaleza por algún motivo en especial, que ellos debían ser los elegidos para detener de alguna forma – ayudados por sus conocimientos – a aquel ente de las tinieblas.

Cada vez pesaba más Sam, y aunque Jake era fuerte, iban cada vez mas despacio, el cansancio se apoderaba de él. La pierna, con ese bulto horrible producido por el hueso astillado, cada vez le dolía mas porque se le estaba quedando fría. Ya casi no podía andar. Paró un momento porque creía que se iba a desmayar del dolor y busco a tientas algo en la

mochila que llevaba Susan para entablillarse la pierna. Una vez realizado el difícil y sobre todo doloroso proceso de encajar el hueso e inmovilizarlo, se cayó produciendo un golpe sordo al frío suelo.

Susan trato de despertar a Jake o a Sam, cada vez oía a esa cosa mas y mas cerca, e incluso llevo a notar su aliento en la nuca.

- Inf, chof, fufh Inf, chof, fufh... – Sentía atemorizada en las tinieblas a su alrededor, eso les seguía, les intentaba separar, se intentaba apoderar uno a uno de ellos.

- Inf, chof, fufh – Ahora si que lo había sentido a su lado, e incluso le había rozado el pelo como si estuviera decidiendo con quien acabar primero o esperando a que despertaran para hacer que la persecución se tornara mas interesante. Alumbró con la linterna, pero no había nada. De nuevo su imaginación –o la rapidez del ser– le había jugado una mala pasada.

- Susan,... Susan, ¿Estas ahí? – Susurro débilmente Sam tras despertar con un fuerte dolor en la cabeza. - ¿Que ha pasado? -

- No te preocupes, estamos bien, pero esa cosa esta cerca y Jake se ha desmayado. – Tranquilizó Susan. – Te tuvimos que golpear ya que el ser de la oscuridad se había apoderado de ti. -

- Inf, chof, fufh... – Sintieron ambos a su lado derecho, y seguidamente al izquierdo. Estaba jugando con ellos, esperando a que se volvieran locos y cometieran la estupidez de separarse.

- Jake, despierta joder, esta muy cerca, viene a por nosotros. – *Gritó Sam zarandeando a Jake para que despertara. Luego buscó agua en la mochila y el botiquín que por casualidad estaban en su correspondiente lugar, como esperando a ser usados.*

- Inf, chof, fufh... – *Recibieron por contestación de aquel horrible y sanguinario ser sumido en la oscuridad y el misterio.*

- Voy ha preparar un conuinado de analgésicos, a vendarle las heridas, mientras, no dejes de alumbrar a todos lados, creo que es la luz lo que le detiene ya que todavía no se ha acercado lo suficiente. – *Dijo Sam mientras sacaba del botiquín las diferentes pastillas y vendajes.*

- Dios, que dolor, joder que me estas haciendo. – *Gritó desesperado Jake que despertó en el preciso instante que Sam le aplicaba un huinguento indio a base de barro y pastillas trituradas.*

- Creo que viene a por nosotros, las pilas comienzan a fallar y no llevamos mas repuestos. – *Chilló asustada Susan, inquieta e intranquila porque había sentido su aliento de nuevo en su nuca.*

- Sam, me estas haciendo mucho daño, creo que no voy ha poder andar. – *Dijo amargamente Jake cuando se concienció de la gravedad de sus heridas.*

- No te preocupes, esto te hará sentir bien, tomate además las pastillas. Te llevare a cuestras y saldremos de aquí. – *Consoló Sam a Jake dándole esperanzas y animándole ha continuar consciente.* – *Voy a necesitar que me alumbres aquí, tengo que aplicar esto sobre las heridas de la cara.* – *cometó a*

Susan que no dejaba de mover el ya débil haz de luz de la linterna enfocando a todas partes.

- No lo voy a poder hacer, creo que así le mantengo de alguna forma a raya. – Contestó apresuradamente sintiendo que aquel ser ya no se les acercaba desde que había comenzado a alumbrar por todas partes.

- Bueno, en marcha pues. – Dijo cargándose al inmóvil y convaleciente Jake al hombro y abriendo la marcha iluminando por la inconstante luz que Susan le concedía puesto que la movía sin cesar de un lado a otro, hacia delante y hacia atrás.

Susan no se tenía casi en pie. Era el nerviosismo. Esta situación le estaba provocando una ansiedad terrible, y sentía como el pánico trataba de apoderarse de su cabeza y se abría paso por las interminables terminaciones nerviosas de sus neuronas. Entonces y como era de esperar la linterna comenzó a parpadear para acabar apagándose silenciosamente. Los tres se sorprendieron del terror que se adueñaba de sus cuerpos, habían perdido toda esperanza con la última ráfaga de luz. Sam paró dejando a Jake de pie a su lado, y Susan se aferró a ambos fuertemente.

Escucharon en busca de aquel ya familiar sonido -....Inf, chof, fufh ...-, esa respiración dificultosa y al parecer muy alterada, aquella insoportable sensación de presión en los oídos al escuchar el asqueroso borbojeo de la sangre –si era sangre lo que corría por las visibles venas de ese ser- al escurrirse por las paredes nasales –o lo que quedaba de ellas-. No se oía. Ni lejos ni cerca. Simplemente no se oía. El ser debía estar ocupado en algún otro lugar lejos de ellos haciendo o preparando alguna sorpresa para detenerlos.

Susan se apoyó en la pared rocosa, al principio no lo noto, pero luego, al palpar la roca, descubrió marcas. Debían ser las marcas que Jake había hecho al comenzar ha andar. Tenían que ser esas, así pues seguramente habían estado andado en círculos por el entramado sinfín de túneles y galerías. – Sam, Jake... – Dijo en un susurro. – Os habéis dado cuenta de...

- ... que las marcas que he hecho en la pared están de nuevo en nuestro camino... – Terminó Jake en el mismo tono apenas audible.

- No puede ser, quizás sean otras, quizás las ha hecho ese ser para confundirnos. – Intentó razonar Sam. – Puede que con las garras, si es que tiene, o con algún palo...

- Creo que no, son las marcas hechas con mi cuchillo, toca, encaja con el perfil y la anchura de mi hoja. – Observó Jake mientras a tientas buscaba la mano de Sam para que lo comprobara él mismo.

- Esta bien, hemos caminado en círculos, escojamos entonces otro camino en la próxima bifurcación y lo marcaremos esta vez con flechas a otra altura. – Dijo Susan en tono más alto pero que continuaba siendo un susurro.

Comenzaron a andar palpando las paredes. Jake abría la marcha con Susan por detrás agarrada a su cintura, y a la de ésta Sam, formando una cadena humana para evitar alejarse –o que aquella cosa les cogiera uno por uno-. Se ataron por la cintura para asegurarse así que ningún tirón los separase y continuaron su lento andar al ritmo mas rápido que se podía permitir Jake y que les permitía su ceguera.

De pronto Jake cayó al suelo, había tropezado con algo y arrastró a los demás al suelo que cayeron sobre su pierna herida arrancando de su garganta un desgarrador grito que probablemente le habría alertado a ese ser sobre su paradero.

- Agggggg.- Acertó a gritar antes de controlar el volumen de su voz.

CAPITULO 27:

No tenía noticias de Susan ni del grupo que había enviado a la montaña.

Susan nunca se retrasaba tanto, era la más eficiente y la mejor arqueóloga en nómina. Debía tratarse de algo gordo, quizás algo más que un simple accidente, un ataque o una muerte, pero posiblemente se tratase solo de falta de energía o avería de los aparatos.

Aun así, le preocupaba, las señales electrónicas que el equipo solía emitir delatando su posición exacta se habían apagado y no había forma de saber su posición actual.

Era ya la hora de poner, según la política de la empresa, en marcha el plan "B". Se trataba de enviar a otro grupo, formado esta vez por guerrilleros y mercenarios especializados y adiestrados, en rescate de la anterior expedición, en especial de la valiosa vida Susan.

Que arrepentido estaba ahora de haberla enviado. Si no lo hubiera hecho, ahora no tendría que enviar un escuadrón para su rescate. El resto podían ser una pérdida aceptable, un mal menor pues eran prescindibles, pero no ella, no su "tesoro".

Ni siquiera tenía la certeza de que estuvieran aún vivos. La última conexión se había dado en aquel raro y siniestro poblado en medio de la nada y a partir de entonces hacia días que esperaba, preocupado, desde que la señal desapareció.

Ya estaba todo planificado, llevarían su camión de carga en cuya panza transportarían un aparato aéreo, lo mas probable era que fuera un helicóptero Apache. El

vehículo lo transportaría al pie de la montaña y allí volarían en el aparato según las condiciones atmosféricas. Este, les acercaría lo máximo a la cumbre de la montaña donde iniciarían el mismo recorrido que habían hecho Susan y su grupo, para recoger posibles pistas sobre el paradero de todos los componentes de la expedición.

No pararían de rastrear la montaña en busca de pruebas o de su rastro, y no cesarían en su búsqueda hasta dar con ello o con sus restos. Ya ser posible completarían la misión inicial como segunda orden establecida. No se podía permitir el lujo de fracasar. Tanto dinero invertido, la propaganda sería pésima, las pérdidas terribles.

Por supuesto que esta forma era carísima, pero dada la importancia de la misión y el capital ahorrado no pensaría en los gastos y se cuidaría solo el éxito.

- Tal vez, - pensó para sus adentros. – se debería haber realizado así desde el principio pero ... -

El equipo estaba listo, el helicóptero de camino con el depósito lleno y el itinerario del camión detallado desde el embarcadero en África hasta el pie del macizo. Las armas y rastreadores estaban dispuestos y todas las llamadas realizadas.

En definitiva, a una orden suya se pondrían en camino. Nunca antes se le había dado tanta importancia ni realizado ninguna misión de rescate para nadie, pero dadas las misteriosas condiciones de la montaña, los relatos oídos hasta entonces sobre el espíritu protector del secreto de la montaña que ocultó a Susan, y la sospechosa llamada inicial de alguien – o quizá algo - por la que comenzó todo.

CAPITULO 28:

Jake casi perdió el conocimiento tras su torpe caída y el duro golpe sobre el suelo, pero no lo hizo a pesar de haber aguantado el peso de los cuerpos de Susan y Sam sobre su pierna, donde aterrizaron.

- ¿Qué es lo que pasa?, Jake, ¿Estás bien? – Preguntó Susan un poco atontada pero sin el más leve rasguño puesto que Jake actuó como un colchón amortiguando su caída y a pesar de que Sam cayó encima suyo. Lo cual le pareció muy excitante y provocador. – Este no es el momento mas apropiado, Susan, basta, déjalo. – Se reprendió para si misma en voz baja reprochándose la falta de tacto que tenia al excitarse de esa manera en ese lóbrego lugar.

- Estoy bien, pero... ¡¡ joder !!, quitaros ya de encima. – Maldijo Jake aplastado más por el fornido Sam que por la voluptuosa Susan cuyo roce con sus senos consoló un poco.

- Ya va. - Dijo Sam atolondrado por el impacto. – Creo que algo me ha golpeado y si no hubiera caído creo que me hubiera matado o arrancado la cabeza. – Exclamó dolorido palpando su hombro derecho lleno de sangre ahora maltrecho y desgarrado pero hace unos instantes fuerte e intacto.

- ¿Con qué me he tropezado? – Inquirió Jake, palpando el suelo en busca del obstáculo que había provocado dolor y contusión sobre todo para su pierna.

- No lo se, voy a intentar tapar tu herida, no te muevas, Sam. – *Dijo Susan al tiempo que a tientas se arrancaba un trozo de camiseta para vendar el malherido hombro de su amado Sam. Luego, le besó y le abrazó durante un tierno instante en el que se dejó llevar por sus sentimientos en vez de usar su cabeza para salir de este embrollo.*

- Ya lo ha encontrado, creo que es.... – *Susurro victorioso Jake encendiendo una linterna.*

- Debe ser la linterna de Jana. ¡Jana!, ¿Dónde estás? – *Gritó, dejándose llevar por la emoción, Susan con la esperanza de que aquella cosa no la hubiera encontrado y aun estuviera sana y salva escondida en algún lugar.*

- No te molestes, creo que ... estoy seguro, por los gritos que oímos y por lo ocupado de el siniestro ser, de que no esta disponible. – *Comentó con ironía Sam, volviéndose más irascible por el dolor de su extremidad superior.*

Rápidamente Jake recorrió el siniestro corredor en el que hacía unos momentos caminaban a ciegas. Se trataba de una galería que provenía de un largo pasillo pedregoso, y desembocaba en una amplia zona circular desde la que salían otros corredores. Ninguno de los presentes recordaban el lugar, y, a demás, no tenía marcas hechas por el filo del acero de Jake.

- ¿Dónde está ahora que lo pienso mi cuchilla? Se me habrá caído, y no pienso perder ni un segundo de luz mas en buscarla. – *Pensó Jake de lo cual mas tarde quizás se arrepentiría.*

- Por donde podemos ir. – *Dijo velozmente para aprovechar esa bendita luz en las tinieblas infernales.*

- Por donde sea, comenzaremos por el de mas a la izquierda, haremos una marca y si no es el que queremos, regresaremos y volveremos a empezar. – *Se apresuró a responder Sam ya que a él tampoco le hacia gracia quedarse de nuevo a oscuras.*

- No tenemos ni tiempo, ni batería suficiente, lo mejor será dividirnos o elegir una al azar. Creo que lo mas acertado es dividirnos porque nos beneficiará a todos. Si esa cosa nos sigue, esto le hará ir mas lento, y alguno de nosotros sobrevivirá, de otra forma, si nos alcanza nos matara de golpe sin posibilidad de huida. – *Razonó una vez más la mejor de su clase.*

- Creo que juntos podremos hacer frente a esa cosa. A demás, si nos separamos nos quedaremos de nuevo a oscuras, y la idea no me gusta nada. – *Contestó Jake pensando en todo con su fría y calculadora mente de matón de tres al cuarto.*

- Lo que podemos hacer, y creo que Jake tiene razón, es avanzar juntos, podemos luchar si nos unimos. – *Concluyó Sam con la pequeña parte machista y heroica de su mente.*

- Esta bien, como queráis. – *Se dió por vencida Susan, a la que Sam no soltaba por miedo a que decidiera irse sola.*

Y de esta forma continuaron por el corredor sin ver la silueta tendida cerca suyo de la inerte pero todavía con vida Jana. Estaba sumergida en un profundo sopor similar al sueño en el que la había sumido aquel ser sarnoso y repelente.

Estaba atada de pies y manos y amordazada con algo que no eran ni cuerdas ni ropa, sino algo más bien elástico pero resistente, algo resbaladizo y poroso, algo sudoroso y peludo. Y era consciente de las voces – mezcladas quizás con retazos de canciones sin sentido - pero no podía hablar, estaba débil y ya había perdido toda la esperanza.

CAPITULO 29:

El brujo, su jefe y los supervivientes del poblado Batusi discutían acaloradamente en su idioma, que mas bien era un dialecto de la lengua africana. No se decidían a perseguir salvajemente a los extranjeros pero tampoco a abstenerse cobardemente y aguardar a que la rocosa montaña traicionera hiciera el resto.

- Debemos continuar, no temáis, los capturaremos y morirán. – *Intentaba convencer a su pueblo el gran jefe. Era un aprovechado temeroso de que se descubriera que él no los protegía, entonces si que le quitarían todo por no cumplir su misión como enviado del cielo.*

- Es verdad, podemos con ellos, debemos proteger nuestra montaña, quieren destruirla. – *Continuó el chaman, que también era otro impostor como ahora es casi todo el mundo en esta corrupta sociedad.*

- No, son muy peligrosos, son fuertes y tienen a los dioses de su parte. Sino mirad lo que hicieron al enfadarse con la pared de un solo sopro. – *Dijo un asustado y temeroso habitante.*

- Tiene razón, nos mataran, son enviados de los dioses en nuestra contra, ahora se prepararan para exterminarnos. – *Gritó otro aun mas miedoso y supersticioso habitante.*

- Maldición, es que no veis que con ellos por ahí, el secreto de la montaña será profanado, y nosotros eliminados por no servir como es debido a los dioses. – *Intentó calmar a sus débiles e incultos servidores.*

- Tú ya no eres nuestro protector, ellos, ellos si que deben de serlo. – Chilló un eufórico Batusi. – *Ellos lo son y nos castigan por seguirte. Ellos lo son y nos invitan a seguirles pacíficamente para reconocer nuestro error y realizar un sacrificio en su honor.*

- Lleva razón.

- Si, es verdad.

- Hagámoslo, pero primero, para calmar a los dioses, quememos a estos impostores. A estos sinvergüenzas que, haciéndonos creer sin pruebas que eran enviados, nos gobernaron, nos exigieron comida, pagos y se llevaban a nuestras mujeres.

- Si, vamos.- *Corearon los Batusi.*

Y se los llevaron a rastras golpeándolos e hiriéndoles hacia una improvisada pira. Ellos se revolvían y defendían. Incluso el chaman llegó a deshacerse de los Batusi que le sujetaban.

El supuesto mago corría y corría, esquivaba a los indígenas como una bala, los fintaba como en un partido de rugby. Pero ellos, aunque no muchos, estaban hechos a correr en distinción suya que llevaba una vida sedentaria. Eran más veloces que él y le alcanzaron enseguida. Fue de inmediato castigado por escaparse e intentar contradecir a los dioses. Lo apalearon, causándole múltiples heridas y diversos hematomas internos. Le rompieron los

huesos de las piernas como símbolo de que nunca más huiría. Luego, le ataron al igual que al jefe a unos maderos con grilletes metálicos y les prendieron fuego después de impregnarles en líquido inflamable.

Nadie se preguntó de donde habían salido los grilletes, ni como había llegado hasta ellos la gasolina. Simplemente la euforia del momento no les dejó tiempo para pensar.

Luego, lentamente, cogieron ofrendas y comenzaron uno a uno a ascender la montaña por la afilada pared vertical como habían visto hacer a sus “nuevos” dioses.

En la oscuridad, una nueva sonrisa de triunfo. Mas carne fresca, mas posibilidades de preservar su secreto, mas energía vital para mantenerlo y hacerlo crecer. Más víctimas de las que alimentarse.

- Inf, chof, fufh... –

Con cada posesión perdía fuerza, pero con cada víctima que cobraba su vida aumentaba así como su poder. Luego le cedía parte de los cuerpos y la energía a ese “botín” tan ansiado por todos. A ese secreto vivo que guardaba. A ese mal en crecimiento que cuando llegara el momento dominaría el mundo, pero que ahora debía aumentar su poder y descansar porque era todavía vulnerable.

- Inf, chof, fufh... –

Ya faltaba poco, lo había visto en las visiones que a veces le enviaba su amo, su secreto, su montaña. Y ahora le había ordenado atraer a todos para incrementar finalmente su poder. Elegiría al mas fuerte, el cual pasaría a ser el nuevo guardián, y los demás serían el alimento vital y necesario para aumentar definitivamente su poder y hacerlo real.

Todavía no había matado a Jana absorbiendo su áurea, la necesitaba por si algo salía mal. No comenzaría a obtener su poder sin haber cogidos a todos los extranjeros, quería a Sam, o a Jake, puesto que eran los más resistentes y fuertes, pero seguramente elegiría a Sam puesto que el otro estaba herido. Por supuesto, nada estaba decidido, siempre podía apoderarse de una mujer para el puesto de guardián, podía ser más convincente a la hora de persuadir a otras posibles víctimas.

Ya lo decidiría mas tarde, primero les capturaría uno a uno, luego...

CAPÍTULO 30:

- ¿Estáis bien atados? – *Inquirió Sam.* – Si no lo estáis, es mejor pararnos y poner todo en orden. Creo que todavía no nos sigue aunque parece ocupado de alguna forma en otras cosas. -

- Todo esta en orden por aquí. – *Contestó Susan delante suyo, alumbrando de adelante a atrás sin descanso.*

- Y por aquí también. – *Dijo Jake que seguía abriendo la marcha.*

Y así, en silencio, continuaron andando y marcando el camino, rápidamente pero con precaución. No estaban seguros, pero el túnel por el que seguían parecía ligeramente inclinado hacia arriba, no tenía fin y continuamente daba vueltas y mas vueltas como si de la subida de una montaña rusa se tratase.

Finalmente, todos sus temores volvieron cuando la luz de la linterna se hizo mas débil, fue lentamente transformándose de una potente y luminosa luz a una diminuta y escasa luciérnaga que más tarde acabó por apagarse.

Se quedaron sumidos en la oscuridad, en silencio, atemorizados por la idea de que el ser regresara en su busca, de que les escuchara susurrar y se dirigiera hacia ellos para arrancarles las entrañas.

- Inf, chof, fufh... – *Se oía a lo lejos.*

- Inf, chof, fufh... – *Se repetía sin cesar como el sonido de un tren de mercancías lento y pesado subiendo una empinada cuesta rebosante de carga.*

- Aquí viene de nuevo, prepararos, tenéis algún palo o... – *Susurró lentamente midiendo sus palabras Jake para prevenir a los demás.*

- Como vamos a tener algo, aquí solo hay paredes de piedra y suelo pedregoso. – *Dijo Susan cabreada por la situación.*

- Creo que podemos abandonar la mochila, ponerla bloqueando el camino para que de esta forma sepamos cuando este cerca. – *Penso Sam preparando una especie de trampa sonora con los friends y demás material metálico de su equipo de escalada.* – *Mirad... digo... tocad, creo que me traje el piolet.* – *Exclamó rebosante de alegría por tener un objeto punzante en forma de “t” con punta a sus extremos la que poder defenderse de ese ser que se acercaba más y más deprisa.*

- Inf, chof, fufh... – *“Aquí llega, aquí esta, aquí se acerca, aquí...” parecía que susurraba esa respiración cansada y entrecortada.*

- No perdamos la calma, Susan, Jake, agacharos, me colocaré tras el material, y cuando el ser pase sobre él le golpearé con todas mis fuerzas. – *Planeó Sam.*

¡Que ingenuo!, ni que el guardián fuera tonto, o no estuviera acostumbrado a la oscuridad. Él veía a través de las tinieblas como los murciélagos. Había desarrollado una visión nocturna basada en el eco de su respiración, a demás de la extraña vista que su “amo” le había concedido. Ésta consistía en que veía cada figura gracias a un ligero

resplandor que de ellas emanaba. Debía ser su energía vital lo que tanto relucía. Por eso la luz le cegaba y le dañaba. Por eso huía de linternas, dañaban su mente, sus ojos, le asustaban.

El ser comenzó a ir más despacio al acercarse al material, vió a Sam un poco más atrás preparado para golpearle, y a Susan y Jake agachados tras él. Podía pasar al lado de Sam sin que éste se diera cuenta, apoderarse de Jake que estaba más atrás y deslizarse por una gruta contigua hacia su amplia morada donde retenía a Jana sumida en un leve pero inmovilizante sopor.

El problema sería pasar al lado de Sam, que atento escuchaba todos los sonidos. Así pues, daría un rodeo por una de las cavidades paralelas. Retrocediendo por el pasillo, tomando la desviación que mas adelante se unía al anterior pasaje y, por la espalda, silenciar a Jake y llevárselo.

- Si, este es un buen plan. - Pensó el guardián mientras escuchaba a su amo dentro de su cabeza.

Lo de la cuerda que les unía entre si no sería ningún problema, simplemente haría que se desatase sólo con así desearlo. Este era su dominio, y al igual que en el poblado, podía realizar pequeñas cosas aunque acababa agotado. Pero ahora todo esfuerzo era poco, estaba a punto de alcanzar por fin su meta.

Sam se impacientaba, Susan temblaba de miedo, y Jake solo oía los latidos de su corazón golpeándole el pecho.

De pronto, Jake sintió una punzada de dolor en la cabeza, luego un golpe seco en la nuca y cayó hacia atrás, al vacío, a un sopor inmovilizante. El nudo de su cintura se desintegró. Se sintió flotando, como que volaba y luego algo sedoso, pegajoso y suave pero húmedo le sujetó las piernas y los pies.

Después de eso, nada.

Solo silencio y sueño.

- Se ha salido con la suya. - *Presintió Susan.* - Nos ha engañado y ha ocurrido algo. - *Se dijo a si misma, intentando calmarse.*

- ¿Has oído?, creo que ha sido un golpe seco. ¿Jake, Sam, estáis por ahí...? -

- Estoy aquí, pero... ¿Dónde esta Jake?

- No lo se, estaba aquí hace un momento. ¡Jake!, ¡Jake!..-

Nada, no se oía nada, no había respuesta, solo silencio, demasiado silencio para estar tranquila.

- Hemos de encontrarlo, o hemos de salir. Debemos de elegir entre ir a la muerte segura o intentar nuestra salvación. Opto por lo primero, ¿Tu qué dices? - *Preguntó en un susurro Sam.*

- Voy contigo, por supuesto, pero, como sabemos que por aquí no damos mas que vueltas, como sabemos que es la salida. - *Dijo Susan al borde de la locura.* - Abrázame, necesito sentirte a mi lado. ¿Y la maldita cuerda?, ¿Qué ha pasado con la cuerda?

- No te preocupes, sigamos juntos, no dejes de abrazarme, ni de besarme, ni de quererme. Tú eres la que me da fuerzas para continuar. – *Susurró románticamente al oído a Susan mientras le acariciaba la cara y le abrazaba desde atrás por encima de los hombros sintiendo sus senos bajo la camiseta húmeda por el sudor.*

- Te quiero. – *Suspiró Susan al oído de su amante.*

- Te quiero, mi amor, mi vida. No te preocupes. – *Le respondió consolándola, abrazándola fuertemente para que se sintiera segura en sus musculosos aunque ya cansados brazos.*

Y juntos continuaron la lenta e imperceptible ascensión, que quizás les llevaría mas arriba o les dejaría caer en las garras del guardián.

CAPÍTULO 31:

Los nativos, tras la rápida y no tan ardua -para ellos- escalada, habían alcanzado la gruta de entrada al laberíntico sinfín de cavidades, túneles y pasadizos. Todo estaba muy oscuro, el viento soplabá con fuerza produciendo misteriosos sonidos y proporcionando un tétrico ambiente.

Pero los nativos eran listos y conocían la oscuridad de éstas cavidades, por eso, ellos habían sido precavidos y llevaban antorchas. Estaban echas de madera e impregnadas en carbonilla, fabricada tras años de experiencia acumulada con restos de carbón y aceites provenientes de las grasas de los animales. Así pues, las colocaban según iban avanzando en las paredes y grutas devolviendo la luz al lóbrego, húmedo y frío infierno sombrío.

Estaban ansiosos de encontrar a sus nuevos "amos", tenían la absoluta convicción de que eran enviados del cielo para protegerlos, y que además los librarían de los horribles sacrificios que debían hacer todos los años en ese mismo lugar para apaciguar a la bestia, al espíritu de la montaña, y que éste no se rebelara contra ellos y les eliminase.

Esa era su esperanza, que los librasen del guardián de la montaña y del secreto que custodiaba para que no les molestase más.

Ayudados por la luz, rastrearon los túneles en busca de marcas, de señales, de huellas o de pisadas que les indicasen por dónde habían ido sus seres superiores, sus dioses, sus arcángeles.

- Por allí, parece que se ve unas huellas de pies descalzos, creo que vinieron por aquí. – *Dijo uno de ellos, sin percatarse que la huella era deforme, como si le faltara al pie carne o los huesos estuvieran fuera de su correspondiente lugar.*

- Tienes razón, creo que es por aquí. – *Apoyó otro nativo.*

- Yo veo otras huellas por aquí. – *Dijo alguien más allá, en otra bifurcación.*

- Separémonos, así los encontraremos antes. – *Dijo un estúpido pero practico indígena.*

Entonces, se separaron en dos grupos, siguiendo las innumerables huellas deformes y descalzas, que les condujeron por la laberíntica sucesión de túneles camino a las profundidades de la tierra. Hacia el mismísimo centro de la montaña. Donde yacía el secreto latente e inmortal si les conseguía arrebatar sus vidas para obtener su áurea.

Continuaron separándose con cada huella, hasta que estaban todos desperdigados, solos, sin la protección del rebaño. Entonces, el guardián comenzó a actuar. Matando sin cesar y silenciosamente a todos los indígenas, lo hacia rápido y briosamente, absorbiendo su energía para dársela luego a su señor. Los mataba estrujándoles el cuerpo, bebiendo su sangre, mordiendo su carne. Dejaba todo ensangrentado a su paso, y cuando acabó con el décimo indígena estaba rebosante de energía y sangre, de poder y carne, de esperanzas y vida.

Se escabulló por pasadizos invisibles hasta llegar exhausto a los pies de su amo y señor. Había actuado rápido y mortalmente, por él, por cumplir sus deseos, por cumplir sus órdenes. Todo ello para aumentar sus posibilidades de ser inmortal. De esta forma y solo de

esta forma, apoderándose de la vitalidad de sus víctimas, el mal, el dimoniablo, podría hacerse real, podría formarse en un cuerpo inmortal y gobernar el mundo. Su vulnerable cuerpo cobraría vida orgánica, se volvería potente y adquiriría la totalidad de sus poderes para implantar su reinado sobre el mundo.

Su amo, le cogió fuertemente por el cuello desgarrándole las venas, haciéndole una gran herida, desde la cual manaba toda la áurea acumulada, todo el poder de sus víctimas. Así su amo y señor recibía todo lo necesario para incrementar su energía y hacerse más real. Luego, exhibiéndose le cicatrizó la herida para que continuara sirviéndole.

El guardián volvió a la ardua tarea de despistar a sus presas, separarlas y capturarlas. Quería acabar primero con todos los nativos, luego ya se encargaría de los extranjeros.

Tan solo quedaban cinco indígenas, dos de los cuales, no se separaban y para colmo se estaban acercando peligrosamente al llamado Sam y el resto de los supervivientes. Pero no tenía tiempo para pararles, debía encargarse de los otros tres, que estaban más distanciados y eran más vulnerables.

- Inf, chof, fufh... – *Si, mas sangre...*

- Inf, chof, fufh... – *Mas muerte...*

- Inf, chof, fufh... – *Destrucción...*

CAPITULO 32:

- Sam, ¿estás escuchando eso? – *Susurró en su oído, asustada y temerosa de que algo les pudiera separar.*

- Creo que son pisadas pero no me parece la borbojeante respiración de ese ser. – *Tranquilizó el aludido besándola suavemente en sus carnosos y suaves labios.*

- ¿Hay alguien por ahí?... ¿Me escucha alguien? – *Gritó un poco más alto, con esperanza de que fuera Jana o Jake.*

- HEEEEEO -

- ¿Has oído?, creo que pueden ser... – *Comenzó a decir Sam cuando dos nativos entraron en su campo de visión ahora iluminado por antorchas.*

- Hola,... – *Dijo Susan temblando y muy asustada. Temía que les hubieran seguido para acabar su trabajo iniciado antes, en el poblado.*

- No te van ha entender, ¿recuerdas?, hablan otro idioma. – *Comentó mientras asía el piolet y se preparaba para hacerles frente. No quería huir más, ya tenía suficiente con el dimoniablo de las tinieblas.*

Los indígenas al principio andaban lentamente, como siguiendo una pista, luego, al verlos, se detuvieron. Comenzaron a hablarles a pesar de que sabían que no los entendían, señalándoles, alumbrándoles con las antorchas, arrodillándose ante ellos. Con sus

movimientos parecía como si se disculparan, entonces después de apoyar las antorchas en las paredes para evitar quedarse a oscuras, se volvieron a echar al suelo y les comenzaron ha alabar como si fueran dioses.

- ¿Te lo puedes creer?, me parece que creen que somos invencibles o algo así y nos adoran como a semidioses. – *Comentó incrédula Susan al boquiabierto Sam.* – Seguro que ha sido por lo ocurrido en el poblado. Ahora están temerosos de nuestra ira.

- Hola, ¿Que deseáis ?... – *Inició la conversación con esperanzas de serenar las cosas y ponerlas en su lugar aun a sabiendas que no les entenderían.* – *No queremos hacer daño a nadie...*

- Os entiendo, venimos ha realizar ofrendas para apaciguaros. – *Dijo sorprendentemente el nativo en el mismo idioma.* – Casi todos hablamos vuestro idioma, pero nuestro jefe y su chamán nos lo impedían. – *Se disculpó.*

- Es verdad, él nos ordenó atacaros porque según decía erais malvados y queríais matarnos. – *Siguió el otro nativo que hasta entonces había permanecido mudo.* - Nos hizo creer que erais mortales y derrocaríais nuestro modo de vida destruyendo el poblado y la montaña. -

- Bueno, ahora nos gustaría salir de aquí, pero no queremos confundiros. – *Comenzó a explicarse Susan.* – Solo somos investigadores, no dioses, vinimos a explorar la montaña, no a destruirla, y ahora estamos atrapados aquí, con un monstruo rondándonos. Una especie de ser maligno que ha estado acabando con nuestros compañeros uno por uno. -

Y así Susan y Sam empezaron a relatarles la historia completa – o lo que ellos conocían hasta el momento –, protegidos ahora con la luz y el calor de las antorchas.

Resultó que los dos delgados nativos, de casi metro ochenta, eran descendientes de los primeros pobladores de la montaña, y con cada generación se transmitía el secreto de la misma. El secreto del dimoniablo...

Bob y Stepe, que así se llamaban los salvadores de la luz, les comenzaron a contar la historia por ellos conocida. Aunque el relato había pasado de padres a hijos, no era completo, solo una pequeña parte se había conservado intacta. El resto, con cada dinastía, se había ido adornado como un árbol en la época de la navidad.

Bob comenzó lo que él sabía, siempre seguido de Stepe que completaba lo que se le pasaba.

- Hay un guardián que protege dimoniablo. Éste es una gran arma de destrucción que se esconde en las entrañas lúgubres y oscuras de la tierra.-

- Si, se le hacen ofrendas para que se apacigüe y se le dan regalos.- Pero el misterio del tesoro -continuaron los *Batusi*- tan codiciado y tan protegido por el guardián no se lo pudieron rebelar completamente porque se había perdido con el paso del tiempo, ni el motivo de la inmortalidad del guardián, ni muchos otros oscuros puntos del antiguo relato siniestro.

- Entonces, este guardián nos dejara en paz si logramos salir de aquí, ¿No? – *Razonó Susan, siempre pensativa.* – Lo que debemos entonces que hacer es salir de aquí rápidamente.

- Bueno, en teoría, si. Pero es posible que el guardián se haya enfadado o busque sucesor, y os persiga, a vosotros o a cualquier ser humano disponible por los alrededores. Siempre ha desaparecido gente en este lugar cada cierto tiempo. Más o menos cada diez años. Ese ser no debe tener mas poder para alargar la vida de sus “fundas” humanas. – *Desveló el nativo mayor, Bob, un tanto inquieto por todo lo que estaba sucediendo.*

- Tiene razón, creo que hay un guardián porque siempre coge a un sucesor anulándole su voluntad, implantándose en su mente. – *Completó Stepe.*

- Puede ser, pero estaremos mas seguros en cielo abierto, salgamos de aquí y enfrentémonos a esa cosa. – *Dijo valientemente Sam, que ahora estaba mas seguro de si mismo y en compañía.*

- Vayámonos pues. Creo que es por aquí por donde vinimos. – Dijo Bob silenciosamente. – *Tan solo desandaremos el camino. Por cierto, deberíais llevar por atrás una antorcha para protegeros. -*

Entonces Stepen se colocó cerrando la marcha detrás de Sam. Éste estaba detrás de Susan y ésta a su vez detrás de Bob. Hablaron poco durante el recorrido por los laberintos ya que estaban más concentrados en oír y ver si alguien o algo se les acercaba.

Tras varios minutos de rápida marcha sin ningún problema, Stepen paro bruscamente en la desembocadura del túnel a una amplia cavidad.

- Creo que pasa algo raro. – *Susurró mientras sigilosamente se movía por la gruta en círculos.* – Estoy seguro de que por aquí es por donde hemos venido,

pero... ¿Donde están nuestros vecinos? En cada cruce de caminos dejamos a uno para evitar perdernos.

- Se habrán cansado de esperar y se habrán ido por algún otro sitio. –

Contestó Bob tranquilamente. – Llamémosles a ver donde están. -

Comenzaron a emitir unos silbidos cada vez mas fuertes, en distintos tonos, de mas graves a mas agudos, pero no obtuvieron respuesta. Era su modo de comunicarse y todos los Batusi sabían interpretarlo.

- Nada, creo que esa cosa se los ha cargado. –

- Tienes razón, Sam, sigamos adelante. Bob, continúa tu primero, yo cerrare la marcha detrás de Susan. -

- Esta bien, debemos darnos prisa, las antorchas duraran unas pocas horas mas. – *Dijo Bob en tono de reproche a Stepen que estaba asumiendo el mando de forma muy autoritaria.*

- ¿Seguro que sabéis volver? – *Inquirió Susan a los nativos agarrando fuertemente a Sam del cual no quería separarse.*

- Si, no te preocupes, podemos y saldremos de aquí. – *Dijo Stepen con un aire de superioridad que no le importo ahora a nadie.*

Y tras estas tranquilizadoras palabras continuaron la marcha hacia el exterior de la montaña, hacia la libertad y la vida, hacia la salvación de la luz solar.

CAPÍTULO 33:

En un profundo y oscuro lugar, en las entrañas de la mismísima tierra, en el lugar más inhóspito y lóbrego, en el húmedo y pegajoso infierno...

- Inf, chof, fufh Señor, no se si podré hacerlo, estoy demasiado débil, y ellos tienen luz, mucha luz. Estoy cansado, no puedo casi moverme. Déjeme abandonar este cuerpo, y pasar al cuerpo de otro. De uno fuerte y sano, de alguno a los que ya he capturado. Entonces, con un nuevo “envase” sano y fuerte, podré continuar mi misión. Se lo prometo, amo, lo haré. Inf, chof, fufh... – *Suplicaba el maltrecho y desquiciado guardián a su mentor.*

- Está bien. – *Su voz retumbaba en los oídos del guardián.* – Hazlo, te daré la energía suficiente para ello. Pero luego, espero que no me falles. Me siento ya poderoso y poco nos queda. -

- Inf, chof, fufh... – *Recibió por toda respuesta el señor de las tinieblas y futuro destructor de lo que hasta ahora conocemos como mundo.*

Acto seguido el guardián se acercó en las tinieblas al dimoniablo, a esa forma que cobraba vida y aumentaba el volumen de su poder. Éste con un rápido movimiento se hizo una herida por la cual fluyó su sangre, no humana, sino más densa, más viscosa, y por supuesto, negra como la maldad que escondía en su interior. El guardián se abalanzó con

ansiedad como un yonki sobre su heroína y sorbió con fuerza hasta que su amo le empujó para evitar que bebiera más de la necesaria.

- Inf, chof, fufh... – *Repetía sin cesar al avanzar por los pasadizos y cuevas.* -
..... Inf, chof, fufh... –

Ya estaba listo, se apoderaría del hombre al que habían llamado antes Jake, pese a que estaba herido, no tenía a nadie más fuerte en su poder. Luego, cuando le desposeyera de la voluntad y la mente y el cuerpo fueran por completo suyos, se sanaría las heridas robándole la vida a la preciosa mujer que había capturado. Jana creía que se llamaba, y a pesar de que estaba histérica y su mente en estado catatónico, le serviría de alimento sanador.

- Inf, chof, fufh... – *Otra vez, debido a la sangre que encharcaba sus pulmones, y a la avanzada descomposición de estos.*

Se apresuró a cumplir las órdenes de su señor, como había hecho siempre desde que tenía conciencia, y esta siempre se mezclaba con los recuerdos de los portadores, como él les llamaba, inundando su conciencia con experiencias y sentimientos nuevos.

- Inf, chof, fufh –

Al llegar a la sala donde les había inmovilizado con cuero humano -pieles de otras víctimas-, se sorprendió de no encontrarles. No podía ser, estaban atados muy bien y además les había sedado con una sustancia alucinógena que crecía en la oscuridad de las entrañas de la tierra.

- Inf, chof, fufh –

Claro que podían haber sido los otros nativos o los molestos extranjeros los que les habían rescatado... Pero, por otro lado, él había matado a todos menos a un par de ellos.

No importaba lo que hubiera pasado, ahora los extranjeros estaban muy lejos y a oscuras. Y los nativos eran torpes e ingenuos. Aunque se encontrasen no le detendrían. No. Él era el guardián, no podía fallar.

- Mierda. – Descargó en voz alta.

El poder que su amo le había dado duraría bastante y la única solución que él veía era la de tratar de hacerse con un nativo o uno de los extranjeros y adueñarse de su cuerpo. Ya buscaría mas tarde al resto y les mataría ferozmente por las molestias causadas.

- Inf, chof, fufh –

Emprendió la marcha hacia la parte norte de las cavernas, por donde estaban los extranjeros. Su sexto sentido -es decir, el demoniablo- así se lo hacía ver. Y había algo más, algo que le hacía cabrear, los extranjeros y los nativos se habían echo amigos. Ahora estaban juntos en esto, tenían luz, y se dirigían a la salida.

- Inf, chof, fufh... –

No podían seguir así las cosas, debía actuar por el bien de su señor y por el bien de él mismo, pondría trampas, les atacaría sin cesar, alguno caería y se iría apoderando de ellos uno a uno.

- Si, si. Es un buen plan... -

- Inf, chof, fufh... –

CAPITULO 34:

Sam y Susan se hallaban ahora con renovadas esperanzas, quizás algún día lo suyo podría funcionar. Quizás dentro de poco, cuando salieran y se establecieran a salvo en algún lugar cálido y acogedor – Tal vez la cabaña de Sam, tal vez... – podrían comenzar a conocerse mejor, empezar una nueva vida...

En esto pensaban cuando de pronto, otra vez, como si no hubiera transcurrido el tiempo, se oyó ese borbojeante sonido. Ahora era mas acentuado, mas grave, como si sentenciase a muerte al portador de los machacados pulmones e indicase lo poco que le quedaba de vida.

-..... Inf, chof, fufh... – Les amenazaba. Avisándoles de la proximidad de su expiración –si tenían suerte- o quizás algo peor. De nuevo volvía para jugar con ellos.

- Ja, Ja, Jagg... Inf, chof, fufh... Ja, Ja, Jagg... Inf, chof, fufh... Cof, coff... – Ríéndose de ellos. De lo que les hacía. Poniéndoles nerviosos en busca de un error fatal. Provocando la histeria y la confusión. Buscando acabar con ellos en el momento en el que estuvieran mas desprotegidos y con menos cordura.

- Se acerca, y esta vez creo que se dispone a acabar con lo que empezó. Debemos estar en guardia, con luz no se acercará demasiado y podremos protegernos. – Dijo Sam, mirando sin cesar a Susan. Nervioso de que se apagaran las antorchas pues sería lo mismo que extinguirse la vida.

- No os preocupéis, la luz aun durará un buen rato, unas horas quizás, y el guardiablo -como lo llamaba mi padre, y el padre de mi padre- no se acercará con la luminosidad. De momento creo que vamos por el buen camino, si no, no sería tan constante ni intentaría distraernos con sus jueguitos. – *Dijo Bob, cansado de sostener la pesada antorcha y de sentir el calor constante en el rostro.*

- Creo que intenta confundirnos de camino, en cada bifurcación se coloca en el lado por el que no quiere que vayamos, y así nosotros cambiamos el rumbo alejándonos de la salida. – *Comentó Susan que había estado tan callada y pensativa hasta entonces. Sin soltar a Sam, paró en un de las diversas bifurcaciones para escuchar.* – ¿Veis como tengo razón?, ¿cuál es el camino correcto?, supongo que aquel por el que esa especie de animal salvaje está cortándonos el paso.

- Tienes razón, pero si queremos salir, hay que continuar por aquí. Ya sabes que no nos atacara de momento por la luz. – *Tranquilizó Stepen mientras observaba la gruta y las posibles desviaciones.*

Y continuaron, paso a paso, avanzando en dirección a la salida puesto que los precavidos Batusi habían marcado con pintura y tizones las paredes y techos. Sam había abandonado la mochila al ocurrir el incidente con Jake y el guardián, y Susan tampoco llevaba nada, por lo que avanzaban rápidamente por los laberintos de piedra evitando siempre confundirse de camino, y no encontraron a su paso rastro del resto de los Batusi.

Por fin, comenzaron a reconocer las formas de túneles. Eran los mismos por los que, al comienzo de la aventura, habían caminado siguiendo a Jana. Aunque podían haber sido cualquier otros, con la escasa iluminación y las prisas todos los túneles se parecían. Pero no había duda pues vieron una cinta del pelo de Jana y trozos de su ropa desperdigados por el suelo. Había incluso un segmento de cuerda, cortada quizás por afilados dientes, con la que inicialmente habían marcado el camino.

Este espectáculo, bañado en alguna zona con sangre y en otras por una viscosa pasta negra reluciente y de algún modo maligna, les entristeció profundamente. Susan se preguntaba sin cesar: ¿Por qué? ¿Por qué ellos se habían salvado? ¿Cuál es el motivo por el que transcurren determinados hechos?

CAPITULO 35:

Jake de algún milagroso modo, había recuperado la conciencia, y logró desatarse. Quizás cuando menos te interesa vivir, cuanto más dolor soportas y crees que te desmayarás, la vida te sonríe, y la muerte agacha la cabeza y da marcha atrás. En todo esto pensaba Jake, semidrogado, con dolor en la pierna y en las costillas, mientras desataba a Jana y la hacía volver en si.

Se había despertado gracias al intenso dolor de la pierna, y se encontró en un húmedo lugar, oscuro como todos los lugares habitados por el mal, lóbrego y frío, muy frío. Ahora sabía que el infierno no era cálido. No era ardiente sino frío como el hielo. Frío como el mal. Frío como su propio corazón.

Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad y comenzaba a distinguir las paredes de las cavidades o túneles. Así logró dar con Jana, atada casi a su lado con pieles o algo parecido pues era fuerte pero resbaladizo, duro y frío. Algo que a su vez estaba calado e impregnado de una espesa sustancia pastosa y viscosa.

Al desatar a Jana, sintió otra punzada de dolor, pero la aguantó por ella. Pensó que debía redimirse como persona, sentir algo dentro de su duro y helado corazón. Los héroes no lloran decía su padre en vida.

- Vamos, nena, debemos salir de aquí. – Murmuró a su oído. – No te preocupes, esa cosa sanguinaria esta ocupada.

- ¿Qué ha pasado?... ¿Dónde estoy?... – *Comenzó a despertar, desorientada y asustada. Herida, maltrecha y débil.* – No veo nada... Tengo frío... Ayúdame, Sam, Susan, Jake,... -

- En pie, preciosa. Soy Jake, largémonos de aquí. -

Jake hizo un esfuerzo sobrehumano al ponerse de pie ayudándola a hacer lo mismo. Luego, lentamente y a tientas, salieron de la amplia estancia –su cárcel de piedra- para adentrarse en los intrincados laberintos de granito.

No sabían a donde ir, ni la dirección a seguir. Ni tan siquiera sabían el motivo por el cual ese ser –el guardiablo- les había secuestrado y no matado.

Poco a poco se acostumbraron a las tinieblas dejando que la oscuridad penetrase en ellos y aprendiendo a “escuchar” a las paredes, a evitarlas. El sonido de sus pasos era apenas perceptible, pero no obstante sonoro, y temían que el demonio de la oscuridad les encontrase, así pues, decidieron caminar más despacio para poder amortiguar sus pisadas.

Continuaron avanzando abrazados entre las tinieblas hasta llegar a una cueva amplia, con el suelo pegajoso y húmedo, que emanaba un putrefacto olor a descomposición. Al palpar las paredes notaron arañazos y marcas, como si un preso hubiera intentado huir abriéndose paso con las uñas a través de las paredes. Iban pegados a la pared izquierda, palpando las marcas y sintiendo bajo sus pies un líquido pegajoso casi seco, y entonces, tropezaron en la oscuridad con algo que había en el suelo. Sin agacharse para saber que era, pues intuían que podría ser algún cadáver en descomposición, lo rodearon pero más adelante toparon con otro, luego con otro y otro.

La estancia estaba llena de cadáveres, mas bien trozos humanos, tibias, calaveras y demás osamenta del cuerpo humano, todo ello bañado en la poca sangre que el demoniablo les había dejado al apoderarse de sus almas.

Poco a poco, se atrevieron a buscar entre los restos algún instrumento con el cual defenderse o crear luz. Algo como fósforos, antorcha, linternas, o cualquier cosa que pudiera ayudarles en su situación. Con cada contacto con los cadáveres se estremecían, emitiendo un leve pero inquietante gemido, hasta que tras mancharse con la aún viscosa y casi caliente sangre de las víctimas encontraron una antorcha, un puñal y un machete perteneciente a los difuntos Batusi.

- Bien, tenemos armas y una antorcha, pero debemos encenderla, si no, todo esto habrá sido inútil. – *Susurró Jake con una mueca de dolor y asco al mismo tiempo.*

- Esta bien, podemos intentarlo como en las películas, golpeando dos piedras entre si hasta que una chispa prenda la antorcha. – *Pensó en voz alta Jana, con algo menos de miedo y con la mente más clara debido a la compañía.*

Entonces Jake sonrió, y susurró – ¡Y donde coño vamos a encontrar dos piedras de sílex o de pedernal para que salten chispas!

- Pues si no hay piedras tendremos que buscar de nuevo entre los cuerpos cerillas o mecheros. – *Razonó Jana mientras se agachaba palpando el húmedo suelo en busca de piedras.*

- ¡Aquí!, creo que he encontrado una piedra, podemos golpearla contra la pared, igual salta alguna chispa. – *Dijo elevando la voz en un tono triunfal Jana.*

- Trae, dámela, lo intentare. -

Jaķe comenzó a golpear la pared con la pequeña piedra sin ningún resultado. La pared, al igual que la piedra, como el resto de la montaña eran de granito, y no producían chispas, tan solo se reducía a polvo.

- Nada, esto no da resultado. -

- Pero, entonces como puñetas encendieron quienquiera que sea las antorchas. – *Dijo revisando una vez más los pedazos viscosos.*

- No lo se, preciosa, pero quizás las encendieron antes de entrar. – *Dijo Jaķe en su característico tono machista y de superioridad.* - ¿Estás segura de que no llevas encima mechero o cerillas? -

- Creo que no. Si, confirmado, no llevo. Creo que se quedaron en la mochila con el resto de mi material. – *Respondió.* - ¿Y tú, has mirado si llevas tu algo? -

Jaķe se sonrojó, y miró en sus bolsillos.

¿Como no se le pudo ocurrir buscar su mechero en su pantalón? Siempre llevaba uno a pesar de que no fumaba. ¡Que idiota! Mira que no mirar antes en él mismo...

- Tenemos suerte – *Dijo avergonzado.* - Llevo uno aquí. Acércate, vamos ha encender la antorcha. -

- Espero que la próxima vez compruebes que no llevas uno antes de registrar a todos los cadáveres rezumantes. A ver si la antorcha continúa impregnada de la sustancia inflamable. Creo que se suele usar sebo, pero a veces se usan otros tipos de sustancias naturales. Si tenemos suerte y es sebo, encenderá.

<i>CAPITULO 36:</i>

El guardiablo corría hacia ellos, igual le daba tiempo a alcanzarles antes de que salieran al exterior. Ya buscaría luego a los otros dos, que estaban más rezagados.

- Inf, chof, fufh -

De pronto, un golpe seco, luego otro, y otro, y uno más. Unas voces, ruidos...

- ¿Qué puede ser eso, dímelo, dímelo amo? – *Rogó a su señor de las tinieblas.*

- Inf, chof, fufh... -

“Son los extranjeros que capturaste, han despertado”. Recibió mentalmente la respuesta. “Acaba con él hombre herido, y pasa mis poderes a la hembra”. Le ordenó el ente que se hacía cada vez más poderoso en las tinieblas.

- Me niego, estoy tan cerca de los otros, es una pérdida de tiempo volver atrás a... -

“¡Hazlo, te he dicho!, están cerca de mí”. Gritó imponiendo una vez más su voluntad.

- Inf, chof, fufh -

Cambió entonces de dirección. Regresó ahora hacia las entrañas de la tierra. Hacia el mismísimo centro de la montaña, donde moraba su amo. Ahí estaban los insubordinados, los reos, los fugados. Por fin les había encontrado, y ahora le pagarían todos los problemas ocasionados.

Iba demasiado lento, le dolía el pecho, no respiraba bien, y constantemente vomitaba sangre. El cuerpo en el que estaba, era muy viejo, demasiado, debía habitar uno más joven, más fuerte, mejor.

- Inf, chof, fufh –

Haría lo que le habían ordenado, atraparía a la mujer, y mataría al herido. Los heridos no le servían, morían muy rápido debido a que al entrar en sus cuerpos afectaba de algún modo a sus defensas y descomponía e infectaba los tejidos sanos que les restaban.

- Inf, chof, fufh –

Pronto les alcanzaría, y entonces, daría caza a los demás, aunque estos salieran triunfales al exterior. Con un nuevo cuerpo se podría permitir el lujo de abandonar la seguridad de las tinieblas y perseguirlos a campo abierto. La luz ya no le importaba demasiado, su misión estaba a punto de concluir. Aguantaría hasta el final... Vaya si lo haría.

CAPITULO 37:

Allí estaban, a punto de salir a la luz dorada, a un tris de abandonar la oscuridad incesante, a un instante de la supuesta salvación.

Las antorchas todavía no se habían apagado, y ya se divisaba la luz al fondo del túnel. La salida de las tripas de la montaña, la vida.

Caminaban deprisa, a pesar del cansancio, del hambre, del frío y de las heridas producidas por tan disparatada aventura. Pero todo esto no hacía mella en ellos puesto que la ilusión por vivir –y la adrenalina- todo lo podía, y estaba además esa esperanza, y su amor. Estos sentimientos eran los que les habían salvado. De no ser por que se tenían el uno al otro nada les hubiera importado y su vida se habría desvanecido como un espejismo en el desierto.

- Estamos a punto de lograrlo, vamos a sobrevivir. Sam, lo vamos a conseguir. – *Gritó entusiasmada Susan, abrazando a su amor y agradeciéndoles con la mirada a los nativos que hubieran aparecido.*

- Si, tienes razón, pero me da la impresión de que esto todavía no ha acabado. -

- Es verdad. – *Se apresuró a contestar Stepen.* – Debemos no solo salir de aquí, sino cerrar la salida para que nadie pueda jamás entrar o salir de aquí. -

- Si, y además debemos bajar al poblado, y a ser posible largarnos lejos de aquí. – *Dijo el otro nativo, Bob.* – Donde nadie –*ni nada*- pueda encontrarnos. Los espíritus son muy vengativos y no descansan hasta cumplir su misión.

Continuaron avanzando los últimos metros de semioscuridad y helado frío, hasta llegar a la boca del túnel, más cálida y acogedora, con luz llena de esperanzas.

El sol les deslumbró. Especialmente a Sam y Susan pues habían permanecido más tiempo en la penumbra. Poco a poco, guiñando los ojos, consiguieron adaptarse, y aunque tardaron un buen rato, se maravillaron al ver el maravilloso paisaje. No recordaban vistas más hermosas ni más deseadas. No se cansaban de mirar, a un lado, y a otro, de verse entre ellos, de abrazarse, de besarse.

Mientras tanto, los dos Batussi esperaron pacientemente a que los dos tortolitos acabaran para decidir que hacer.

Susan fué la primera en agradecerles todo, les abrazó efusivamente y les besó en la cara. Sin ellos nunca hubieran salido.

Sam, menos abierto, les tendió la mano para saludarles, cosa que los indígenas aceptaron cortésmente.

- Debemos decidir lo que hacer ahora. Tenemos que sellar la entrada. – *Dijo sabiamente Bob.*

- Tienes razón. – *Afirmó Stepen mientras los demás asentían con la cabeza.*

- Pero, que es lo que podemos utilizar. No tenemos explosivos, ni nada.

– *Razonó Susan.*

- A demás, estamos desfallecidos, debemos descansar, comer algo... –
Dijo Sam, mirando a Susan de una forma muy sensual... – Llevamos días sin comer ni dormir.

- Si, podemos bajar al poblado, no creo que de momento el guardián se atreva a salir. Allí podremos descansar, comer y dormir un poco, y regresar más tarde a destruir la entrada. – *Planeó Stepen, apoyado por Bob.*

Tras unos momentos de descanso, en los cuales, Sam no dejó sola a Susan, descubrieron el material que habían dejado a la entrada, al inicio de la loca aventura, cuando apresuradamente comenzaron a seguir a Jana, días antes.

¿Días?, acaso no habían sido meses, o simplemente habían sido unas interminables horas. Susan no lo sabía, al igual que Sam. Tan solo tenían una idea aproximada, muy vaga y un tanto incierta. Ahí dentro habían perdido la noción del tiempo.

- Bueno, ¿estáis listos? – *Preguntó Bob.* – Hay que irse antes de que anochezca otra vez.

Si, debían ponerse en marcha. Era lo más razonable. Cuanto antes, mejor.

El sol no despuntaba ya en lo alto, sino que comenzaba a caer en el horizonte creando siniestras sombras y amenazantes penumbras.

Se pusieron en pie, cargaron con la mochila hallada tal y como en algún momento la habían dejado y emprendieron la penosa marcha descendiente. Donde los pies sufrían ante el desnivel y la pendiente.

No sabían como demonios iban a salvar las afiladas paredes que al ascender habían escalado. No tenían cuerdas para rapelar y lo más seguro es que tuvieran que destrepar por

las verticales e inseguras paredes. Y para colmo, estaba el cansancio, esa pesadez en todo el cuerpo, esa deshidratación y esa mala gana. Estaban perdidos, no soportarían el esfuerzo físico que supone destrepar, andar,...

- No os preocupéis por la bajada, trajimos cuerdas y las dejamos fijadas en las paredes. – *Comentó Bob a Sam y Susan que le miraban asombrados puesto que ya pensaban que era el fin.*

- Tiene su sentido, si no, como íbamos a bajar. – *Soltó Stepen.*

CAPITULO 38:

Encendió. Luz.

Luz por todas partes.

Dolor en los ojos al principio. Pero al rato, tranquilidad.

- Lo hemos conseguido, ha prendido la antorcha. – *Dijo triunfalmente Jake a Jana.*

- Si, pero no grites, la cosa esa podría oírnos y venir a por nosotros.

- Bien, salgamos de aquí. ¿Recuerdas algo de cuando entraste a la cueva, por donde ir, a donde dirigirnos? – *Susurró al oído de Jake.*

- Podemos intentar seguir las señales que dejamos antes, o las que han podido hacer Susan y Sam al continuar si es que dejaron algún tipo de rastro...

- Bien, busquemos a ver que encontramos.

Comenzaron a salir de la amplia estancia, inundada de cadáveres, hacia los túneles colindantes. De estos, tan solo sólo había dos posibles, y el de la izquierda estaba manchado con sangre, como si a través de él se hubieran arrastrado los cadáveres. Eran frescas, todavía no estaban resacas, y decidieron continuar por ellas. Esos cadáveres debían haber salido de alguna parte, y dado que eran Batusi supusieron que el camino les conduciría a la salida.

De pronto, sin previo aviso, un sonido distante y bien conocido por los dos fugados...

- Inf, chof, fufh... –

- ¿Has oído?, Creo que es él. Viene ha acabar lo que empezó. – *Dijo Jake, con fuertes dolores en la pierna herida.*

- Tienes razón, debemos ir más rápido. – *Susurró histéricamente Jana, que poco a poco iba perdiendo el norte debido a la deshidratación, el cansancio y la presión a la que estaba siendo sometida.*

- Inf, chof, fufh –

Nerviosos, miraban a diestro y siniestro, arriba y abajo, por el estrecho y largo túnel. Alumbraban a todas partes corriendo sin cesar bien pegados el uno al otro.

Entonces Jana se rebuscó en el bolsillo del escaso pantalón que le quedaba y sacando una navajita se dispuso hacer frente al ser despiadado ser que tanto la atemorizaba.

- No te separes. Si permanecemos iluminados toda ira bien. –

“Si, ya, seguro”. Pensó para si Jake.

- Inf, chof, fufh... –

De nuevo, el familiar sonido, cada vez más cercano, cada vez más amenazante, cada vez más peligroso.

Algo cayó sobre Jake, cuando éste se volvía sobre su espalda para iluminar la parte por donde caminaba Jana. La antorcha voló por los aires, golpeó el bajo techo y cayó a un par de metros de Jana.

- Que ocurre. No veo nada. Que pasa. Jake, Jake. -

“Algo ocurre, y no es algo bueno”. Pensó Jana.

– Mierda, nos ha encontrado. – Y tras esta frase, se lanzó a por la antorcha, dispuesta a defender al apurado Jake.

Jake no se lo podía creer, algo –lo que le había tirado al suelo- estaba golpeándole con fuerza. Ese ser no podía ser tan energético, parecía en las últimas con esa respiración que tenía.

Se revolvió intentándosele quitar de encima, golpeando una y otra vez el cráneo pelado y sangriento que tenía al lado. Pataleó y descargó puñetazos hasta acabar exhausto.

Tras unos instantes de terror, en los cuales no se dió cuenta de lo que pasaba, se fijó que el cuerpo que tenía sobre él estaba totalmente inerte, muerto, inmóvil. Solo era un peso muerto. Él muy cabrón le había lanzado un cadáver para despistarles, alejar la luz y poder atacarles en la oscuridad.

- Jana, ten cuidado, seguro que va a por ti. – Dijo rodando para salir del apuro.

Entonces, el ser apareció delante de él, lo vio con total claridad, tan blanco que parecía transparente, tan destrozado y viejo que solo era una masa sanguinolenta de huesos y carne, calvo, pelado y lleno de pegajosos harapos sucios.

Se lanzó tomando la iniciativa –como siempre- sobre él, aprovechando que estaba buscando a Jana, y le impacto en el pecho derribándole cuan alto era en el granítico suelo.

Jake intentó defenderse hincándole los dedos en los ojos, pero no surtió efecto. Sus ojos estallaron saliéndose de las cuencas y salpicándolo todo. Pero ese ser carecía del sentido del dolor, otra ventaja concedida por el demoniablo.

Luego probó descargando su puñetazo más fuerte sobre su nariz. Sonó un golpe sordo, y la nariz estalló en mil pedazos hundiéndose en el cráneo, clavándose en su carne, pero nada ocurrió.

Jake estaba seguro de que cualquier persona normal hubiera muerto con impacto, pero ese ser estaba jugando, se dejaba golpear para cansarlo y así acabar fácilmente con él.

El ser por fin contraataco, lanzó desde arriba un golpe al cuello con la mano abierta, desgarrándose con sus afiladas e inhumanas uñas. Le abrió un canal por el cual brotaba a borbotones sangre de un rojo intenso.

La vida se le escapaba con cada latido. Mientras, el horrible, sucio y asqueroso ser le “miraba” con las pútridas cuencas de los ojos vacías de las que salía un líquido viscoso y negro. Era incapaz de moverse, incapaz de hacer nada, se moría. Nada podía hacer.

Finalmente oyó a Jana gritar mientras armada con la navaja y la antorcha se acercaba para intentar ayudarlo.

“No lo hagas. Huye. Te matara.” Intentó decir Jake, pero ya era demasiado tarde para él. Murió descompuesto bajo el repugnante ser, impotente, inmóvil, poco a poco. Escuchando su asquerosa respiración.

- Inf, chof, fufh... Inf, chof, fufh... -

CAPÍTULO 39:

Sam continuaba tras el nativo Stepen, que abría la marcha cuesta abajo por el comprometido y traicionero desfiladero. Tras él, iban Susan y Bob, el otro nativo redentor.

Cada vez caminaban más despacio, adaptando la marcha al ritmo de Sam y Susan que llevaban muchas horas sin dormir, comer o beber agua. Estaban cada vez más cansados, más hambrientos y deshidratados, hasta tal punto, que en varios tramos los indígenas tuvieron que sostenerles para que continuasen en pie.

Llegaron al primer acantilado por el que tenían que descender, enhiesto y afilado -tal cual lo habían dejado al escalarlo días antes- pero ahora más peligroso y amenazante que entonces.

Bajarían agarrados a las rígidas cuerdas que instalaron los Batussi al subir, unas antiguas lianas trenzadas y muy abrasivas un tanto desgastadas por el uso.

Lentamente, con mucho cuidado, bajaron de uno en uno, protegiendo sus manos con trozos de tela de sus propias camisetas hechas jirones tras la interminable aventura. La parte mas dificultosa fue al principio, hasta acostumbrarse a esa manera de descender tan precaria, tan primitiva, y hasta entonces olvidada por todos ellos. Aunque fue una suerte el tener ya instaladas esas sirgas, ya que en las condiciones que iban nuestros dos extranjeros no podían haber destrepado y habrían muerto de forma segura al estrellarse contra el suelo como su amigo Matehu.

Susan no se resbaló, y heroicamente llegó intacta hasta el suelo. Al contrario que Sam, que estaba más cansado y débil, que resbaló y cayó al suelo desde los dos últimos metros.

Sam era fuerte, sus músculos y huesos aguantaron la caída, pero el susto que se llevó Susan fue de escándalo. Ella gritó y se precipitó hacia él intentando agarrarle. Fue grata su sorpresa al descubrir que estaba intacto, sano y salvo.

Los dos nativos, que habían bajado delante de Susan, les esperaban ya al borde del camino, y les ayudaron a andar hasta que la inercia y el calentamiento de los músculos les permitieron hacerlo por sí solos.

No se preocuparon mucho al caer Sam, ya que creían que eran dioses o semidioses y sabían que nada les ocurriría. Tan solo querían cumplir sus peticiones, si ellos deseaban comer, o beber, se lo darían a pesar de saber que nada les mataría, ni la deshidratación ni la hambruna. Eran dioses, y como tales, habían venido a cumplir una misión, bloquear la entrada de la montaña, y no morirían hasta haberlo cumplido. Si morían, claro.

Continuaron con el descenso, salpicado de piedras sueltas, acantilados ocultos, y cientos de peligros en cada recodo del estrecho y sinuoso camino.

Paso a paso, lentos pero constantes, caminaron hasta el siguiente descenso. Precario pero aún así era la única manera de bajar, y, como en el anterior, bajaron de uno en uno esta vez sin problemas.

- ¿Estáis bien?, ¿Queréis descansar? – Interrogó Bob, preocupado por el aspecto de las dos deleidades.

Sam y Susan tenían toda la indumentaria despedazada, sucia y polvorienta. Estaba todavía mojada por la humedad de las cuevas, y manchada de sangre. No toda era propia sino que quedaban restos de ese otro líquido más oscuro y viscoso, casi negro que no se secaba nunca. Parecía como si una extraña fuerza se lo impidiera manteniéndolo constantemente con vida.

Sus rostros habían envejecido desde su anterior paso por el poblado, antes de ascender. Tenían más arrugas, los ojos hundidos, y el pelo encanecido.

A pesar de todo, los nativos seguían empeñados en que eran todopoderosos, y los esfuerzos por convencerles de lo contrario habían fracasado. Insistían una y otra vez en las revelaciones que habían tenido y en la decisión unánime de los Batusi de adorarles.

Ya no quedaba mucho camino y tras los pasos peligrosos en los cuales Sam cuidaba de Susan y ésta de él llegaron airoso al poblado. La batalla contra la naturaleza llegó a su fin -o eso es lo que pensaron- siendo ellos los vencedores.

Allí, se tendieron exhaustos en la primera cabaña que encontraron -ahora estaban todas libres- confiados, mientras los incansables nativos preparaban una comida reconstituyente, honguentos para las heridas, agua sanadora, y los materiales necesarios para regresar a la oscuridad y destruir los túneles.

Durmieron durante varias horas seguidas, y al despertar les invadió una tranquilidad indescriptible, estaban vivos... juntos y vivos. Ya nada más podían pedir.

Se besaron efusivamente, torpes al principio, con confianza después, pero ardientes y sensuales durante todo el rato. El ambiente se fue caldeando, y una cosa llevó a la otra...

Se desnudaron lentamente sin perder el contacto, acariciándose, mimándose...

Se recostaron en la primitiva cama hecha de pieles y temblando de emoción hicieron el amor. Moviéndose al compás, apasionadamente, disfrutando del como si fuera el último.

Tras la primera vez estaban casi tan exhaustos como al llegar pero eso no les impidió repetir dando rienda suelta a la pasión que encerraban dentro, cumpliendo sus deseos, haciendo aquello que en el túnel ni se imaginaban pudieran hacer.

Cuando acabaron se recostaron en el lecho dispuestos a descansar un poco mas, refrenando sus impulsos animales. Durmieron unas horas mas hasta que el sol salió de nuevo por el horizonte bañando el monte con el típico resplandor rosáceo, iluminando cada rincón del precioso valle que a su alrededor se extendía, sacando reflejos de las piedras mas brillantes, haciendo de todo un algo mas bello y armonioso, mas pacifico y tranquilo.

Quizás fuera el sol, o quizás no. Ambos se dieron cuenta de que era también su amor y su compañía lo hacían todo más bello, más inolvidable, mejor. Y así, desnudos, recién levantados de la cama, dieron las gracias por haberse encontrado, por tenerse el uno al otro, por amarse con la pureza del oro, con la fuerza de la madre naturaleza, con el ardor de la llama de una hoguera.

-Te amo Susan. -

-Y yo a ti. Yo también te quiero. -

- Siempre te amaré. -

- Lo se, y yo a ti. -

- Toda mi vida te he buscado, y ahora, no encuentro el momento de escapar de todo esto para permanecer juntos, a solas, en la intimidad... -

- También yo lamento esta situación, pero debemos acabar con lo que empezamos, mi “dios”. – *Dijo Susan en tono burlesco pero a la vez serio.*

Tras vestirse con las ropas de los Batusi que encontraron –ellos ya no las necesitarían mas- dispusieron una energética comida para recuperar fuerzas.

CAPITULO 40:

El ser se volvió de golpe, y se encontró con la antorcha en plena cara. Le abrasaba pero ya no importaba, debía apoderarse de la mujer, cambiar ese cuerpo maltrecho por el de ella. El dolor no le molestaba, el cuerpo solo era un envase. No debía hacerle daño, pues necesitaba intacto el organismo, solo inmovilizarla y destruir con cuidado su alma, no su cuerpo.

Jana se abalanzó sobre él causándole diversas quemaduras en el rostro y en las manos, si eso se podían llamar manos. Luego, con la navaja en la otra mano, lanzó una cuchillada directa a su corazón que impactó con demasiada fuerza rompiendo las costillas. El corazón se deshizo en un mar de espeso líquido oscuro, pero al parecer el ser no lo necesitaba para continuar con vida.

El demodiable, algo confuso por el golpe, se levantó par abalanzarse de nuevo con más inercia sobre Jana.

- Inf, chof, fufh... Nunga pegse que uga dagma fufiera ganga fuegda... Cof, coff... Inf, chof, fufh –

Jana no podía responder, apenas lograba respirar, aquel amasijo de carne la aplastaba e inmovilizaba en el suelo. Había perdido la navaja pero la antorcha seguía en su mano.

Contraataco, le clavó la antorcha en el costado todo lo fuerte que pudo. No dio resultado, ese ser no sentía el dolor.

- Maldito hijo de puta, suéltame. -

- Dangila... Inf, chof, fufh..., no de fagé danio, lo gometo. -

Jana se debatía inútilmente, perdiendo fuerzas y esperanzas y pronto quedó agotada en un charco de sangre ajena, aprisionada por el ser que lentamente también se hacía mas débil.

Para la dominación total de la otra persona, la destrucción de la voluntad y el adueñamiento de su cuerpo, se exigía gran destreza y concentración. Eso le obligaba a relajarse y abandonar el cuerpo para así impulsar su poder con fuerza sobre la otra persona.

Estaba dando resultado, sentía como abandonaba su maltrecho "envase". Se elevó en el aire y, rápidamente, se impulso descendiendo de golpe sobre la cabeza de Jana. Sintió una explosión, un golpe seco y se introdujo en su cuerpo. Empezó a sentir cada célula de Jana. Iba poco a poco tomando posesión de cada parte de su nuevo cuerpo, expandiéndose, adueñándose de él, gobernándolo.

Jana no sintió dolor, no sintió nada. Justo cuando notó que su opresor se relajaba se dispuso para a atacarle pero, de pronto, se durmió. Se sumió extrañamente en un profundo letargo. Desconectó del mundo, regresó a un pequeño y profundo rincón de su mente olvidando que una vez había vivido, que había sido dueña de un cuerpo, que alguna vez lo habitó y gobernó. Ahora solo había sueño, ni dolor, ni hambre. Nada. Ninguna necesidad carnal.

La nueva Jana despachó el ahora inerte cuerpo que la aprisionaba con gran destreza y habilidad, impulsándolo con un empujón, y haciéndolo volar por los aires con su descomunal y nueva fuerza.

Lo veía todo mucho mejor, se sentía fuerte, llena -lleno- de vitalidad y energía. Si, se sentía con fuerza y con ganas de matar al resto de extranjeros. Se sentía capaz de salir al exterior, a la luz que antes tanto temía, pero que ahora con los nuevos ojos y el nuevo recipiente podía desafiar.

- Ya estoy listo maestro, amo, señor. -

“Bien, ve a por los restantes. Mátalos y dame su energía para que pueda completar mi ciclo. Para que me haga fuerte y poderoso”.

- Si mi amo. No tardaré -

Y corrió, ahora cual veloz gacela, grácil y ligera, apresuradamente y sin cansarse. No se detuvo hasta llegar a la boca del túnel, donde la luz diurna relampagueaba cegándole. Pero ya no le tenía aprensión, los ojos actuales podían adaptarse a esa iluminación, y sin pensárselo dos veces salió al exterior inhalando aire puro en vez del pútrido y rancio de las profundidades.

Olió el aire, vio el paisaje. Nunca antes lo había recordado así, pero al divisarlo ahora rememoró una pequeña parte de su pasado. Tan pequeña que apenas significaba algo.

Se acordó de como había matado a un grupo de montañeses para adueñarse de su poder y de su energía, para apropiarse también de un nuevo cuerpo. Recordó como los destrozaba, como asesinaba, y como ellos, indefensos e incrédulos, no hacían nada para evitarlo, ni tan siquiera defenderse, por lo atónitos y asustados que estaban. Volvió a sentir

en su boca aquella sangre, rememoró viejos sentimientos de odio, rencor y placer, aunque no sabía muy bien las situaciones en las que su cuerpo mortal las había sentido.

- Sangre de vida, sangre de muerte, sangre que a mi me da energía.-

Recordó también los casos anteriores, cientos de miles de muertes para lograr su propósito, el de su amo. Lo que nunca recordaba con claridad era la vida de sus víctimas, ya que ésta, aunque almacenada en la memoria, siempre se descomponía como lo hacen los sueños.

- En el olvido se olvida, en el recuerdo se agoniza.-

Pero no recordó como había llegado hasta allí, como o de donde provenía su propia alma inmortal. No recordó cual era su actividad antes de estar al servicio del demoniablo de la oscuridad. Ni tampoco su oficio antes del de guardiablo de la montaña.

Siempre debía haber sido así... ¿Pero, desde cuando?... Él no lo sabía, pero siempre ha existido un principio y un fin. Debía haber algún límite, alguna época en la que el amo naciera - si es que estaba vivo - y en la que el guardián se hubiera puesto a su servicio a cambio, de tal vez, la inmortalidad.

Ya no importaba eso, ni los pocos recuerdos de Jana, ni los suyos propios. Todo estaba a punto de terminar. Su amo estaba casi listo, tan solo necesitaba la energía de los dos extranjeros que él mismo le iba a proporcionarle en cuanto acabara con ellos sorbiéndoles la sangre después de haberles dado su merecido por huir de esa forma, por darle tanto trabajo... por haber desafiado a su amo.

- Si, venganza...-

Si, todo acabaría, y su amo sería entonces el de todo el mundo, extendiendo sus garras sobre la faz de la tierra, contaminando el planeta con su gélido aliento. Todo ello gracias al poder acumulado por los siglos de los siglos. Todo gracias a la sangre de millones de inocentes. Todo gracias a la oscuridad que lo protegía. Y todo también gracias a él mismo, que había permanecido fiel y pronto tendría su propia recompensa.

CAPITULO 41:

Prepararon todos los útiles para derribar la entrada a las catacumbas infernales, al laberíntico sinfin de oscuras cavidades frías y lúgubres. Al mismísimo infierno escarchado.

Los Batussi eran gente humilde, y tras la actuación del guardián no quedaban mas que aquellos dos que acompañaban a Sam y Susan, Bob y Stepen. Y ellos no tenían dinamita, ni nada parecido. Tan solo sus típicas armas blancas, arcos y flechas, y demás útiles que usaban esporádicamente para cazar.

“Será difícil destruir las cuevas sin explosivos. ¿Cómo lo harían?, ¿a martillazos?, ¿amenazándola con cuchillos tal vez?”.- Pensó irónicamente Susan para sus adentras. Pero justo cuando iba hacer un comentario sarcástico al respecto Bob les condujo a la cabaña del jefe.

Allí encontraron de todo, desde armas bélicas de coleccionista hasta una radio portátil a pilas.

- El gran jefe coleccionaba instrumentos modernos en sus escapadas a la ciudad por un conducto al norte bajo tierra que baja fácilmente hasta el pie de la montaña. Cuando esto acabe, iremos por allí. – *Dijo Bob a Sam y Susan.*

- Igual hay algo que nos sirva, algún explosivo, pólvora, crudo, petróleo, o algo así. – *Comentó Stepen mientras buscaba entre los trastos de su jefe.*

Encontraron una lámpara de petróleo, con la que seguramente se alumbraría por las noches. Estaba limpia, impecable y la mecha indicaba que había sido usada recientemente.

- Si hay lámpara, habrá con que encenderla. *–Razonó Susan–* Busquemos el petróleo. Quizás con eso podamos provocar una fuerte explosión que derrumbe la entrada. -

- Esta bien, aquí también hay pólvora. Quizás la utilizaba para hacer munición para esta antigua pistola. *– Dijo Sam, que había encontrado una vieja arma con sus útiles para fabricar municiones.*

- Si, el jefe era aficionado a las armas, seguramente habrá más modernas. *– Dijo Stepen a la vez que sacaba de debajo del colchón un par de semiautomáticas con sus cargadores y balas.* *–Era muy precavido, se protegía como si le hubieran predicho su muerte.-*

- Bien, tenemos petróleo, pólvora y armas, solo falta una mecha o detonador para que prepararemos una bomba bien gorda. *–Dijo Sam planeando ya la disposición de los explosivos en la entrada de la cueva.*

- Podemos utilizar estos barriles para llenarlos de la pólvora, estas latas para el petróleo, y como mecha unas tiras de ropa o telas impregnadas del mismo líquido. *– Calculó Susan.*

- Bien, esto es suficiente, tendréis también mechero, cerillas o algo para hacer fuego, ¿Verdad? *– Dijo Sam.*

- Si, llevaremos este mechero que me he encontrado aquí afuera, cerillas y nuestros útiles para hacer fuego en el caso de que los otros

medios no resulten. Ah, y unas antorchas sin encender por si acaso las necesitamos. -

- ¿De dónde has sacado el mechero? Creo que era de Jake. – *Indagó Sam pensativo.* –Se le habrá caído cuando huimos de aquí, antes de entrar en la montaña. – *Razonó inocentemente.*

- Bueno, repartámonos esto en varias mochilas y en marcha. –*Decidió Stepen, que al parecer estaba al mando.*

Avivadamente, y sin dar mas importancia al mechero y su extraña aparición, se repartieron las cargas en distintas bolsas y sacos que se echaron a la espalda. Cogieron las armas, las antorchas y se pusieron en camino.

Era ya casi media mañana. Debían darse mas prisa si deseaban acabar con todo antes del anochecer. Había pasado día y medio desde que lograron salir, e imaginaban que el demoniablo o su esclavo, el guardiablo, aún no habían tenido tiempo para perseguirles.

Caminaron con firmeza y rapidez, confiados y seguros de si mismos y de la protección que les otorgaba la luz del día.

Consigo llevaban cuerdas nuevas, unos arneses un tanto arcaicos hechos de cordinos y unos útiles de escalada que encontraron, de cuando habían abandonado precipitadamente el poblado al marchar hacia a la montaña. Los nativos transportaban consigo los artilugios con los que acostumbraban a pelear pues las pistolas eran para los extranjeros. Esto se debía a que los Batussi además de que no las sabían usar les daban pánico. Las creían objetos de dioses puesto que mataban con tan solo apretar un trozo de metal.

Nuevamente avanzaron hasta llegar al pié de la primera vertical, afilada como las otras veces pero menos amenazante al haberla escalado ya, y comenzaron la ascensión.

CAPITULO 42:

Todavía quedaban muchas horas hasta llegar al pié de la montaña maldita, como la llamaban ahora en toda la organización. El helicóptero debía descansar, repostar y continuar su largo recorrido hasta el final de su trayecto.

Estaban armados hasta los dientes, llevaban a los mercenarios más despiadados y mejor entrenados en misiones de rescate. No podían fallar.

Lo mas seguro era que la expedición de Susan -así la llamaba él, el dirigente de INIM- hubiera muerto tras una avalancha, un desprendimiento o algo parecido, pero tras escuchar distintas versiones de la misma inquietante leyenda de la montaña, no sabia que creer. Podría haber pasado cualquier cosa.

Estaba preocupado, si simplemente hubiera perecido el grupo al completo las señales personales de los GPS permanecerían en el monitor inertes y fijas. Esta vez habían ido desapareciendo, como si ya no existiera ni tan siquiera el diminuto aparatito que enviaba las señales al satélite.

Bueno, fuera lo que fuese, lo descubriría en unas horas, luego acabaría personalmente con el encargo de MCAPE y volvería triunfal, como siempre, a su poderosa organización. El nunca fracasaba, y su empresa no se permitiría el lujo de hacerlo. Ni de perder a un cliente tan importante, ni la oportunidad del descubrimiento o la patente mundial de lo que hubiera en las entrañas de la tierra a donde se dirigían.

- Si quieres que algo salga bien, tendrás que hacerlo tú mismo.-

Así se lo habían enseñado, y así lo hacía siempre. Y aunque tenía personas de confianza, la voluntad de la naturaleza, no estaba prevista. No era culpa de Susan, sino que se debía haber hecho bien desde el principio. Con todos los recursos posibles, y no racaneando como era costumbre.

Llegaron al aeropuerto de África. Allí descansaron un par de horas, mientras el helicóptero era puesto a punto. Todos se fueron a la cafetería del desdichado aeropuerto, pero él no. Debía investigar sobre quién les había llevado al pie de la montaña, como y por cuanto. La rutina de siempre, más por razones de seguridad que por las económicas.

En poco rato, preguntando, descubrió a Tommi, el viejo piloto, al que interrogó con pasmosa seguridad y delicadeza. Le invitó a unas copas, y en unos instantes ya estaba cantando cual alegre pajarito en un día soleado de verano.

Habló de la misma leyenda que durante el viaje le había contado a Susan. Le relató todo el viaje, la despedida y el trato por el cual tenía que volver a recogerlos mas adelante. En un día y pocas horas para ser mas exactos.

El director de la compañía INIM, no le dijo lo contrario, no le desmintió ni informó de nada. No debía delatar ni posición, trabajo, o misión. Era solo un observador imparcial recabando información hasta llegar al pie de la montaña. Hasta que llegará la hora de actuar.

El helicóptero ya estaba listo. Le habían avisado por radio-talki. Saldrían en unos minutos, y en un par de horas de extenuante vuelo, vislumbrarían la inquietante montaña.

Corrió en dirección al vehículo aéreo despidiéndose apresuradamente de Tommi, el cual quedó muy asombrado por todo lo ocurrido con su nuevo amigo...

- Hasta pronto... ¿Cómo dijo que se llamaba?... No lo dijo, estoy seguro. Qué raro.-

Llegó de una carrera sin apenas cansarse, estaba en buena forma física. Ni siquiera su respiración era entrecortada. Las pulsaciones no pasaron de las 90. Perfecto. Como un roble.

Tras verificar el estado del aparato, el de los pasajeros y los niveles, despegaron con un sordo sonido de fondo. Las hélices rotaban sin cesar creando un ambiente de burbuja, aislándolos de cualquier otro sonido o voz de alarma, por eso tenían que comunicarse entre ellos mismos con los transmisores con los que iban equipados.

En el viaje, comparó con el resto del equipo las versiones de la historia de la montaña. Todas coincidían, todas relataban mas o menos lo mismo. Un secreto, un protector y miles de muertes para quién osaba acercarse. Y el secreto... algo maligno, nadie sabía que era... pero era algo malo.

- ¿Y el protector?-

- ...Inmortal.-

- ¿Y la montaña?-

- Dura, fría y peligrosa...-

Daba igual, ellos no se echarían atrás por una historia de miedo para que los niños pequeños no buscaran aventuras en las afiladas paredes de la montaña. Ellos, hombres valientes, incluso temerarios, no tenían aprensión, ni siquiera se les había pasado por la cabeza el creerse las historias. Eran profesionales.

“Ya vamos, Susan. Aguanta”. Se dijo para sus adentros, confiando en que la suerte de su preciosa amiga la conservase todavía con vida.

CAPITULO 43:

Comenzaron la ascensión por la perpendicular pared. Era más fácil que antes, la conocían, ya la habían sentido y escalado antes...y habían vencido.

Los nativos escalaban con asombrosa facilidad, sin cuerda, al estilo libre, lo que en escalada se denomina "solo integral". Escaló primero Bob, de menor peso, llevando colgada una cuerda de su cintura. Descalzo pues así era su costumbre.

La roca estaba húmeda por el rocío, resbaladiza puesto que el sol no daba aun en esa zona, un poco peligrosa para cualquiera. Pero las ganas que tenían todos de acabar con su trabajo, les impulsaban sin cesar hacia arriba.

Bob resbaló, y patinó unos metros hasta que pudo agarrarse de nuevo a la pared, en un canto romo que sobresalía excesivamente.

Adrenalina, sudor, nervios.

Pronto desaparecerían esos sentimientos y se restablecería la confianza. Era una cosa que siempre pasaba tras una caída, y mas escalando en libre.

- Todo bien, tranquilos muchachos. Solo ha sido una roca suelta.-

Otra vez en marcha, sin poner seguros intermedios, rápidamente puesto que pronto anochecería, y la oscuridad no les convenía.

Al llegar al final del recorrido vertical, instaló una reunión colocando un precario gancho de hierro a modo de pitón encajado en una repisa y lanzó la cuerda tras haber atado

uno de los extremos al ojal del clavo. Ni siquiera habían traído martillo, y para empotrar el clavo hasta su base en la fisura había usado una gran piedra bastante sólida y dura.

La cuerda, era mas o menos nueva. Una pita algo rústica, gorda y áspera. Estaba trenzada a mano y no les causaría problemas. El grosor de la misma y su aspereza les facilitó la tarea de, uno a uno, ascender por ella. De haber sido un poco mas delgada hubieran tenido que subir como la vez anterior, escalando por la pared en lugar de por la cuerda pues al ser más estrechas, flexibles y delicadas no se pueden agarrar bien.

Tras Bob fue Susan, que con el impulso de las piernas en la pared, y trepando por la pita, logró subir sin problemas. Después fue Sam, cargado con las mochilas de los dos, y tras él, Stephen, con su mochila y la de Bob.

Una vez que, no sin esfuerzo, todos subieron hasta la primera repisa, soltaron la cuerda del pitón, dejando el clavo ya instalado para la vuelta. La enrollaron rápidamente y continuaron la marcha hacia la sima, cargándose sus correspondientes mochilas. Ya quedaba menos, una pared más y estarían en el umbral del terror para acabar con el cometido que instintivamente se habían propuesto.

CAPITULO 44:

La nueva guardiana, es decir, el de siempre pero con el cuerpo de Jana, vislumbró pronto la primera bajada. Que podría hacer. Como bajar. Era prácticamente inmortal pero no se lanzaría desde esa altura. Hasta para él cuarenta metros podrían ser mortales. No volaba ni nada parecido así que haciendo acopio de su alma inmortal, ordenó al cuerpo bajar destreando por la pared.

Se basó en la experiencia de Jana, y en la que otras de sus víctimas tenían sobre la escalada, para descender la pared hasta una arista que le conduciría al poblado hacia donde, seguramente, el resto de supervivientes habrían huido. A cada orden le seguía un movimiento preciso, calculado. Cuando apretaba una presa con la mano podía hacerlo hasta que sangraban sus dedos. Tal era el dominio del cuerpo y del dolor. Tal era su fuerza...

Si, tenía razón. Los otros estaban allí. Podía verlos en el poblado haciendo enormes mochilas. Andando cual hormigas insignificantes. Moviéndose sin cesar como pulgas intranquilas.

- El tiempo fue, es y será,

no pasa por ello en vano

pues cuando él esté sano

todo en su sitio estará.- *Recitó.*

Continuó bajando precipitadamente, hasta alcanzar la segunda pared vertical, la cual descendió con la misma seguridad, rapidez y facilidad que la primera. Para ella, bueno, para él, ya no existían sentimientos como el miedo, el frío, o el resto de debilidades humanas. Ya nada le podía influir y alejar de sus decisiones. No tenía prejuicios, ni temores, ni siquiera tenía piedad o sensibilidad alguna. Era un perfecto soldado.

- El fin justifica los medios
aunque todo tenga su precio
y es que aunque haya dios
no dejan de existir los necios. – *Inventó.*

Cuando llegó al poblado los dos nativos y los dos extranjeros estaban entrando en la tienda del jefe. Debía ser esa, pues era la más grande, la más espléndida, y sus adornos superficiales así como la situación en el centro del poblado lo verificaban. A demás, lo había oído casi todo: Sus nombres y sus planes. Aunque no distinguía bien si por medio de sus oídos o de su –amo- mente.

De pronto todos ellos salieron de la choza. Él-Ella tuvo que correr mucho para esconderse. El factor sorpresa era fundamental. No podía enfrentarse a todos a la vez por mucho que fuera su poder. Estaban en campo abierto, a plena luz del día, ellos tenían armas y eran superiores en número.

-¡Mierda!- Se le había caído algo al suelo.

-No pasa nada-. *Se tranquilizó.*

-Estos humanos son tan tontos, ni siquiera se darán cuenta.- *Pensó acomodándose tras una choza quemada y medio derruida.*

Sabía lo ocurrido, lo del fuego y los extranjeros. Este conocimiento se lo debía al poder de su amo. Él se lo contaba todo telepáticamente. Había sido su amo el que de alguna forma manipuló a los Batusi para que atacaran en un principio a Susan y su expedición. Así había conseguido debilitarlos. Y ya quedaban menos. Si, pronto, muy pronto no quedaría ninguno...

- Je jeje, je jeje...- No pudo evitar una risa maliciosa.

“Si se acercan al escondite no tendré otro remedio que atacarles”. Trazó un plan, el cual tras transmitírselo al demoniablo fue aprobado sin dilación. Su jefe confiaba plenamente en él.

“Bien, se han ido para otro lado”. Informó mentalmente. “Un problema menos.”

Debía esperar. En la espera está la virtud. Es, tan solo, el hambre del tiempo. Es, para bien o para mal, un consumo irreversible.

Había estado oyendo los planes del nuevo equipo, ahora formado por los supervivientes de los Batusi y la pareja enamorada. No podían triunfar. Él estaba ahí para evitarlo. Sería fácil luchar contra dos tortolitos y dos simples campesinos...

Ahora es algo personal. Nadie jugaba con su jefe y salía victorioso. Nadie se reía de él y vivía para contarlo. Nadie conspiraría en su contra. Y por supuesto, nadie escalaba la montaña sagrada y volvía para contar su secreto.

Debía matarlos en el camino de ascenso. Debía ser más listo y rápido que ellos.

- Les adelantaré, mi señor. Preparare alguna trampa.-

“Divide y vencerás”.

- Si, amo. Primero...

“Provoca un desprendimiento”.

- Tienes razón, así pensarán que ha sido algo natural y no se percatarán de mi presencia. Será más fácil de lo que pensaba.

“Date prisa. Tienes el camino libre. Ahora...”

Silenciosamente, rodeó el poblado y se situó muy por delante de ellos. Lo suficiente como para que no le vieran y así planear una serie de emboscadas “naturales” hasta llegar a la gruta. Si funcionaban dejaría tan solo a uno con vida. Es lo único que necesitaba para completar el sortilegio su amo y así ser real e invencible.

No había otra manera, y el demoniablo lo sabía. Una última víctima para su señor, las demás para el mismo. Pasara lo que pasara todo acabaría ese mismo día.

Y con estos pensamientos finales se detuvo al margen del camino, junto al acantilado, escuchando el consejo de su superior.

“Prepara una gran piedra y colócala al borde del camino. Cuando llegue el momento suéltasela al mas rezagado”.

Recogió los guijarros, piedras y demás obstáculos que pudieran frenar la gran piedra. Allanó la zona y dispuso una gran roca en el lugar preciso. Seguidamente ascendió por la última pared vertical entre él y la gruta y se colocó en una posición ventajosa. Al alcanzar la cima divisó a lo lejos a sus víctimas, y se apresuró a desencajar otra gran roca que impactaría con la primera.

En el momento en que se disponía a ejecutar el acto las nubes cubrieron el cielo y comenzó una verdadera tempestad. Diluviaba como nunca. Los rayos impactaban en uno u otro punto de la cúspide y caían piedras por todas partes. Unas arrastradas por el torrente de agua y otras por los violentos golpes de los truenos.

Los salientes rocosos se inundaban por doquier eliminando la adherencia y haciéndolos peligrosamente resbaladizos.

- No me detendréis, cabrones.- Gritó a los Dioses en los que extrañamente creía.

“Ahora”.

Sin mas preámbulos lanzó con fuerza la piedra por el borde de la pared, con la certeza –su amo todo lo sabe– de que impactaría en la segunda roca y ésta seguiría la trayectoria trazada previamente hasta el último del grupo.

-Ja, tomar esto-. Aulló, imaginando el impacto.

“Controla tus impulsos”.

- Si amo. Los siento.

CAPÍTULO 45:

Truenos y centellas, relámpagos y chispas. En definitiva... rayos. Una gran tormenta eléctrica. De las más peligrosas por la conductividad del agua y las descargas de alta intensidad y voltaje.

Torrentes de barro y piedras desplazados por el agua. Incluso la escasa vegetación estaba siendo arrastrada. Parecía como si nada ni nadie pudiera detenerlos. Corrían veloces dando vueltas hacia abajo. Hacia la inevitabilidad de la gravedad.

El sol se escondió tras unas negras nubes. El diluvio seguramente mas arriba, en la cumbre, se tornaría nieve, o incluso hielo. La temperatura descendió rápidamente, el suelo se tornó marrón viscoso y comenzaron a caer piedras y pedruscos.

- ¿No habéis oído eso? – Dijo Susan parándose en seco.

- No, a no ser que te refieras al último trueno. ¿Y vosotros?– Respondió Sam, el más cercano por delante a Susan, según el orden de ascensión estipulado.

- No, yo no he oído nada fuera de lo normal. – Contestó Bob.

- No, yo tampoco. – Negó justo antes de percibir con los cinco sentidos una gran columna de piedras que venía directamente hacia ellos.

- Agarraros a la pared. – Gritó alguien al tiempo que se echaba a un lado aferrándose a algo sólido.

- No dejéis de luchar, y sobre todo, no os arriméis al borde del risco. –

Chilló otra mancha mas adelante.

Y todos al mismo tiempo, fuertemente y sin piedad, fueron golpeados por diminutas rocas. Estas habían sido arrastradas por la tormenta y por una piedra de gran tamaño que peligrosamente se abalanzaba desde lo alto de una pared sobre ellos.

- O alguien quiere evitar a toda costa que alcancemos la cima, o esas piedras eran teledirigidas. – *Bromeó Susan comprobando que sus compañeros estaban a su lado.*

- ¡Falta Bob! ¡Bob! ¡Bob!– *Gritó desesperado Stepen, echando en falta a su mejor y único amigo Batussi.*

- ... Estoy... aquí... – *Susurró el herido. – Aquí abajo... Necesito ayuda... – Se esforzaba por gritar, pero el dolor en el costado y la fuerte contusión en la cabeza se lo impedían.*

Había caído por el borde derecho del camino aterrizando fortuitamente un par de metros mas abajo en una pequeña repisa donde con gran dificultad pudo asirse. Y ahora, aun a riesgo de caer, soltó una mano para lanzar su pesada mochila al vacío y poder adentrarse mejor en el saliente. De lo contrario, entre la humedad, el peso y la escasa visibilidad, habría caído sin otra suerte que la de acabar aplastado al pie de la montaña, a mas de dos mil metros por debajo de aquel saliente.

Gracias a la mochila que amortiguó el golpe no se había herido, pero debido a la contusión y a la impresión se desmayó.

Al despertar sangraba de una pequeña herida en la coronilla, donde le había alcanzado una piedra, pero por dentro, todo estaba en orden.

- No puede ser. ¡Bob! ¡Bob!. – *Al borde de la histeria Stepen que había dejado atrás su mochila y empezado a descender por el camino húmedo y resbaladizo gritando como un poseso.*

- Nos hemos quedado de nuevo solos. – *Comentó Susan, en pie de nuevo, ayudando a Sam a cargarse la mochila de Stepen.*

- Si, es verdad, pero esta vez vamos armados y con luz, mucha luz. Stepen sabe cuidarse solo así que sigamos ascendiendo, aquí corremos todavía peligro. A demás, si la pólvora o las antorchas se mojan, no nos servirán de nada. -

- Si, y gracias a que Bob no llevaba el petróleo, que si no... –

Ascendieron cuidadosamente, encordados el uno al otro puesto que el camino era ya un barrizal, y las paredes resbaladizas vertientes de frías lenguas de agua.

El afilado risco por el que se desplazaban cada vez mas despacio estaba poco a poco en peores condiciones. Comenzó a descomponerse, se desprendía y caía al vacío, hacia la nada. Tuvieron que andar aun más lento conforme se acercaban a la cueva, pero el camino era casi impracticable.

De pronto un fuerte estruendo y el suelo bajo sus pies cedió. Se había debilitado el pequeño saliente deshaciéndose en miles de piedrecillas en el que se encontraban debido a la torrencial lluvia.

Cayeron. Ambos se miraron, quizás buscando un último intercambio de miradas, o pidiéndose ayuda mutua.

Tal vez tuvieran suerte. O tal vez fuera el fin.

Sam logró aferrarse a la pared casi al instante. La cuerda que les unía se tensó, y Susan quedó colgando. Sam soportó el fuerte tirón producido por la cuerda anclada a ambos arneses. Logró mantenerse agarrado a la roca a pesar del dolor en los brazos.

Con esto salvó, de momento, sus vidas, pero ahora había un nuevo problema. Él así aferrado a la roca y con el peso de Susan no duraría mucho. Pronto se cansaría y los dos caerían esta vez sin salvación.

Buscó rápidamente en su arnés un pitón, un friend o algo con lo que asegurarse a la pared que por momentos se hacía más escurridiza y fría. No encontró más que un miserable cordino y eso no le servía ahora, no lo podría usarlo a no ser que hubiera un puente roca, o sea, un agujero en la roca que volviera a salir creando un sólido anillo de piedra.

Tanteó la roca aferrándose ahora solo con una mano en busca de un pequeño agujero. Nada, todo liso, húmedo y resbaladizo.

- Susan. Susan. ¿Estás bien? – Gritó mirando al vacío sin ver más que una niebla espesa creada por una película de agua.

- Si, estoy bien pero no te veo. – Respondió. Y su voz sonó tan cercana pero distante, tan valiente pero temerosa...

- No te preocupes. ¿Puedes asirte a la pared para que yo busque algo para asegurarnos? – Interrogó preocupado por la vida de ambos.

- No, estoy en una especie de desplome, y no alcanzo la roca. – *Contestó Susan, colgada sobre el vacío enfrente de un desplome que rompía la verticalidad del muro.*

- Bien, balancéate e intenta agarrarte a algún sitio. Si lo consigues, yo podré ascender a un lugar seguro y te izare con la cuerda. -

- No, el movimiento te tirará aun mas de la cuerda y caerás. -

- No tenemos otra solución. -

- Si, cortare la cuerda y así tu podrás subir. Yo te he metido en esto, y yo te sacaré. – *Susurró entre el llanto sacando un cortaplumas del bolsillo.*

- No, no voy a perderte así. No. Ni se te ocurra. – *Gritó con lágrimas en los ojos. - ¡Susan! ¡Susan! -*

Estaban calándose hasta los huesos, y esta humedad no era nada positiva para este momento. Sam comenzaba a sentir que se resbalaba. Sentía sus manos entumecidas y mucho dolor en los brazos y en su corazón. Susan hablaba en serio. Iba a darle la vida. Se mataría por él. Y lo peor de todo, él no podría hacer nada por evitarlo.

“Estoy colgando de una cuerda. Acabaré por matar a Sam.” Pensaba sin cesar agarrando con la mano una navaja afilada. “Si no hay mas salida la cortaré.” Esa cuerda que les unía a los dos y que les unía a su vez a la vida. “No quiero morir ahora que podía haber empezado una nueva vida, ahora que había encontrado amor.”

De pronto, otra sogá cayó del cielo. Venía desde alguna otra repisa que no lograban divisar por la columna de agua que caía.

- San, Susan. Agarraros a la cuerda. – *Gritó alguien desde el cielo, desde el techo del mundo.*

- Es Stepen, ¡Susan Agárrate a la cuerda! –

- Esta bien, pero ata primero la cuerda a tu arnés para que no podamos caer. – *Dijo calculadoramente Susan.*

Dicho y hecho. En unos instantes, Susan era izada rápidamente y tras unos instantes Sam también.

Stepen había regresado tras no encontrar a su hermano. Lo había buscado por la pared, había descendido hasta casi los mil metros por un estrecho conducto que era una chimenea natural. Pero no había dado con él, ni con nada suyo. Tan solo alcanzó a ver como una mochila caía al vacío y se perdía en la niebla.

Les había oído y se apresuró a ayudarles. Instaló tal y como le habían enseñado un clavo en la pared, un pitón primitivo, y desde ahí les había lanzado la pita.

Los dos le abrazaron efusivamente. Ya pensaban que les había abandonado para siempre.

- No he encontrado a mi amigo.- *Sollozó.*- Pero llegué a tiempo para encontraros... Me alegro al menos de eso.

La lluvia se torno nieve. Y todo a su alrededor se tiñó blanco. Podría ser hasta bonito en cualquier otra situación, pero en esta tan solo suponía mas dificultad, mas riesgo, y menos tiempo.

La niebla fue dando paso a la oscuridad del crepúsculo. Lo que antes era azul ahora no era más que una pequeña mancha negra, y reflejo de la luna apenas creaba sombras allá donde mirasen.

Decidieron hacer un alto. Cambiarse la húmeda y fría ropa por una mas seca que llevaban en las mochilas. La adrenalina producida por la tensión de la aventura ocurrida comenzó a disiparse de sus venas y el cansancio hizo mella en ellos. Solo podían descansar y esperar que no se produjeran aludes ni caídas.

Decidieron vivaquear a esa altitud no les daba tiempo de regresar y se les haría tarde. En verdad seria una tontería volver y continuar desde abajo el próximo día. Así pues, se aseguraron a la pared y se acurrucaron en una repisa lo suficiente cómoda como para pasar unas horas, hasta que amainara o amaneciera. Se arroparon con una especie de saco de dormir que tenía Stepen para no perder el poco calor corporal e hicieron turnos de guardia. No querían ser sorprendidos por otra lluvia de piedras o por cualquier otra cosa, natural, o no.

“Mañana. Mañana será otro día. Quizás haya más suerte.” Pensó Susan antes de dormitar durante un par de horas.

CAPÍTULO 46:

- Todo va bien, mi señor. He conseguido eliminar a uno. – *Comunicó.*

Estaba ilusionado con su nuevo cuerpo que le respondía perfectamente. Y con su logro, porque veía que poco a poco vencería a los extranjeros. Su futuro, tras cumplir al fin la misión que una vez alguien –o algo- le encomendó, tras alimentar por última vez a su amo, sería convertirse en la mano diestra del dominador del mundo entero conocido.

Se desharía del otro nativo y de uno de los dos tortolitos, y conduciría al restante a la guarida de su amo. Allí su amo se ocuparía del último ritual, y de esta forma, el quedaría libre para vivir a su antojo con un gran cargo en el nuevo régimen establecido. No quería nada más, tan solo ser libre y descansar, comer como todos los demás y conocer mundo. Ya no podía seguir escuchando más aquella voz dando órdenes en su cabeza. Ya no deseaba ser un sirviente. Ja, como si alguna vez lo hubiera deseado. Sería jefe... Si.

No recordaba su pasado, y de nuevo se hacía preguntas porque no podía soportar la soledad, la ignorancia. De pronto estaba desmoronándose.

- No lo entiendo, todo va bien... ¿Qué me pasa? Ya está, cuando todo acabe, le preguntaré a mi amo. Él si sabrá sobre mi pasado... y sobre mi futuro – *Dijo ilusionado.*

Ya anocheecía. Era hora de preparar algo para ese último nativo o para uno de los acarameladitos. Había contemplado como los extranjeros habían sido salvados por el

llamado Stepen. De no haber sido necesaria su actuación ya lo habría matado pero gracias a él Sam y Susan estaban vivos y podría disponer de uno para ser entregado a su señor.

Esta vez lo dejaría todo bien planeado de forma que solo resultara muerto Stepen. No debían morir los otros dos por si acaso. Eran muy necesarios, al menos uno de ellos, pero no quería correr ningún riesgo pues suponían su pasaporte a la libertad y el de su amo al poder. Así que se llevaría a los dos a la morada del mal para que su amo dispusiera de uno de ellos y el otro sería para él mismo.

CAPÍTULO 47:

A la mañana siguiente, cuando aun no había salido el sol y la escarcha se condensaba en su ropa, Sam, el último en los turnos, despertó al resto.

- ¿Esta todo en orden? ¿No tendréis congelaciones, verdad? – Interrogó temeroso de que durante la noche la temperatura hubiera causado daños.

- No, yo estoy bien. Ni siquiera he pasado frío. – Respondió Susan a la vez que se palpaba las manos y los pies para comprobarlo.

- Yo también estoy bien. – Dijo Stepen, con cara de preocupación. Aun recordaba a su amigo, Bob. Y aun tenía esperanza de encontrarle con vida.

- En marcha. Hoy tampoco hace muy buen día, pero lo conseguiremos. – Dijo Sam colocándose la mochila en los hombros y besando a Susan.

El cielo no estaba despejado y aun amenazaba con caer una buena tormenta. Hacía mucho frío y todo a su alrededor estaba congelado. La nevada del día anterior adornaba la montaña con una blanca túnica. La escarcha formaba gráciles figuras e incluso colgaban estalactitas de hielo por los desplomes de la pared.

De momento no había peligro de aludes, ya que el sol no aparecería y por lo tanto no se produciría el deshielo que es el que los produce. Así que debían avanzar deprisa aprovechando el tiempo.

Se pusieron en marcha una vez más. Caminaban muy despacio, tanteando cada presa, pisando varias veces antes de echar el peso sobre el helado suelo. A esa altura, un resbalón podía ser fatal. No se podían permitir ningún accidente más.

Iban encordados entre ellos, y ascendían con unos crampones rudimentarios que habían fabricado los Batussi. Se trataba de unas puntas metálicas enganchadas a una plataforma de cuero que se ataba a las botas. Con ellos corrían menos riesgo ya que se clavaban en el hielo impidiendo que patinasen al vacío.

Sam abría el camino como experto que era. En su mano llevaba otro de sus piolets con el cual tallaba peldaños y agarres en el duro hielo que ahora recubría gran parte de la roca para que el resto de la cordada subiera mas fácilmente. A demás le servia como apoyo y anclaje en el caso de clavarlo en la nieve.

Progresaban lentamente, pero en seguida cogieron ritmo. Susan iba tras Sam, y aunque no hablaban mucho, con la mirada se lo decían todo. Stepen, el último de cordada, llevaba un bastón improvisado con el cual se aseguraría en el caso de caída clavándolo en la blanda nieve hasta llegar a la roca tras traspasar el hielo.

Los tres continuaron ascendiendo, y lo antes fácil se hacía cada vez mas difícil a causa de la nieve en polvo que les cubría casi hasta las rodillas impidiéndoles progresar con normalidad.

La nieve había tapado la entrada de la gruta, y al principio no lograron reconocer el terreno. Luego, tras divisar el panorama, y reconocer el lugar decidieron que por fin habían llegado.

Solo había un problema. No encontraban la abertura por ningún resquicio de la pared y ayudados por los bastones, tantearon la capa superficial de nieve que se había adherido a la roca, en busca de la entrada.

- ¡Aquí!, ¡Aquí la nieve se hunde! – Gritó Stepen del cual salían carámbanos de la nariz dándole un aspecto muy cómico.

- Excavemos entonces. – Respondió Sam, el cual también tenía largos carámbanos en la espesa barba que día a día había poblado su cara.

Hasta Susan tenía carámbanos en la barbilla y en la nariz. Pero pronto se desharía lo crecido en la noche, gracias al cálido sol y a la mejora del tiempo que Stepen había previsto para esa misma noche.

En el regreso –si regresaban- debían entonces tener mucho mas cuidado. Habría peligro de avalanchas, desprendimientos y desmoronamientos de cornisas de hielo y nieve a las que seguramente se habrían adherido piedras y rocas de diferentes tamaños.

Cuando Sam y Susan se acercaron para ayudar a Stepen a cavar, este desapareció de golpe en el pequeño agujero horadado en la nieve. Fue muy súbito. De pronto estaba y luego ya no. Algo se lo había tragado. Algo lo había cogido y atraído hacia las entrañas.

Todo se repetía. De nuevo a penetrar en las oscuras profundidades donde seguramente se perderían y morirían a manos de aquel guardián. ¡Que bien que le había salido todo a aquel siniestro y sanguinario ser! Como sabía que ellos no abandonarían a un amigo a manos de nadie.

- ¡Stepen! – *Gritó sin más contestación que el silencio y el eco de su propia voz.* –

No. No volveré a entrar en ese sitio. -

- Debemos liberar a Stepen. Vamos, encendamos una antorcha si aun es posible.

Mientras se disponían a rebuscar en la mochila una iluminación, algo se movió dentro de la pared de hielo. Surgió una mano, luego un pie y después un cuerpo entero.

Era Stepen, fuera lo que fuera lo que le había cogido, le había soltado.

Stepen rió y a sus ojos regreso un brillo de esperanza. Tras él, con dificultades salió Bob. Era un Bob helado, aterido de frío, hambriento, pero vivo.

Bob se había guarecido de la tormenta de la noche anterior en ese lugar. Después de haberse caído en la otra repisa, quedo inconsciente. Pero mas tarde, el frío y el hielo lo despertaron.

Allí, en la estrecha y peligrosa cornisa no podía quedarse, debía ascender o descender en busca de un refugio. Se imaginó que los demás habían seguido ascendiendo y comenzó a escalar en su busca por las afiladas paredes. Con el empeoramiento del tiempo se perdió y estuvo vagando con fuertes convulsiones e hipotermia hacía la entrada de la cueva sin saberlo.

Sin darse cuenta, sin apenas distinguir el camino por la niebla y la nieve, pasó cerca de donde ellos estaban pasando la noche y continuó andando a pesar del viento y del frío hasta la cavidad donde exhausto. Allí se resguardó del helado aire y la blanca nieve y se durmió. Cuando despertó por el ruido de alguien escarbando, se dio cuenta que por la noche,

la nieve había taponado el agujero. Y al ver unas manos, supuso que serían las de sus amigos, o las de algún posible rescate, y se aferró desesperado a ellas, como su única esperanza de vida.

- Toma, Bob, ponte algo seco. – Dijo Susan, sacando una camiseta y un jersey de lana que llevaba de repuesto.

- Muchas gracias. No tengo palabras para describir lo que siento. – Respondió Bob muy agradecido por estar vivo y con sus amigos. Había vuelto a nacer.

- Ven, metete en el saco para que recuperes el calor. – Continuó Stepen cediéndole su saco de dormir, aun húmedo por fuera debido a la nieve y el hielo de la noche anterior.

Bob se introdujo en el saco y se tendió en la entrada, ahora despejada de nieve, de la gruta. Allí, al calor del tímido sol que no se atrevía a aparecer del todo por entre las nubes, se durmió. Durmió y durmió, más debido al trágico suceso en sí que al propio cansancio de su cuerpo. Era su mente la que necesitaba reposar.

Entre tanto, los otros dispusieron no entrar en el interior de la montaña pasara lo que pasara. El plan estaba claro. Volarían todo por los aires taponando para siempre aquel laberíntico lugar.

Comenzaron a recontar lo que habían conseguido traer hasta allí. Mas que nada para verificar lo útil y lo que se había humedecido, a pesar de las precauciones tomadas, debido al hielo derretido que había penetrado por las costuras de las mochilas.

De todo lo que habían llevado, uno de los botes de pólvora estaba húmedo. La tapa del barril no era del todo estanca, y por una minúscula grieta había entrado la nevisca. Otro de los botes de pólvora había desaparecido junto con las antorchas y a demás de esto las cerillas estaban mojadas. ¡Oh discordia!

- No es posible, las cosas no deciden marcharse por si solas. – *Razonó Susan.*

- Tienes razón, y si todos hemos tenido cuidado de no perder nada, hay alguien mas con nosotros en la montaña. – *Susurró Stepen, mirando a su alrededor en busca de indicios como pisadas o huellas en la nieve.*

- No vamos a encontrar nada. – *Dijo Sam, que había adivinado el pensamiento de Stepen.* – La tormenta habrá borrado todas las posibles pistas.

De nuevo... oh discordia...

CAPITULO 48:

Las cosas no estaban saliendo como el esperaba. Si bien había logrado despistar a los dos nativos, estos habían regresado milagrosamente intactos cada uno por su lado. Fracaso en el intento de matar a uno de ellos, que regresó herido a través de la tormenta gracias a su fuerza de voluntad, y el otro no se extravió al buscarle como había imaginado.

Esto no podía ser. Nadie sobrevivía a una tormenta como la de anoche. Quizás es que estaba condenado a fracasar.

“¿Has acabado ya con tu cometido?”

- No mi señor, pero estoy en ello. -

“No quiero mas fracasos”.

- Está bien, no te preocupes, yo mismo acabaré con ellos. -

No había llegado hasta donde estaba por descuidarse. Por si acaso les había arrebatado un poco de su material explosivo, e inutilizado el resto de objetos peligrosos.

Con el explosivo y las antorchas les prepararía una pequeña sorpresa, un fogonazo de luz que como mínimo les dejaría ciegos al menos por unos instantes. Entonces él mismo lanzaría a los nativos por el acantilado, luego se escondería y esperaría a dejar fuera de combate a los extranjeros.

“Se paciente. La noche será tu aliada.”

- Si, no habrá luna y podré moverme entre las sombras con facilidad.-

Hasta entonces provocaría aludes y desprendimientos con el fin de distraerles para que se adentraran de nuevo en los laberínticos túneles. Con un poco de suerte, alguno saldría despedido por el barranco o sería sepultado por la nieve.

Y con los planes trazados, salió de su escondite. Una pequeña excavación en la nieve donde se había enterrado para pasar la noche.

Ascendió sigilosamente por la ladera opuesta para situarse por encima de sus enemigos. Era algo personal. Los mataría a todos por el puro placer de hacerlo.

“A todos menos a uno”. Recordó su amo.

- Si, tienes razón, a todos menos a uno. -

Parecía una mujer de las nieves, cubierta por una capa de nieve y hielo adherida a su pelo, rostro y ropa. Solo se veían sus ojos, ahora de un color tan claro que parecían blancos. Se confundía a la perfección con la mismísima montaña y nadie se hubiera percatado de que estaba a su lado si se quedaba inmóvil.

Ascendió rápidamente hasta el lugar escogido. Una formación rocosa, cercana al pico, desde donde podría atacar. Se sentía poderoso, podía modificar a su antojo toda la geografía de la montaña con el simple y mero hecho de tirar una piedra. Pues esta caería arrastrando la nieve y a otras semejantes hasta formar un terrible alud.

CAPITULO 49:

Susan y el resto del equipo seguían sin encontrar solución a sus problemas. Acababan de preparar una frugal comida, fría, rápida y escasa a base de alguna raíz que conocían los Batussi.

No podían pasar mucho más tiempo allí, se estaban quedando muy fríos y podían morir bajo el peso de un alud, o de algo peor...

- Comencemos a preparar un buen derrumbamiento. – *Dijo Sam, inquieto, con muchas ganas de acabar.*

- No dará resultado, no tenemos material suficiente, y la cueva es muy ancha. – *Susurró atemorizada Susan al calcular la posible explosión.*

- Aunque si encontráramos un lugar más estrecho... – *Comentó Stepen.*

- No, no entraremos otra vez. – *Negó Sam.*

- Pero es nuestra única posibilidad, no podremos volver a subir, se acerca el tiempo de lluvia. – *Defendió Stepen la alocada decisión.*

- Podemos entrar, haremos antorchas, y cuando encontremos un buen sitio, colocar todo y largarnos. – *Planeó Bob.*

- ¡Cuidado!, esas rocas vienen directas hacia nosotros. – *Chilló Sam.*

El resto, fue pura confusión. Ruidos, golpes, empujones...

Rápidas, fugaces y mortales, las rocas pasaron rozándoles, arañándoles, silbando en sus oídos. Tal fue el peligro, que se vieron obligados a penetrar en la cueva, al resguardo del torrente de piedras.

- Sam, Stepen, Bob, ¿estamos todos? – *Inquirió Susan, buscando en la oscuridad a sus amigos.*

- Yo estoy, pero no veo a Bob ni a Stepen, creo que iban detrás de mí. – *Contestó abrazando su cuerpo, rozando sus labios, acariciando su pelo.*

- Otra vez no, no puede ser que nos vuelva a ocurrir lo mismo. – *En su voz se distinguía un tono de angustia, y este retumbaba en las paredes, perdiéndose en lo hondo de aquella garganta de piedra.*

- No te preocupes, tal vez se refugiaron en otro sitio. – *Consoló Sam, aunque en el fondo, sabía que no era cierto.*

- Sam, ¿y las mochilas? -

- Creo que las vuestras se quedaron fuera, pero yo llevo la mía. – *Contestó Sam, que en el momento del desprendimiento se estaba poniendo la mochila al hombro para evitar que se humedeciera el fondo al apoyarse en el suelo.*

Las rocas comenzaron a caer más intermitentemente, hasta parar. Solo entonces fueron capaces de mirar al exterior en busca de Bob y Stepen, en busca de las mochilas, en busca de la salvación.

No había nada de lo que hace unos momentos habían dejado atrás. Las rocas grandes, pequeñas y enormes lo ocupaban todo. El paisaje al completo había cambiado. Ni rastro de nadie. Ni una pista de las mochilas. Ni pizca de vida.

- Ya no hay esperanza. Quien quiera que haya provocado esto, ha logrado su propósito. – *Dijo Susan con la voz convertida en un lamento.*

- Tú no puedes saber si este desprendimiento fue natural o debido al hombre. Quizás fuera tan solo el deshielo. – *Comentó para tranquilizar a Susan.*

- No, es aquel ser, el guardián. Nos persigue con un propósito. Nos matará, no parará hasta matarnos. – *Comenzó a llorar, desconsolada y sonoramente, mas debido a la impotencia que al propio miedo interior.*

- Calma, calma pequeña. No te preocupes. Busquemos las mochilas antes de que se haga de noche y acabemos con esto. – *Le acariciaba, le besaba y le abrazaba para calmarla. Le susurraba al oído, le rozaba el pelo con las manos, le protegía.*

Comenzaron a retirar piedras más o menos por el lugar donde momentos antes estaban situados. Se esperaban lo peor. Se imaginaban un brazo o una pierna colgando inerte entre las rocas.

Pero no.

No encontraban nada, habían estado buscando prácticamente toda la tarde y nada. A punto estaban de desistir cuando por fin, apareció una correa. Al tirar de ella salió una

mochila, y por el hueco divisaron la otra. Tan solo una profunda decepción por no haber encontrado los cuerpos, con o sin vida de sus amigos.

No les habían encontrado ni les encontrarían jamás. Habían perecido, de eso estaban seguros, pero... ¿Cómo?, ¿Por qué ellos?

Nada tenía ahora sentido. Los dos nativos, Stepen y Bob, habían muerto, seguramente se habían caído ya inconscientes por el risco que delimitaba el saliente donde estaban.

- ¿Qué hay en la mochila? – *Preguntó intrigado.* – Es una suerte que no haya salido despedida al vacío. -

- Parece que son los botes de pólvora, cerillas y las armas de fuego. Esto si que es una suerte. - *Contestó sorprendida.*

- Bueno, solo tendremos una oportunidad, entrar, colocar las cosas y salir. La explosión no será muy grande, pero si la zona es lo suficientemente estrecha... – *Conjeturó una vez mas Susan, con la precisión de una especialista.*

- Adelante, cuanto antes mejor. Pero es mejor que no vengas. Yo mismo lo haré, no deseo que te ocurra nada. Quédate aquí fuera. -

- No, Sam, yo te metí en esto, y estaré contigo hasta el final. -

Se fundieron en un ardiente beso, ignorando el fatal destino, increíblemente tranquilos para el futuro que les esperaba. Sin sentir, que una mirada de maldad, de rencor, de odio, les observaba desde lo alto.

CAPITULO 50:

Si, lo había conseguido. Había reducido el grupo a dos, y en las entrañas de la cueva lo dejaría finalmente en uno, para su amo.

La sorpresita que tenía preparada ya la usaría mas adelante puesto que se había deshecho de los dos nativos de golpe.

- Señor, ya entran, prepárese. -

“Esta bien, muy bien”.

- Entraré tras ellos, les seguiré y eliminaré al primero que pueda. -

De pronto cayó al suelo, agarrándose la cabeza con las manos y gritando.

- ¡Me duele, me duele! - *El grito desgarrador de agonía retumbaba en las montañas próximas.*

Se debatía, en su interior se debatían dos almas por el control del cuerpo. Nunca antes le había ocurrido. Cuando él se apoderaba de un cuerpo, asumiendo la totalidad de las funciones, nunca el dueño real se había revuelto, intentando echarle.

- Déjame. ¡Déjame!- *Gritó el guardián, con una voz poderosa, totalmente inusual en el cuerpo de una mujer.*

- ¿Qué ocurre, qué esta pasando? – *Por fin había despertado la autentica Jana. Era mentalmente más fuerte que el resto de personas normales y tenía alguna posibilidad de destruir desde dentro al invencible guardián.*

¿Qué podía hacer él ahora? No podía echarlo todo a perder por una estupidez. Lucharía encarnizadamente si era necesario. Sería un combate mental desigual pues él tenía mucha experiencia y más poderes...

- Necesito ayuda, no se que me esta ocurriendo. – *Gritaba de nuevo Jana, que ignoraba lo sucedido.*

- Cállate, puta. Harás lo que yo te diga. -

- ¿Quién habla?, no puede ser. -

- Si, estoy en tu cuerpo, y ahora dormirás un rato, hasta que yo haya completado mi misión. -

- No pue... – *Comenzó Jana, pero fue lo último que logro articular antes de que el guardián se hiciera mas fuerte y la acorralara de nuevo en un rincón de su mente bajo el peso de un sueño fulminante.*

- Todo controlado. -

Y con la cara descompuesta por el fuerte esfuerzo de la lucha mental, comenzó a descender hacia la cueva. El camino era muy empinado, lleno de gravilla y de nieve en polvo. Pronto comenzó a sudar, debido al peso de los útiles robados y al calor que emanaba su propio cuerpo.

El sol se escondía ya por el horizonte, dejando ver sus reflejos naranjas en la tibia nieve. Nieve que pronto no estaría si continuaba el buen tiempo pero pronto caería la noche, envolviéndolo todo en la oscuridad, enfriando de nuevo el ambiente...

Y no habría luna esta noche.

La entrada era ahora más siniestra que nunca, una boca enorme con estalactitas y trozos de roca caídos por dientes. Un paso más hacía el futuro negro y sangriento, hacia la dominación.

“Date prisa, se acercan dificultades”.

- Tienes razón, los oigo a lo lejos. -

....

- Estamos cerca, señor director. – *Dijo un piloto.*

- Aprisa, presiento algo. –

....

CAPITULO 51:

Habían hecho con un palo encontrado a la entrada de la cueva y un trapo mojado en petróleo una rudimentaria antorcha. Y ahora se dirigían cautelosos, agarrados de la mano, por el único pasaje inicial hacia un lugar apropiado. Si encontraban una bifurcación estaban perdidos pues debían destruir la entrada a las profundidades y no podían equivocarse.

Todo el principio del largo y oscuro túnel parecía demasiado grande, demasiado sólido. No se derrumbaría con tan solo la pólvora que llevaban. Era preciso encontrar un sitio mas estrecho, más pequeño y más frágil.

Pronto comenzarían las ramificaciones y sería imposible taponar todos los túneles.

Echaban de menos algo, el sonido incesante de la última vez que estaban allí. Aquella respiración gangosa y burbujeante.

-No está, Sam, el guardián salió tras nosotros. – Dijo aliviada.

-Si, fue él el que nos lo puso difícil ahí fuera. Ahora ya da igual, parece que no anda cerca. – Dijo, inocente y confiado.

-Tengo miedo, creo que no lo lograremos. -

- No te preocupes, Susan, lo conseguiremos. Te quiero y no dejare que te pase nada. – Consoló Sam, animándola a seguir adelante.

- Yo también te quiero, Sam. Temo por nosotros, siento que no saldremos de esta. – *Su voz temblaba, estaba a punto de llorar.*

Se habían detenido en una curva que giraba en ángulo recto a la izquierda. Se abrazaron y se besaron durante un instante. Luego, más calmados y con más esperanzas, continuaron el angosto camino, con la pobre y escasa iluminación que les daba la precaria antorcha.

Tras muchos recodos, pasajes, y galerías poco apropiadas encontraron el lugar perfecto para la detonación, justo a unos pocos metros de la primera bifurcación.

- ¡Que suerte! aprisa montemos los explosivos y salgamos cagando leches de aquí. – *Dijo Susan, quitándose la mochila y sacando los útiles que les restaban.*

- Esta bien, toma, aquí está todo el petróleo que tenemos. – *Susurró Sam, cediéndole un pequeño bote estanco, casi por la mitad debido a lo consumido por la antorcha.*

- Bueno, pondremos por el suelo de la gruta la pólvora, y el petróleo como mecha. – *Moviéndose sin cesar, como si siempre se hubiera dedicado a eso mismo.*

- No me gusta ser cotilla, pero dada nuestra situación... – *Comenzó Sam.*

- Me querrás preguntar si esto ya lo he hecho antes. ¿Verdad? -

- Si, me parece que no me lo has contado todo sobre tu pasado. -

- Ya habrá tiempo para eso, ahora, por favor, ayúdame. -

- Vale. -

- ¿Tenemos munición?, necesitamos mas pólvora. -

- Aquí esta toda, pero no creo que debamos gastarla toda. -

- Es verdad, guárdate la mitad y cárgala en las armas. El resto de balas desmóntalas y dame la pólvora, la necesitare -

Rápidamente, mientras Sam cargaba las armas, Susan terminó de colocar las cargas en las bases laterales de la pared, de esta forma, al explotar, romperían el único apoyo del techo, y éste caería cerrando la entrada. Extendió el petróleo por el suelo, desde las cargas hasta que se le acabó, a unos cuantos metros de allí.

“Con esta distancia bastara”. Pensó, calculando el tiempo que necesitarían para salir de allí y ponerse a salvo.

- Esto esta listo, Susan. ¿Cuándo empiezan los fuegos artificiales? –
Susurró Sam, cargando al hombro las armas con su viejo cinturón.

- Estate listo, a la de tres prendo la mecha y salimos corriendo, procura no tropezar. –

Ambos se colocaron en posición, cara a las cargas pero lo mas alejados posible, cuando de pronto, a sus espaldas, se oyó una pequeña detonación y se vio un fuerte resplandor amarillo rojizo que les cegó momentáneamente.

- ¿Qué ha sido eso? – *Inquirió Sam mirando fugazmente a Susan para comprobar que se encontraba bien. Se puso un poco nervioso y empuñó una de las armas.*

- No lo se, pero debemos darnos prisa. – *Dijo aceleradamente Susan, imaginándose quien y con que había hecho ese ruido.*

Casi tan rápido como un rayo, apareció una ola de fuego, fugaz pero mortal si les impactaba de lleno. Los dos se abrazaron y se echaron al suelo para evitarla.

El fuego, aunque ya se había extinguido, provocó una corriente de aire que apagó la antorcha. A demás había consumido bastante oxígeno y apenas podrían respirar ya que no había apenas ventilación para regenerar el aire.

- Debemos caminar agachados, por abajo aun hay aire frío y se puede respirar. – *Dijo Susan, que parecía una experta en el arte de la guerra.*

- Tenemos que encender el petróleo antes de que se seque, sino no podremos hacer explotar la pólvora que hemos preparado. – *Y seguidamente buscó el mechero que había encontrado en el poblado.*

- Yo no tengo cerillas, ¿se mojaron, recuerdas? -

- Aun tengo el mechero de Jake. – *Y por fin, sacó una forma rectangular de su bolsillo.*

Estaban a oscuras una vez más, y tan solo por el contacto sabían que estaban juntos. Una y otra vez probó a encenderlo.

Chigs, chigs... Chigs, chigs...

- No prende, debe estar húmedo. – *Dijo Sam al tiempo que agitaba el zipo como si eso le sirviera de algo.*

- Déjame a mí. – *Pidió apresuradamente Susan. El guardiablo debía estar acercándose por su espalda, lo presentía.*

Agarró fuertemente el mechero y lo golpeó bruscamente contra la roca haciendo saltar chispas hasta que prendió.

- Cada vez me asombras más. -

- Bien, prepárate para...

- Cuidado Susan... – *Grito Sam al tiempo que la apartaba bruscamente.*

En un intento casi desesperado el guardián había logrado prender algo que se acercaba a ellos. Era una figura grande, con la ropa en llamas que desprendía un fuerte olor desagradable a cerdo quemado.

- Es Bob, es Bob. – *Comenzó a decir nerviosamente Susan.*

El mechero se había apagado cayendo en la oscuridad, pero el resplandor del cuerpo era suficiente como para ver la carne derritiéndose, la piel cayendo como plástico, la vida escapándose por cada poro...

Vomitaron un par de veces hasta que el fuego por si solo se extinguió. Ahora si que no había nada de oxígeno y por tanto era improbable que pudieran prender la mecha. Y si tardaban mucho ésta sin mas remedio se resecaría y con ella toda esperanza.

Los dos yacían de nuevo en la oscuridad, cerca del chamuscado cuerpo, que con mucha suerte habían esquivado. Oliendo ese extraño aire ardiente, sintiendo el calor en sus pulmones, durmiéndose sin poder evitarlo.

Era repugnante. No podían acabar así. Todavía tenían muchos sueños que compartir, muchos planes que realizar. No podían morir. Todavía no.

- Sam, Sam, por favor, levántate. No te duermas, Sam, lucha. – *Repetía sin cesar, al borde del llanto, la histeria y la locura.*

- Susan, no puedo. Creo que no hay el suficiente oxígeno ni corriente de aire ni salida. Estamos perdidos. – *Dijo Sam, esforzándose en cada palabra pues le faltaba el aliento.*

- Vamos, tan solo unos metros y nos encontraremos mejor. -

- Lo intentaré, vamos. -

Ayudándose mutuamente se incorporaron y a tientas continuaron andando. No había luz, ni aire, y la supervivencia se hacía más y más difícil. Además ahora estaban desorientados y no recordaban por donde debían avanzar.

Susan piso un pequeño objeto en el suelo, se agachó y... ¡bingo!, el mechero.

- Sam, mira, creo que es el mechero. Todavía hay una oportunidad. -

- Esta bien, enciéndelo para ver donde estamos y hacia donde dirigirnos. -

Un pequeño resplandor bañó de luz el túnel durante unos segundos. El calor lentamente se había disipado y de alguna forma se recicló el aire enviando oxígeno a ese tramo. Fue solo un instante, pero el suficiente tiempo como para que el guardián intentase un nuevo ataque.

Algo les golpeó en la espalda, el cuerpo de Stepen, esta vez sin llamas. Pero ellos no sabían quien era y lucharon agotándose rápidamente.

- Sam, Sam. Déjalo. No se mueve... -

- Tienes... razón. Es... un cadáver. - *Dijo con el aliento entrecortado.*

- No perdamos más tiempo, prenderé la mecha, y saldremos corriendo.

-

- No, no nos dará tiempo, no ahora. Y además esta el guardiablo bloqueando la salida-

- Pero se secará y entonces... -

- Vete, sal de aquí, yo prenderé la mecha. -

- Ni hablar, lo haremos juntos, no estoy dispuesta a abandonarte en esta situación, ni en ninguna otra. -

- Esta bien, prepárate, creo que este es el lugar. -

El mechero emitió un chasquido, luego otro y por fin una llama iluminó cada resquicio del túnel. Comenzaron a orientarse, tras ellos estaba la salida y flanqueándola incesante el guardiablo. Si conseguían prender la mecha tendrían que pasar por encima de él.

- Sam, espera. Mira, es Jana. -

- No puede ser, su cara está llena de arañazos, sus manos escamadas casi sin piel y su pelo está totalmente blanco. Aquello ya no es Jana. -

- Es el guardián, tiene su misma mirada vacía de odio y rencor. -

La mecha allí no prendía. Debían entonces acercarse más, tal vez aún estuviera impregnada más adelante. Mientras Sam guardaba las espaldas, Susan avanzó unos pasos.

Si. Aún era posible.

Un relámpago de luz, y la mecha corrió hacia los explosivos. Lo habían conseguido, pero ahora tenían que salir de allí.

Al darse la vuelta encontraron a la nueva guardiana armada con un palo, sus ojos estaban inyectados en sangre y de su boca brotaba sin cesar una espesa espuma.

- Me la pagareis, malditos cabrones. – Repetía sin cesar con una voz extraña, impropia de una mujer.

A pesar de ello, no tenían tiempo de luchar, tenían que largarse cuanto antes. Toda la cueva podría derrumbarse en breves instantes.

- Jana. Jana se que me escuchas. Eres valiente, lucha, ¡Ayúdanos! – Gritó Susan. Tenía algún conocimiento sobre las posesiones. En teoría, si no era demasiado tarde, podrían hablar con Jana. Y si ella era fuerte podrían hasta salvarla.

- Jana no esta, solo yo. -

- No es verdad. Jana, saca fuerzas. Jana, recuérdame. -

Un soplo de aire penetró entonces en el estrecho pasaje. Quedaba poco tiempo, quizás unos segundos mas...

- Susan, Sam, salir de aquí. – *Chilló de pronto una voz similar a la de Jana pero con síntomas de haber realizado un gran esfuerzo.*

- Vamos, Sam, es el momento. Ahora o nunca. -

Los dos corrieron hacia Jana que luchaba inmóvil contra el mal dentro de su cabeza. La sobrepasaron y continuaron hasta la salida, rápidos como las balas y precisos como maquinas. De la mano alcanzaron a oír el último alarido del guardián tras el cual se produjo una fuerte explosión que hizo temblar toda la montaña.

- No creo que eso haya sido por nuestros explosivos, no era suficiente carga para tanto estruendo. -

- Quizás el poder del guardián al destruirse lo haya producido. –
Razonó Sam.

- Lo importante es que estamos juntos, y que lo hemos conseguido. -

Todo se quedó tranquilo tras la explosión. Tan solo comenzó por la abertura a salir humo y cascotes despedidos que fácilmente evitaron.

Súbitamente un temblor movió toda la montaña, las rocas comenzaron a caer, la tierra se abrió bajo sus pies. Solo un terremoto o el mal en persona tenían suficiente poder para hacer eso.

- Es hora de salir de aquí. – *Dijo Sam agarrando a Susan.*

- Todo esto va a destruirse. Es el fin, ¿verdad? -

Y sin más dilación echaron a correr hacia la falda de la montaña, aún tenían mucho camino por recorrer hasta ponerse a salvo.

CAPITULO 52:

El enorme pero maniobrable helicóptero negro divisó al fin el pueblo Batusi. Aún quedaba un trecho, pero todo parecía en calma.

Durante la aproximación una fuerte corriente de aire caliente puso en peligro la estabilidad del aparato y solo la habilidosa actuación del piloto logró salvarles de una muerte segura. El capitán de la aeronave armada hasta las mismísimas hélices, un ex-teniente de la marina que ahora cobraba el doble que entonces había mantenido la sangre fría durante el balanceo aferrándose a los mandos con una energía inagotable en una lucha por la supervivencia.

Tras el susto tomaron tierra en un pequeño valle antes de poder alcanzar la ansiada villa. Tenían intención de visualizar el monte al completo pero necesitaban realizar una reparación en el rotor de la hélice trasera. El aire había destrozado este pequeño timón sin el cual la nave no habría sido gobernable.

Les costó casi un día poner en marcha de nuevo el Apache. Aprovecharon el incidente para rellenar el depósito de combustible con las reservas que precavidamente habían cargado antes de partir. De esta forma podrían hacer el viaje de regreso de golpe, sin escalas.

- ... Chigs... Señor, estamos sobrevolando ya la zona... Chigs... – Resonó en los auriculares del presidente.

- ... Chigs... Está bien, descienda, piloto... Chigs... – *Comenzó - ... Chigs... Inquietante, estad alerta, no permitiré errores... Chigs... – Había divisado las cabañas chamuscadas y signos de lucha.*

La maniobra se efectuó con rapidez una de las características de los profesionales altamente cualificados. Sin mediar palabra, se dividieron en grupos que rodearon el poblado hasta juntarse de nuevo en el centro.

- Despejado. – *Se pudo oír conforme avanzaba la incursión.*

- Ascenderemos al pico, rastreando la zona con infrarrojos y cámaras de calor. – *Ordenó una voz, tras sus gafas de sol.*

- Si, señor. – *Se oyó al unísono.*

- “Cinco”, “Seis”, “Doce”, “Nueve”, conmigo. El resto permanecerá aquí rastreando a pie la zona y alrededores. – *Continuó la voz, perteneciente al presidente de INIM nombrándolos en clave. – Informen de cualquier cosa.*

Tan solo se podía recordar una decena de personas vestidas de camuflaje, que en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron, llevándose consigo, sus gafas de sol oscuras, su gorra, su mochila y sus armas.

La rapidez de la actuación así como la disciplina y el orden asombrarían a cualquier persona. Nadie podía moverse así de rápido con un material tan pesado como el que ellos transportaban en hombros.

El helicóptero dejó de oírse, y en el poblado tan solo quedaron cinco hombres con todo un carísimo armamento, buscando por el suelo huellas, indicios o pistas que les pudiera indicar lo ocurrido, sin dejar ni un segundo de estar alerta a cada sonido.

Todo parecía tranquilo pero de pronto un temblor se hizo sentir en toda la montaña. Los mercenarios, acostumbrados a situaciones límites, conservaron la calma y mantuvieron su posición para seguir con la búsqueda. Pero ahí no había acabado la cosa. Otro temblor aun más fuerte que el anterior les derribó como si fueran un castillo de naipes.

- ... Chigs... Que coño ha sido eso... Chigs... – *Replicó uno de ellos al incorporarse tras haber caído de bruces en una zanja.*

- ... Chigs... No estoy seguro... Chigs... – *Continuó otro desde su radio, en la otra punta del arrasado poblado.*

- ... Chigs... Señor, aquí base. ¿Ha sentido eso?... Chigs... – *Dijo el mercenario de mayor rango informando al superior.*

.....

- ... Chigs... ¿Señor? ... Chigs... -

Casi nada había quedado en pie tras el temblor. Las pequeñas chozas de barro habían caído así como las demás construcciones.

- ... Chigs... Aquí equipo aéreo a base. Respondan... Chigs... – *Tronó por fin la voz del presidente.*

- ... Chigs... Señor, ¿a percibido el terremoto?... Chigs... *Creo que la montaña se va a hundir. El movimiento se ha notado hasta en el valle, allá donde reparamos el aparato... Chigs... -*

- ... Chigs... Tonterías, tan solo un ligero temblor... Chigs... – *Se envalentonó el presidente.* -... Chigs... Caballeros están aquí por una misión y es eso lo que deben cumplir... Chigs... -

Los soldados dejaron el tema. En sus corazones de piedra el miedo no existía pero en cambio si habitaba el honor y el deber. Así que retomaron la búsqueda mientras el helicóptero llegaba a una formación rocosa en forma de gruta.

El aparato no podía posarse en él pues era muy estrecho así que uno a uno descendieron en rapel hasta el saliente y su entrada a las tinieblas.

Los cuatro mercenarios y el presidente junto con sus correspondientes equipos se disponían a penetrar en la cueva. El helicóptero regresaría a la base en el poblado Batusi y ellos volverían rapelando tras explorar la cavidad. Pero de nuevo no una explosión sino un verdadero deslizamiento de placas tectónicas hizo temblar hasta los mismísimos cimientos de la montaña. En cuestión de minutos seria tragada hacia el interior de la tierra llevándolos a todos ellos consigo.

- Vamos señores, habrá que darse prisa, parece que no somos bienvenidos. – *Bromeó el presidente.*

Antes de que pudieran contestar, los únicos supervivientes de la misión inicial salieron disparados hacia el exterior de la gruta, sorprendiendo tanto a los mercenarios como al propio presidente.

Estaban casi irreconocibles, el pelo cano, la cara arrugada y demacrada, los ojos hundidos... como si hubieran luchado hasta el fin de sus fuerzas. En ese mismo instante en

el que atravesaban el umbral de la cueva, y en el que todos los recién llegados se disponían a dispararles, la entrada de la cueva se derrumbó expulsando piedras y humo al exterior.

Una vez repuestos del susto, pero aun sin haberlos reconocido, el presidente y sus hombres les rodearon apuntándoles en la repisa con sus armas.

- ¿Quienes sois, y que hacéis aquí? – Tronó su poderosa voz, en el silencio de las alturas.

- Soy la arqueóloga Susan, Susan Mayfir, y este es Sam, Sam Coofe. – Dijo asustada y al mismo tiempo esperanzada.

- Dios mío, no puede ser. –

- ¿De verdad eres tu...? – Su voz temblorosa recorrió el camino hasta que sus miradas se cruzaron.

- Hija, no puedo creer que estés bien. – Susurró al borde del llanto. Nunca antes nadie lo había visto en esta situación.

- Padre, no debisteis... – Comenzó, pero el cansancio se apodero de ella y se desmayó al igual que su inseparable compañero.

- Señor, ¿Que hacemos? -

- Llamar al helicóptero, regresamos. Y cargadle a él también, parecen unos auténticos héroes.

El helicóptero zumbó al ponerse en marcha, era muy veloz y llegaría a tiempo a por todos ellos. La misión de rescate había concluido pero aún faltaba algo.

- Padre, padre... – *Dijo Susan cuando volvió en si. – Debemos alejarnos de aquí, muy lejos, donde no nos pueda alcanzar... – Y de nuevo se sumió en un profundo y merecido letargo.*

- Susan, ¿Donde estas? – *El montañés también se había despertado.*

- No se preocupe, están ambos bien, a bordo de un helicóptero de rescate. – *Comunicó uno de los mercenarios.*

Sam se abrazó a Susan, y se volvió a quedar dormido.

El aparato se alejó lo suficiente como para divisar el hundimiento de la montaña. De toda la maldita montaña. Y voló a recoger al resto del equipo.

Las rocas se partían bruscamente y caían a los pies del valle. Todo se resquebrajaba, hundía y explotaba. Dentro de nada, no quedaría en pie ni siquiera la cúspide.

Parecía que por fin algo les había salido bien.

- Al hospital más cercano, debemos hacerles un reconocimiento. – *Ordenó el presidente una vez reagrupados dentro de la aeronave.*

- Señor, falta un soldado. “Dos” no aparece por ninguna parte es como si se lo hubiera tragado la tierra.

CAPITULO 53:

De nuevo, esta vez en el mismísimo infierno, un ser acechaba, vigilaba, protegía.

Algo en las tinieblas se movía con extraordinaria rapidez por miles de pasajes y túneles enterrados bajo miles de toneladas de piedras. Subiendo a la superficie en busca de un guardián, hasta que el plazo de nuevo se volviera a cumplir.

La cuenta atrás comenzaba desde cero, esos malditos extranjeros habían acabado con el cuerpo que tanto tiempo le había costado crear. Pero que importaba eso cuando se era inmortal, tenía más oportunidades y el tiempo no era problema.

Cuando no existías físicamente pero si tenías unos poderes como los suyos. Un secreto... como el suyo. Estaba vivo pero en otro plano de la existencia y era cuestión de tiempo regresar...

..... Inf, chof, fufh...

..... Inf, chof, fufh...